

DE AMORES
&
MATRIMONIOS

LIBRO II

Un romance chispeante
y ligero al más puro
estilo clásico.
HILDA ROJAS CORREA

Jaura
A. López
Enamorar
A UN LORD INGLÉS

Registro Safe Creative 2110269636341

©Todos los derechos reservados.

ÍNDICE

Capítulo 1	3
Capítulo 2	10
Capítulo 3	13
Capítulo 4	20
Capítulo 5	29
Capítulo 6	37
Capítulo 7	47
Capítulo 8	54
Capítulo 9	57
Capítulo 10	64
Capítulo 11	68
Capítulo 12	75
Capítulo 13	85
Capítulo 14	94
Capítulo 15	102
Capítulo 16	112
Capítulo 17	121
Capítulo 18	134
Capítulo 19	146
Capítulo 20	159
Epílogo 162	
No te pierdas la siguiente historia de la serie	164
Agradecimientos	165

GUÍA PARA LOGRAR UN MATRIMONIO VENTAJOSO.

Consejo N° 2

La caza de un buen matrimonio requiere de perseverancia, mas la paciencia es la virtud que necesita una casadera exigente.

Augusta Basingstoke, duquesa viuda de Pemberton.

Capítulo 1

Londres, otoño de 1815

Angus escondía su cara tras sus cartas, sus ojos verdes observaban con detenimiento el rostro de sus dos adversarios en el juego. Podía distinguir el sudor de uno de ellos deslizándose por su sien para pronto bajar por su mejilla. Él tenía la carta que podía dar la vuelta a aquel juego a su favor. El otro hombre miraba de reojo a su amigo, y después regresaba su vista a las cartas, deseando no perder el juego.

—Caballeros... —Angus hizo una pausa antes de continuar—: Todo lo que está en la mesa, me pertenece. Ha sido un placer...

Mostró sus cartas a los demás, quienes hicieron gestos de frustración y mascullaron maldiciones.

—¿No apostarán en las peleas de gallos? —indagó Angus a los señores cuyos rostros hablaban por ellos.

—Por el momento, con usted ha sido suficiente, milord. Ha tenido una suerte endemoniada esta noche —siseó el hombre con cara de pocos amigos.

—¿Pero qué culpa tengo yo? Buscaré nuevos socios entonces —anunció Angus, tibio.

—Haga lo que desee. Hemos perdido mucho hoy —manifestó el otro acompañante de aquella mesa de tres.

Los dos caballeros se levantaron de sus asientos y se retiraron raudamente de *Watier's club*.

Angus cogió su excelente ganancia, se sirvió una copa de vino y meditó sobre su buena fortuna esa noche.

Todo se debía a que unos meses atrás, su amigo Blake Basingstoke, duque de Pemberton, cayó en el terrible enredo del matrimonio, y lo dejó solo para continuar su vida. Aquel se dedicaba a su esposa y muy poco de su tiempo se lo ofrecía a la amistad que habían cultivado por años. La soledad se acrecentaba con el pasar de los días.

Cuando supo que Blake se casaría, tuvo sentimientos encontrados, pues suponía que su madre, pondría de ejemplo al duque, ¡un duque casado! y él, ni siquiera estaba pensando en esa obligada opción.

Lord Angus Craven, conde de Craven, se encontraba en edad de casarse, según sus padres, porque lo habían decidido. Aunque él tenía muchos reparos al respecto. Sus intereses distaban de ser las mujeres y el libertinaje. Tenía predilección por las apuestas y las carreras de caballos antes que por la cálida compañía de una fémina, y más específicamente, una esposa que le impidiera hacer su santa voluntad. Se consideraba feliz estando en soledad. No ardía en deseos de que una dama le alborotara la vida tal como le ocurría a Blake.

Atractivo no le faltaba, era alto, de complexión atlética, pero no era robusto, sino delgado porque no practicaba deportes. Su cabello lacio y castaño le quedaba justo sobre los hombros y sus ojos verdes se asemejaban al color del césped de una pradera. Todo aquello bueno que tenía, lo arrojaba al fuego por sus vicios, que se iniciaron con la irreparable pérdida de su amado padre hacía más de un año atrás. El golpe fue tan difícil de soportar que buscó un escape de la realidad. Entre sus amistades y los vicios que mantenían su mente ocupada, continuaba con su vida, extraviando por completo el camino que se esperaba para un conde.

Sabía que no podría escapar de su cruel destino. De cualquier forma debía casarse en algún momento, aunque él pensaba alargar su soltería lo más que le fuera posible. ¿Qué haría todos los días encerrado con una extraña en su residencia? ¡Dios lo librara de tener que soportar las argucias de una dama y perderse la diversión que le daban las apuestas!

Bebió más copas y engulló la exquisita cena que tenían en *Watier's*. En lugar de irse a su residencia, se había quedado dormido en el club durante unas horas hasta que lo despertaron porque debían cerrar.

Estaba ebrio y cedió al sueño en aquel sitio, pero debía regresar a su mansión. Con esfuerzo llegó hasta su caballo. Un ojo se le cerraba y el otro se abría mientras iba lento para no caer al suelo y terminar malherido.

Cuando pisó su propiedad, uno de los mozos cogió las riendas de su caballo para guardarlo en las cuadras. Él caminó apoyándose en la pared para no quedar como un tapiz del suelo de su residencia. Al cruzar la puerta, todo estaba oscuro en el recibidor. No había para él siquiera una lámpara encendida. Dio unos pasos más hasta tropezar con una otomana que estaba en la entrada. Cayó de manera estrepitosa al suelo. En esa parte no había alfombra que suavizara su caída.

—*¡Auch!* —logró mascullar antes de quedarse dormido en aquel sitio.

Por la mañana, despertó con el puntapié de Elizabeth, lady Craven, la cual estaba en camisón con el rostro poco amable.

—¡Oh, me avergüenzas, Angus! —exclamó lady Craven, molesta por casi confundir a su hijo con un nuevo adorno de la mansión. Los criados le informaron que otra vez se había quedado dormido en la sala, ebrio.

—Me levanto... —dijo aunque sentía un peso en su espalda que se lo impedía. El gato de su madre, lo estaba usando como cojín—. ¡Lárgate! —exigió al felino.

—¡No maltrates a Corín, inocente pequeño mío! —expresó Elizabeth, colocando al gato en sus brazos para que Angus pudiera abandonar el suelo—. Deberías avergonzarte. Si me hicieras caso, tendrías a una mujer aquí, distrayéndote.

—No quiero escuchar ningún reclamo, me duele la cabeza —gruñó antes de sentarse en la otomana con la que tropezó.

—Si no deseas oír mis sabias palabras, entonces cástate. Una esposa resolverá tu vida. No dejará que dilapides tu fortuna en juegos con cuánto miserable esté en un club. Angus, recuerda que hubo pérdidas en la cosecha de las propiedades. Hay que ser precavidos. ¿Deseas ser un noble miserable que debe casarse con una heredera que lo escoja, en lugar de tener tú el honor de tomar a la muchacha que te agrada? Si sigues el sendero de la perdición, solo nos espera ser refugiados del duque de Pemberton o apelar a la generosidad de Augusta, duquesa viuda de Pemberton. ¡No quiero siquiera pensar en tener que pedir favores!

—Exagera, madre. Vi la contabilidad, no ha sido tan grave —objetó. Se tapó los ojos con el antebrazo y se recostó.

—Ni exagerando la situación eres capaz de tomar en serio el asunto del matrimonio. El duque de Pemberton se ha casado... ¡Se ha casado! Y tú sigues aquí, vicioso, soltero, sucio y ebrio. Qué pena más grande siento porque el duque no es mi hijo —añadió, intentando que su hijo al menos sintiera celos o algo que lo impulsara a ir por el camino de los redimidos.

—No me va a convencer con sus patrañas. Las he oído miles de veces desde que Blake se casó. ¿No existe la vocación de soltero irremediable? Madre, ¿para qué deseo yo una cacatúa insoportable como usted, que me diga lo que tengo que hacer? No quiero dos iguales diciéndome lo que puedo o no comprar con mi dinero —se quejó—. Si me llego a casar con una mujer como usted, espero morir pronto para no oírla. Es un suplicio, ahora, déjeme dormir.

—No dejes saliva en la otomana —espetó su madre, retirándose con el gato en brazos.

Él solo emitió un gruñido, y se colocó en posición fetal para descansar lo que quedaba de la madrugada.

Angus despertó por el aroma del almuerzo que inundaba sus fosas nasales. El hambre era su única razón para abandonar la incómoda otomana que lo albergaba.

—Buen día, madre —saludó a la condesa, que lo ignoró. Él se quedó callado por unos minutos esperando una respuesta mientras se sentaba para el almuerzo—. ¿Qué le molesta, ahora?

—¿Qué me molesta? Tu sola presencia injuria mi buena educación y tu respiración me hace sentir como una leña arrojada al fuego y que empieza a arder. Me preguntas eso sabiendo lo que hiciste esta mañana...

—¿Si me caso, usted estaría más tranquila y llevaría una viudez feliz? —indagó Angus. Colocó la servilleta en sus muslos, pareciendo arrepentido por sus malos actos.

—Sí. Tu padre y yo concluimos en su momento que estabas a tiempo de casarte. Es una pena que no consiguiera vivir para verte casado.

—Y es probable que usted tampoco lo haga. ¿Qué varón respetable contrae matrimonio porque a su madre le parece? ¡Es a mí a quien debe alegrarme la idea! Pero...

—Eres un cobarde.

—¡Lo soy! No puedo concebir a una extraña que aletea sus pestañas con rapidez como un arma para atraerme, durmiendo en la habitación contigua, y que me obligue a sentarme con ella para almorzar. Con usted esa incomodidad es suficiente.

No era que Angus odiase a su madre, le tenía estima, pero la mujer era demasiado testaruda y a ningún hombre le agradaba tener a su progenitora metiendo las narices en su vida constantemente.

—Dramatizas mucho, querido. ¿No piensas que cuando me muera, ni siquiera tendrás esa silla para dormir? Nadie se ocupará de un ebrio que dilapida su fortuna y que pronto vivirá de la caridad del duque de Pemberton —le recordó la mujer.

Ella tampoco odiaba a su hijo, solo quería verlo convertido en el hombre que sabía que podría llegar a ser. Su relación no siempre fue compleja, no obstante desde que su esposo murió todo cambió. Elizabeth deseaba ver a su único hijo bien establecido y felizmente casado, de ahí que hablase con él de una forma que parecía ser efectiva: a base de imposiciones y reproches.

—Si eso llegara a ocurrir, me convertiría en el ayuda de cámara de Blake. Será un honor que el conde de Craven le sobe la espalda —musitó para molestar a su madre.

—Está bien, Angus. No insistiré en que busques una esposa. Te la escogeré yo o quizá prefieras que te la elija la pobreza. ¿Qué opinas de lady Katherine Basingstoke como candidata? Es hermana de tu amigo, por lo que siempre mantendrán su amistad y además, tiene una dote envidiable.

—¿Kate? No, no, no. Si me casara con ella, sería como hacerlo con mi hermana, es inconcebible. Le pido que piense bien en lo que desea. Blake me mataría, me conoce mejor que nadie y sabe que soy un pésimo candidato para Kate, al igual que cualquier otro caballero. Ella ha sido inteligente para no casarse, tiene mi apoyo por completo.

—Es casi una solterona para su pena. No comprendo cómo la duquesa viuda de Pemberton aún lo permite siendo una casamentera por excelencia. Hoy debe estar rebosando de felicidad, pensando en la cantidad de bisnietos que continuarán con su apellido, mientras yo, con un solo hijo, me hundo en la miseria más

absoluta —lamentó. No perdía la esperanza de apelar a lo que su hijo tenía en el pecho.

—Siento pena por su miseria. Como le dije, adorada madre, soy el que tendrá que lidiar con una extraña hasta que la muerte nos separe. ¿No le parece que hasta la muerte es demasiado tiempo? Suena hasta doloroso, ingrato y por sobre todo, insensato. Soy un hombre práctico y egoísta, me gusta vivir para mí.

—No desistiré hasta que comprendas que necesitas de una esposa que te lo ordene todo.

—¡Eso sonó amenazador! —exclamó fingiendo que temblaba de miedo.

Mientras Angus contaba con excesivo entusiasmo que la noche anterior les había ganado a dos hombres, Elizabeth lo ignoró con una sonrisa socarrona fingiendo que lo escuchaba. Ella no estaba interesada en saber cómo su hijo arrojaba su dinero al viento en peleas de gallos y juegos de cartas que no eran provechosos, sino que en medio de sus distracciones solo podía imaginar a esa esposa ideal para su hijo, que lo rescatara de aquella mala vida que comenzaba a llevar.

Después de acabar su almuerzo Angus se dirigió a su despacho, dentro observó una pequeña montaña de libros a los que debía echarle un ojo. Era el responsable de su patrimonio, aunque no deseaba asumir el puesto. Su padre fue un excelente administrador que cuidó cada penique, al menos cuando se lo entregaba a él. Superar su muerte fue difícil. Pasó más de un año en el que perdió el rumbo de su vida y resolvió como válido su derecho de malgastar el dinero, como forma de llenar el vacío que había dejado un cariñoso padre y amigo. Fueron compañeros de vida, muy unidos y solo separados por la propia condesa que deseaba a su hijo lejos del conde para manejarlo a su antojo. Angus era el único rebelde de esa casa y no estaba dispuesto a ser igual de obediente que su padre con una esposa que se extralimitaba en sus funciones. En eso no imitaría a su finado progenitor, él decidió que ninguna mujer lo gobernaría.

Irlanda, otoño de 1815

Lady Charity Hely-Hutchinson era asediada por las exigencias de su madre, Isobel, condesa de Donoughmore, para que recordara lo que le había repetido una infinidad de veces, durante los días previos a lo que sería su viaje para encontrar al hombre ideal que su madre pensó para ella. Aquel se trataba de un caballero inglés de nombre Benjamín Rochester, octavo marqués de Harrow.

Durante toda su infancia, la condesa le habló sobre que su esposo debía ser un varón inglés porque eran adinerados, atractivos y sin muchos conflictos en su país. La condesa de Donoughmore se casó con Brendan Hely-Hutchinson, conde de Donoughmore, porque era su última temporada y con una familia en la ruina, no le quedó otra opción que casarse con un irlandés. Con los años llegó a tolerar a su marido y sus raras formas de hablar; como solía decir su madre.

Ambas habían creado un par de historias para alejar a los pretendientes irlandeses, aunque no hacía falta hacer demasiado. El hambre y la mala situación social del país hacían que casarse en aquel lugar resultara poco atractivo.

—¡Y no olvides esta carta para la marquesa viuda, otra para lady Katrina Almost, la más corta para la señora Hollister y esta para ti! —expresó su madre, emocionada, yendo para despedir a su adorada hija.

Para la condesa, Charity era su joya preciada y la llave para salir de Irlanda. Brendan, el conde de Donoughmore seguiría a su hija si aquella se casaba en Inglaterra.

—Sí, madre —replicó Charity que cogió todo lo que su progenitora le entregaba—. ¿Alguna carta más? Tengo un baúl lleno. ¿Es necesario todo esto? Usted me alcanzará en un par de días.

—¡Por supuesto que lo es! —expresó Isobel tomando un par de mechones del cabello negro de su hija para retocar sus coquetos bucles—. Esas mujeres te ayudarán si lo necesitas. La casa está alquilada. La señora Murphy se encargará de ti hasta que yo llegue. Convencer a tu padre no es fácil.

—¿Y la carta que está a mi nombre?

—Esa contiene lo que te he dicho, para que lo recuerdes. Cariño, no puedes desaprovechar la oportunidad de casarte con el marqués

de Harrow.

Charity quiso brindarle una sonrisa a su madre, pero aquella parecía muy entusiasmada. Casi podía distinguir que sus pupilas estaban dilatadas de solo pensar en que pronto dejarían Irlanda.

—¿Y mi padre no se va a despedir?

—Sí, sí, espera a que baje. Es un viejo que casi ya no camina —insinuó mirando hacia las escaleras del castillo en donde vivían.

—Te oí, arpía inglesa —masculló lord Brendan Hely-Hutchinson, conde de Donoughmore—. Mi hija no se irá sin que me despida de ella. Charity va a Inglaterra para asegurar su futuro, es un consuelo.

—Padre... —dijo Charity, abrazándose a él.

El conde acarició los cabellos de su hija y después la alejó un poco para observar sus ojos azules y gruesos labios semejantes al color de una cereza, que la dotaban con gracia y belleza. La mirada como el color del cielo de Charity, era dulce y acogedora, capaz de doblegar al más duro de los corazones, al igual que su picardía que no dejaba aburrido a nadie. Era poseedora de una atrayente inteligencia y sagacidad. Tenía el equilibrio entre primor y agudeza.

—Qué daría yo para que no fueras a buscar tonterías.

—¡Brendan! —reprendió la condesa.

—Irás a cumplir el sueño de tu madre. Dudo que sea el tuyo.

—Deseo casarme. Escogeré con buen juicio —musitó dejando un beso en la mejilla de su padre.

Capítulo 2

Charity se despidió de sus progenitores. Sacó una mano por la ventanilla del carruaje cuando aquel estaba en movimiento, hasta que perdió de vista el castillo. La muchacha suspiró e intentó ordenar los libros y cartas que en el último momento metió en el coche por órdenes de su madre.

—Para entregar, para entregar... —repitió Charity, colocando a su lado las cartas. Aprovechó y se quitó un rebelde bucle de la mejilla, para luego coger el escrito de su madre que estaba dirigido a ella—. No entregar.

—Pero si su madre le dijo que esa carta era para usted, milady —reprochó la señora Murphy que le hacía compañía como carabina en el largo trayecto que tendría hasta llegar a Inglaterra.

—Lo dijo, señora Murphy. Sepa que todo lo que dice aquí dentro —le mostró la carta colocándosela en el rostro— lo sé de memoria. Es como un recital de lo mismo. Podría decir de manera literal lo que contiene este escrito.

—Milady se enojará si no lo lee... —advirtió la señora, rígida.

La muchacha le volvió a enseñar la carta a su acompañante. La señora de unos cuarenta años estaba muda por lo que Charity haría con la encomienda de su madre, pues aquella tenía el escrito en la mano y lo sacó por la ventana sin arrojarlo. Charity poseía una sonrisa divertida en el rostro.

—¿Y si a esta carta se la lleva el viento? —indagó moviendo su mano para agitar el escrito.

—Tenga cuidado, no se le vaya a...

La mano de Charity fue golpeada por una rama cerca de la cual pasaba el carruaje.

—¡La carta! —exclamó, pálida. No debió jugar con aquella.

—¡Se lo dije! ¡Yo se lo advertí! —espetó la señora Murphy.

Charity tenía el rostro rojo por la vergüenza, mas ella no daría su brazo a torcer en ningún aspecto.

—En fin... no me apetecía leerla. Eran solo palabras insensatas que ya me repitió —se excusó ante la furiosa mirada de su acompañante, que dejó de dirigirle la palabra durante al menos la mitad del día.

Los ojos de Charity estaban perdidos en la vieja señora que la acompañaba. No quería pasar callada todo el viaje. No sacaría a flote lo ocurrido con la carta, sino que deseaba solo charlar de cualquier cosa.

—¿Qué diré cuando llegue a Londres y vea al marqués de Harrow? —preguntó fingiendo hacer el cuestionamiento para sí misma.

La mujer emitió un bufido.

—¡Oh, señorita, aquí tiene la esposa ideal! —continuó Charity—. No, no, no. Mejor: ¡oh, señorita, seré su esposa! Debo decirlo con convicción para que tanto él como yo, quedemos convencidos de que es lo mejor para nosotros. También le diría que estuve fantaseando sobre nuestro primer acercamiento. Según escuché, a los ingleses les agrada una muchacha que sea desenvuelta y sin mucho misterio. No soy para nada misteriosa.

—No sé la razón por la que su madre y usted están empeñadas en que un inglés sea su esposo. Tan estirados como son... Ninguno de los que he conocido hasta hoy, han sido agradables.

Charity quiso contestar; sin embargo, en su ocurrente cabeza no surgió una respuesta adecuada porque quizá ella tampoco podía explicarlo.

—Tampoco lo sé, pero mi madre dice que un inglés es lo mejor, y que el marqués es casi la cima de una buena vida. Señora Murphy, usted conoce a los que nos rodean. Son ebrios, brutos y los que valían la pena están muertos o arruinados. No queda mucho a qué aspirar, deseo un esposo inglés porque es conveniente.

—Es mentira. La razón es porque su madre no pudo casarse con un inglés y sueña con que usted lo haga.

—¿Dice que mi madre es infeliz con mi padre?

La señora asintió vehemente.

—Pues no es cierto. Ella no viene porque desea quedarse a solas con mi padre para engendrar al varón que buscan. ¡No lo sabré yo! —contó como una cotilla.

—¡Milady, no espíe a sus padres!

—No hacen nada que yo no haya probado por curiosidad con personas del vecindario —alegó con picardía—. Un beso, una caricia...

—¡Lady Charity! —exclamó escandalizada la mujer.

—Fue solo curiosidad. Culpo por eso al ardor en mi pecho por conocer a un esposo que me haga sentir que vivir con él hasta que la muerte nos separe, no será un sacrificio. Espero que el marqués sea tan adorable y bueno como mi padre.

A la acompañante de Charity le costaba mucho recuperarse de la impresión por lo que le había contado la muchacha, si bien sabía que aquella tuvo un pequeño romance con un vecino tiempo atrás, no pasó a mayores, pues aquel falleció.

Charity hizo gala de la picardía que la caracterizaba para poder conversar con su acompañante y que el viaje no fuera tan silencioso, aunque acudió a unos viejos recuerdos sobre su querido Callum. Aquel joven y agraciado muchacho que la enamoró y que murió al tomar un barco rumbo a América para hacer fortuna. Recordó el último día antes de que partiera. Ambos fueron hasta el bosque a caballo, y se detuvieron a la orilla de un arroyo cristalino que surcaba en uno de sus brazos la propiedad de la familia de Callum. La había colocado sentada frente a él para que sintiera la brisa del viento acariciando sus mejillas y cuando bajaron del lomo del animal que los llevaba, ella se alejó para apreciar el bello paisaje frente a ella. Callum la alcanzó y se abrazó a ella. Charity le preguntó si algún día pediría su mano, pues ya le había otorgado más que un beso, fueron varios; a lo que él le contestó: «Por supuesto, milady, pero antes deseo que me dejes amarte».

Ella no comprendió lo que significaban aquellas osadas palabras que escuchó y aceptó pensando que sería un simple beso, pero fue un poco más allá. Rememoró hasta las sensaciones de cuando su lengua le recorrió los puntos rosados de sus senos y después descendió hasta la parte más oscura de su ser. Por primera vez sintió placer en su inexplorado cuerpo. Callum se desvivió por atenderla y ella se dejó amar hasta que un ruido entre las hojas rompió el encanto y tuvieron que vestirse. Huyeron apresurados del lugar en donde después vieron a cazadores que buscaban alimento.

Aquello fue lo máximo que conoció sobre lo que era el amor. La familia de Callum no tenía mucho dinero, aunque estaba segura de que si él siguiese con vida y le rogase a su padre, ella se convertiría en la esposa de Callum O'Brien, y así conseguiría dejar de inventar historias para que renunciaran a molestarla otros pretendientes.

Después de cavilar bastante, tanto Charity como la señora Murphy se durmieron esperando avanzar más en el camino para llegar a Londres.

Capítulo 3

Angus llevaba un día sin aparecer por su residencia a causa de sus apuestas tan lamentables en las peleas de gallos. Era mejor que arriesgara a los caballos, tenía menos pérdidas. Durmió en la calle porque le habían cerrado el club en las narices y también le robaron su reloj que estaba en la levita. Prefería no retornar a su casa para evitar los reclamos de su madre, aunque debía asearse y buscar otro reloj. Se armó de valor y se dispuso a regresar a su residencia pese a lo que podría estar esperándole al cruzar la entrada. Llegó a duras penas hasta la puerta. Al dar unos pasos dentro, observó a su madre que lo ignoró, y tan solo le dirigió una mirada de disconformidad.

Los criados se apresuraron a prepararle un baño para que el dueño del lugar pareciera un conde y no un esperpento. Le prepararon el agua tibia que disfrutó como un crío. Ese líquido no solo le servía para limpiar su cuerpo, sino también para cavilar sobre sus acciones. Dormir en un callejón por temor a que su progenitora lo confrontara suponía una gran tontería por su parte. Temerle más a la mujer que le dio la vida que a un delincuente, no hablaba muy bien de él, o tal vez de la condesa. Quizá necesitara encauzar su vida de alguna forma que no fuera con el matrimonio. Debía encontrar un consejo distinto al de su madre, que le dijera que podía continuar con su vida, sin perder dinero y sin casarse. ¿Tan difícil sería?

Consideró seriamente pedirle a Blake orientación; sin embargo, su amigo debía estar muy feliz en su reciente matrimonio. Su opinión no sería imparcial, pues le citarían hasta el último beneficio de estar casado. Aun así, era mejor compartir sus intimidades con el duque.

Se engalanó para salir, no sin antes almorzar. Su estómago le decía que al menos tuviera la decencia de alimentarse, que del alcohol y las apuestas no viviría mucho tiempo.

—Buenas tardes, madre—saludó Angus, avergonzado.

Ella no le respondió. Se concentró en su almuerzo y luego en llevar la copa de vino hasta sus labios.

Angus no deseaba disgustarla para que no empezara con sus reproches, aunque en esa ocasión sí tenía motivos suficientes para hacerle ver las estrellas con sus palabras. Tomó su sopa en absoluto silencio. Se escuchaba solo el tintineo de los cubiertos y, de vez en cuando, el sonido de los sorbos que daban a sus copas de agua y vino.

—Si está molesta, tiene razón. He sido... —La condesa viuda calló a su hijo con el agua de su copa que le arrojó al rostro.

Elizabeth sabía que era una reacción visceral impropia de una madre hacia su hijo, más a un conde adulto, pero no pudo evitar seguir quieta y en silencio sin hacer algo para que él reaccionase. Una madre debería tener todo el derecho del mundo a hacer que su retoño reaccionase. Amarlo no significaba tener que soportar todas sus excentricidades y en verdad estaba muy disgustada con él por sus recientes acciones. Las palabras y los reproches estaban fallando estrepitosamente. ¿No se daba cuenta su querido Angus que estaba echando por tierra su vida, su felicidad, su futuro?

—Cierra la boca, Angus. Me iré a nuestra propiedad de Warwickshire. Te lo deseaba comunicar. Si piensas pasar el otoño e invierno aquí solo para dilapidar el dinero familiar, hazlo sin mí. Me he dado cuenta de que prefieres la calle y los amigos antes que a tu única familia. Recuerda, no tienes esposa, ni hijos y menos un alentador futuro. Eres un fracasado que morirá ahogado en las cloacas londinenses. Es todo lo que tengo que decirte —profirió su madre, molesta. Se levantó de la mesa y lo abandonó.

Angus cogió una servilleta para secarse el rostro. Su progenitora no había sido tan drástica en toda su vida. Aquello solo podía significar que había tocado fondo como hijo y heredero.

Una vez que sintió que su cara no seguía goteando, llevó su cabeza hasta atrás y miró al techo.

—¡Maldición! —masculló lleno de frustración.

Angus no pudo terminar su almuerzo. Se levantó y salió de su residencia. El clima otoñal se hacía sentir no solo en la piel, sino también lo notó al observar las prendas de las personas que retornaron desde sus residencias de campo a Londres.

Por el afán de escapar, ni siquiera cogió un caballo o pidió al cochero que lo llevara. Caminaba sin rumbo fijo. No obstante, sus pies parecían llevarlo con dirección a la residencia de Blake. Necesitaba ese consejo aquel mismo día. Al llegar, golpeó la puerta de la residencia y esperó a que le abrieran.

—Buenas tardes, lord Craven —saludó Collins, el mayordomo de Pemberton House—. Por favor, pase.

—Buenas tardes. ¿Se encuentra su excelencia, el duque de Pemberton?

—Su excelencia ya está en su residencia de campo junto a la duquesa, su esposa.

Angus lamentó que su amigo tomara la tan apresurada decisión de retirarse apenas el Parlamento dejó las sesiones.

—¿Quién se encuentra en la residencia, Collins?

—Lady Katherine, milord.

—Comuníqueme que estoy aquí y que me quedaré a tomar el té —dijo ingresando en la casa.

Él no tuvo que aguardar demasiado. Katherine bajó con exquisitos modales esos peldaños que los separaban. Estaba ataviada con un vaporoso vestido rosa que acariciaba su piel blanca. Su largo cabello castaño estaba finamente acondicionado en un coqueto peinado, que sin duda estaba de moda. Aquellos ojos castaños parecían sonreír al verlo, sus cejas negras y gruesas hicieron un gracioso salto que indicaba tanto sorpresa como felicidad, y sus largas pestañas emulaban el aleteo de un hermoso pajarillo.

Lady Katherine Basingstoke o Kate; como la llamaba Angus, era la hermana menor de Blake. Atravesó su cuarta temporada sin conseguir a alguien merecedor de su gracia y belleza.

Si Angus no fuera tan reticente al matrimonio podría ella ser la indicada, aunque sabía que Blake no lo consentiría, pues lo conocía demasiado bien para entregarle a su tan apreciada hermana.

Katherine, de carácter ingenioso y una belleza radiante, siempre estaba de buen semblante, aunque tuviera la presión de su abuela, la duquesa viuda de Pemberton, por casarse.

Por la mente de Angus muchas veces había pasado la idea de que Kate era la esposa ideal, aunque bien sabía que nadie la

merecía por ser ella tan perfecta ante sus ojos. Él la quería como si fuera su hermana. La cuidaba y celaba más que el propio Blake.

—Mi adorada Kate... —saludó presuroso por tomar la mano de ella y dejar un educado beso al dorso.

—¡Oh, querido Angus! ¡Qué agradable sorpresa! Llegaste cuando pensé que pasaría una aburrida tarde castigada por los sermones de mi abuela; quien justo antes de empezar a torturarme fue requerida por la madre desesperada de una joven casadera. ¿A qué debo el honor de tu visita? —correspondió Kate, amable.

—Es mejor que no menciones a tu abuela, quizá hasta la llames con el pensamiento. Tampoco estoy deseoso de escuchar más reprimendas para que me case. Cada vez que aparezco por aquí, temo por mi tan amada soltería. Dime tu secreto para salir victoriosa una temporada más, mi querida Kate —pidió galante, ofreciéndole el brazo para caminar por la estancia o para que lo llevara donde ella deseaba.

—¿Mi secreto? ¿Acaso crees que varios años sin encontrar al pretendiente adecuado es parte de lo que tenía planeado? Quiero hacer un buen matrimonio, pero ¿se me puede culpar por no elegir a un soso, un arribista o noble sin alma? Y la lista se extiende, pero no quiero hastiar tus preciados oídos.

—Desde mi punto de vista, eres afortunada. Imagina encontrarte con un sinvergüenza, jugador y fracasado como yo. Considero que no hay un varón digno de tu belleza y atenciones. Repito lo que siempre te digo, Kate: si no te viera como a una hermana y si tampoco estuviera tan interesado en permanecer soltero, tú serías mi candidata entre tantas víboras, porque sé que eres adorablemente obstinada. No me encontraría con una desagradable sorpresa —alegó, condescendiente.

—Odio que hables de ti como si fueras un caso perdido. Me halagan tus bellas palabras, pero por lo obstinada que soy prefiero conservarte como un amigo o terminaríamos matándonos cuando dieras rienda suelta a tu testarudez. —Angus hizo un gesto para discutir con Kate, pero ella lo ignoró continuando con su parloteo—: Además, soy muy juiciosa y tú muy osado. Te reprocharía cuando tema que dilapides nuestra fortuna en un juego de azar, aunque tu ciega confianza te asegure que puedes duplicarla. Como amigos

somos invencibles, como pareja seríamos un verdadero agobio. Además de que con mi abuela tengo suficiente, una suegra como tu respetable madre no la quiero ni en mis más horribles pesadillas. Esas dos nos querrían dirigir la vida —indicó Kate y golpeó cariñosamente el brazo de Angus—. Pasemos a disfrutar de una deliciosa taza de té, Collins me advirtió que llegaste con la intención de quedarte. Supongo que algo importante querrás comentarme.

Angus asintió con un movimiento de su cabeza y se sentó donde Kate le indicó.

—No dudo que tu abuela y mi madre son un dolor de cabeza, pero mi querida progenitora lo es aún más. ¿Imaginas vivir bajo su techo y oír sus quejas? No sé cómo soportó mi padre tantos años. En ocasiones pienso que mi madre me prefiere como un libertino, antes de ser esto en lo que me convertí, Kate. Soy un apostador empedernido —confesó—. Vine aquí con la intención de conseguir un consejo de Blake, pero que desde ningún punto de vista sea para casarme. Él, como hombre recién casado, me citará cada ventaja de contraer matrimonio. Es mejor que no esté y que tú puedas aconsejarme. Eres soltera, sin compromiso y sin un candidato. Podrás hablarme con la verdad. Debo cambiar mi vida.

—Pues ya que me lo pides, te aconsejo que te sosiegues, que dejes ese desinterés por tus responsabilidades y te enmiendes. Ni siquiera te aconsejo casarte sin antes resolver ese problemita con las apuestas. Ninguna esposa estaría feliz de lidiar con ello.

—Ya he dicho que no quiero contraer nupcias. —Hizo gesto de hastío.

—En eso concuerdo, tu vida y la de tu futura esposa sería un incordio. Una dama quiere firmeza por parte de un caballero —le reprochó ceñuda. Lo adoraba y por eso se atrevía a hablar con la verdad. Mientras Blake era sensato, práctico y centrado; Angus se rebelaba contra el destino que la sociedad imponía para alguien de su estatus—. ¿Has pensado a quién legarás tu título cuando ya... no estés?

—Ahora hablas como tu abuela y mi madre...

—¡Angus, solo tú consigues convertirme en un verdadero fastidio!

—Es aquí donde notamos que la sangre no es agua. Cuando seas una anciana, serás la reencarnación de tu abuela y si te casas,

perseguirás a tu descendencia de la misma forma en que ella lo hace. La piel se me ha puesto de gallina al pensarlo de esa manera. Tan solo imaginar que si llego a casarme y mis descendientes son como mi madre, no podré tolerarlo. Acabaré con un arma en la boca. Kate, eres la única dama a la que mi paciencia y tolerancia perdonan. Dime una razón diferente a dejar un legado para que quiera arriesgarme a escuchar quejas toda mi vida... ¿por qué debería casarme, Kate? O al menos cuéntame, ¿qué hace que desees casarte? Quizá de esa forma logre comprender que debo tomar el camino al cual me niego.

—Es que ves la unión como un martirio y será así si accedes a un casamiento arreglado. Mi hermano me ha asegurado que mis padres se amaban, y Blake... solo tienes que ver la cara que pone cuando se pierde en la mirada de su esposa. ¿Entiendes que te ofuscas porque buscas la respuesta equivocada? La pregunta no es por qué debes o deseas unirme en matrimonio. Solo sigue a tu corazón y este te dirá cómo, cuándo, dónde y sobre todo con quién.

—Mi corazón dice que ama mucho su soltería. Estoy desorientado, pero considero que tú te encuentras más desorientada que yo si accedes a perder tu libertad. Eso que te hace magnífica. Un hombre te convertirá en su propiedad, te cortará las alas y te hará ser como mi madre. ¡Oh, qué desgracia! —se lamentó Angus, recostando su figura en el sillón donde estaba sentado, mientras observaba al mayordomo colocar el té sobre la mesita que estaba frente a ellos—. ¿Crees que debería buscar otras aficiones que me den más placer que el oficio de encontrar una esposa en la próxima temporada, o mejor voy al club para apostar a los gallos?

—¡Por el Altísimo! ¡Has echado en un recipiente roto todo lo que te he dicho! Si tuviera un abanico a mano te daría con él dos golpes en la cabeza por caso perdido.

—Pero si me dijiste que no lo era —protestó aguantándose las carcajadas. Era difícil que Kate perdiera los estribos, y se enorgullecía de tener el mérito de conseguirlo. Era más divertida cuando dejaba de lado sus objeciones premeditadas y disparaba lo primero que le venía a la mente.

—Me retracto. ¿Y ahora cómo me quito la imagen tuya buscando otro vicio que alentar? —gruñó Kate, que cogió la tetera para servir

el té para ambos.

—No me refería precisamente a eso.

—Por favor, no derroches tu fortuna en los gallos.

—Entonces buscaré otras aficiones.

—¡No!

—Bueno elijo la pelea de...

—¡Tampoco! Pobres animales. Ustedes, los hombres, son unos bárbaros. Piensa en algo más sano, un deporte como esgrima, ¿boxeo? —recomendó Kate esperando que él entrara en razón sobre su situación.

—Te da pena con los gallos, pero a mí me mandas de cabeza al matadero —se quejó Angus, que se llevó la taza de té humeante a la boca.

—Un buen escarmiento podría hacerte entrar en razón. Además, de que necesitas un correctivo...

—Lo dice Kate, el dechado de virtudes...

—¿Te recuerdo tus palabras? Dijiste que estaba cerca de la perfección.

—Y que eras obstinada... —Una estocada más y la vería echar más humo que la tetera de la mesita.

—Si me sigues espoleando, mi abuela y tu distinguida madre tendrán una aliada de cuidado. Buscaré a una dama que te dé la sacudida que te mereces y ponga tu mundo de cabeza.

—Yo no soy como tú, no creo en el amor. Así que soy inmune a sus efectos.

—Por fortuna no todos los caballeros son como tú. El hombre con el que me casaré no solo tendrá la capacidad de amar con pasión, sino que será incapaz de hacer eso que insinúas, tratarme como si fuera de su propiedad.

—No te engañes, Kate. Tu hermano te ha dado muchas libertades... pero el mundo no es como lo han dibujado para ti. He visto muchos compromisos seguir el mismo patrón. El matrimonio es una prisión... para ambos.

—Has conseguido dejarme sin... palabras. —Hasta ella estaba sorprendida. Angus era como una mordida de serpiente venenosa que ponía malo todo el cuerpo. Él no quería casarse, y no quería ser el único soltero empedernido—. Es mejor que pruebes las pastas

que van con el té, son más agradables que tú cuando te obstinas en algo.

—Oh, Kate, hasta tienes el ceño como tu abuela cuando te enojas —se burló Angus al notarla hastiada de él a la par que disfrutaba de aquellos apetecibles dulces que acompañaban el té.

—Cuando me veas casada y feliz te haré tragar tus palabras. Y tú seguirás debatiendo si el mejor uso de tu tiempo serán las detestables peleas de gallos o... hacer lo que sea que pretendes realizar con una dama... de dudosa reputación.

Capítulo 4

Después de disfrutar de una tarde de té junto a Kate, que, si bien no había disipado sus dudas y ni siquiera convencido con sus fundamentos, regresó a su casa de la misma forma en que salió: sin una solución.

Angus cogió un libro de su biblioteca, y después se sentó en su salón para esperar la hora de la cena. Leyendo entre líneas, encontró pequeños pasajes que lo distraían y otros que lo mataban de aburrimiento. ¿Desde cuándo lo convencional se le hacía tan aburrido? Quizá buscaba la excitación de intentar no perder dinero o disfrutar de alguna distracción. Podría estar buscando a una mujer que le calentara por una noche, pero el aburrimiento en su casa le impedía sentirse siquiera atraído por salir.

Escuchó los pasos de su madre, que se sentó también muy cerca de él, aunque sin dirigirle una palabra ni una mirada.

Él podía sentir como el aire alrededor de ambos se hacía más espeso. Esa era una de las razones por las cuales no deseaba casarse. Vivir incómodo era algo que no le apetecía. Si se sentía desesperado al escuchar el parloteo interminable de una amante de turno y también de su madre, ¿cómo sería tolerar a una perfecta extraña que le exigiría atención, buen comportamiento, fidelidad y compañía?

Angus sabía que en el fondo debía cumplir con dar continuidad al título de su familia, aunque no se sintiera listo, él consideraba que nunca lo estaría. A su alrededor la gente comenzaba a casarse. Blake era un claro ejemplo de sentar cabeza y enfrentar a la vida junto a una dama. Kate; su querida amiga, iba por el mismo sendero. Estaba seguro de que ella se casaría antes que él, pues estaba abierta a la idea del matrimonio, mientras que Angus no salía de sus niñerías y excusas que se colocaba como obstáculos.

Él suspiró y dejó su libro a un costado.

—Está bien, lo consiguió —gruñó molesto. Miró a su madre esperando a que replicara.

—¿Qué se supone que conseguí? No recuerdo haber dicho algo —dijo la dama, confundida.

—¿Se hace la desentendida? Sabe a qué me refiero.

—No, Angus. Una vez más me cuesta comprenderte. ¿Bebiste?

—No he bebido aún, tampoco siento mucha tentación por hacerlo después de que me robaran por dormir en la calle.

—Te lo merecías —espetó su madre sin sentir compasión por él.

—¡Es por su causa, por su maldita culpa! —La señaló enfurecido—. Si no tuviera desdicha al regresar a mi casa por sus quejas y reproches, hubiera dormido aquí, calentito en mi cama, y conservaría el reloj.

—Te he dicho que me iré. No deseo ver cómo te hundes. La próxima temporada serás un miserable, y también yo lo seré detrás de ti. Todo lo que haces, Angus, afecta a las arcas de tu título.

Angus se tomó un momento para meditar sus próximas palabras. Sabía que no estaba obrando sabiamente. Era conocedor de la molestia de su madre y comprendía que no podía seguir con la vida que llevaba, pero casarse era algo similar a la cárcel y...

—¡Lo sé, lo comprendo! Es que... estoy ofuscado. Tengo el estigma de continuar con la buena obra de mi padre y cumplir con lo que se espera de mí —confesó al fin—. Me cuesta entender que se comporta como lo hace por mi bienestar, pero sé que es así. Debo encaminarme hacia lo que mi padre quería para mí. No estará contento viendo que dilapido el dinero como forma de llenar un vacío.

Su madre tenía los ojos aguados por la tristeza de recordar a su fallecido esposo. La condesa viuda se levantó y se acercó a su hijo. Le tocó el hombro y se sentó junto a él.

—También lo extraño. Ya eres un hombre, un conde, Angus. Tu padre te odiaría si supiese lo que haces con el dinero que con mucho esfuerzo consiguió para reforzar tu futuro y el de la familia que deberías estar pensando en formar.

—Comprendo. Quiero dejar de apostar en *Watier's* —alegó con convicción.

—Cariño, el problema no es la apuesta, sino cuánto apuestas. Recuerda que es tan solo la diversión de una noche, pero que puede hacer que pierdas tu fortuna. La bebida es una pésima

consejera. Sé que una esposa resolverá tu inconveniente, por eso debes conseguir a alguien que te haga feliz.

Por experiencia propia, su madre sabía que las bondades del matrimonio eran muchas más que los inconvenientes. Su hijo debía confiar en su criterio, porque Elizabeth estaba segura de que una buena muchacha podría hacer muy feliz a Angus y hacerle olvidar su tristeza. La condesa bien sabía que él no había vuelto a ser el mismo desde la muerte de su padre.

—La mujer que me hará feliz no existe. Ya creo que la imagino requiriendo, persiguiendo y acosando a mi voluntad.

—¿No quieres dejar en mis manos la elección de una esposa para ti? —preguntó cariñosamente.

—Es lo mejor. Supongo que sabe lo que necesito, al menos mejor que yo. Desearía mantenerme soltero y...

—Soltero no, querido. Cualquier cosa, menos soltero.

—Está bien, pero no me presione, esto quizá lleve mucho tiempo para que lo asimile. Me iré con usted a la residencia solariega, pero deseo hacerle una advertencia, madre, y es la que sigue: de ninguna manera puede parecerse a usted, mejor que me consiga una esposa ciega, sorda y muda.

La condesa no quiso ofenderse por sus palabras, prefirió concentrarse en esa gran victoria que él le estaba otorgando. Su hijo no era una persona fácil y que estuviera dispuesto tomar en consideración a una mujer para convertirla en la futura condesa de Craven... ¡Era toda una gran celebración!

—Oh, querido mío, me ocuparé de tus pedidos. Me alegro tanto de que dejes Londres. Estos meses lejos te harán mucho bien. Estarás conmigo...

Él le entregó una sonrisa nerviosa. La idea de estar con su madre no era que lo reconfortara demasiado; sin embargo, era posible que tuviera razón en que le harían bien otros aires.

Durante la cena, la condesa viuda había dejado el silencio sepulcral a un lado, para no cerrar la boca, aturdiendo a Angus con las descripciones físicas que debería tener su prometida. Ella también hacía cálculos de cuánto sería la dote para cubrir lo que él había desperdiciado en sus juergas y apuestas.

Angus estaba afligido antes de tener una prometida. Deseaba salir corriendo. Tantas palabras lo mareaban. Su madre tenía demasiados requisitos, además de muchas ilusiones, mientras que él tan solo esperaba darle el heredero al título y como mucho, que la muchacha con quien se casara no lo torturara.

Aquella fue la primera noche que pasó encerrado en su casa, mirando al techo esperando a dormirse. No estaba tentado a dormir como un mendigo. Mientras intentaba conciliar el sueño, consideró que quizá Kate influyó en su decisión de encauzarse. Si al menos pudiese conseguir a una mujer como ella, las cosas no serían tan difíciles de tolerar, pero pobre de él si acabase algo parecido a su madre, sus días hasta la bendición de su muerte, serían interminables, por poco, eternos.

Reflexionó sobre las decisiones que ese día se animó a tomar. Todo lo debía a que no podía seguir luchando contra la corriente. Quedó devastado por escapar de la fatalidad de un matrimonio. No estaba en contra de que dos personas contrajeran matrimonio, solo de que él sí lo hiciera sin estar seguro. Era una decisión importante que no terminaría en un parpadeo. Podía ser un error del cual quizá se arrepintiera.

Charity llegó a Londres. Se instalaron en la residencia de alquiler. Desde la ventana observaba sorprendida la poca cantidad de personas que transitaban por la tarde frente a su morada. Bufó perezosa y colocó sus codos en el ventanal.

—Londres no es como imaginé. Es igual que Dublín en otoño — lamentó desanimada.

—Milady, quizá el viento de otoño no ayude a las personas. Además, la temporada acabó. Esa gente estirada debe estar paseando por alguno de sus condados.

—¿Cree que el marqués hizo lo mismo? No quisiera pecar de tonta e ir. Sería mejor que envíe al lacayo para repartir las cartas que me encomendó mi madre.

—Sí, considero eso más apropiado. Se las entregaré al sirviente para que vaya a la brevedad.

Charity asintió. Subió hasta la habitación de la segunda planta que sería su morada los próximos meses hasta que llegase la temporada. Si bien estaba muy decepcionada por ver poca gente caminando por las calles, no decaía, pues en su mente quedaba la idea fija de conseguir el esposo que fue a buscar. Esperaba que cuando su madre la alcanzara en Londres, tuviera excelentes noticias con respecto a su candidato. La amistad entre la progenitora del marqués y la suya era una forma segura de unir familias. Ella buscó las cartas para dárselas a la señora Murphy que se la entregaría al lacayo para que las repartiera. Quedaría a la espera de una invitación a casa del marqués.

Dos días después, Charity recibió la invitación para tomar el té en casa del marqués. Estaba extasiada por conocer a Benjamín Rochester, marqués de Harrow. Ella buscó sus mejores prendas para resaltar su belleza y carisma. Estaba muy segura de que conseguiría al esposo ideal. Además que a terca no la ganaba nadie.

—¡Oh, milady, parece una bella flor inglesa! —Exaltó la señora Murphy después de ayudarla a arreglarse.

Charity, satisfecha, observó la imagen que le devolvió el espejo. Era encantadora.

—Voy a conseguir un esposo... lo haré y mi madre estará muy orgullosa —dijo con buen ánimo.

—Si la rechaza ese marqués, puede irse al infierno. No encontrará a una prometida mejor que usted. Solo debe evitar dar sus opiniones particulares, milady. —La mujer sabía que Charity podía ser a veces una muchacha desquiciante.

—Sí, lo sé. Solo no debo parecer la niña tierna que encontrará a la vuelta de una esquina, debe ser esa la razón por la que sigue soltero.

—O quizá porque es más feo que la pata de un cerdo.

—No me he puesto a pensar en eso —expresó Charity con dudas—. Pero qué importa, un esposo es un esposo.

La señora Murphy se tapó los ojos con la mano derecha. Aquella pobre muchacha estaba muy influenciada por su madre, pues no

lograba darse cuenta de que ella era muy hermosa para desperdiciar sus mejores años con un vejstorio o un hombre feo como una pata de cerdo.

Ambas mujeres fueron hasta el carruaje para dirigirse a la residencia del marqués de Harrow. Una vez que estuvieron acomodadas, partieron hacia lo incierto. Se miraban cada una con un pensamiento distinto sobre la situación.

Cuando el carruaje se detuvo, Charity convino que su futuro estaba detrás de una gran puerta de madera tallada. Ni siquiera había descendido de su coche, pero ella sentía que los nervios la consumían, sería el candidato ideal que le había dicho su madre.

El cochero abrió la puerta del carruaje para que ella bajara. Charity buscaba en su ridículo la tarjeta de presentación para entregársela al mayordomo de esa lujosa y elegante residencia. Por fuera se podía notar la ostentación, le costaba imaginar que por dentro fuera diferente. Un marqués, así que era evidente que debía tener cosas acorde a su rango.

Una vez que bajó, Charity alzó la mirada para caminar regia y decidida hasta la entrada. La señora Murphy la seguía a una corta distancia, era la única persona que acompañaba a la insensata irlandesa. Golpeó la puerta y esperó. Un mayordomo de aspecto más lúgubre que agradable, abrió el portal de la mansión.

—Buenas tardes, ¿en qué puedo ayudarla? —preguntó el hombre del servicio.

Charity le entregó su tarjeta de presentación y dijo:

—La marquesa viuda de Harrow me espera.

El sirviente fijó sus ojos en la tarjeta y la leyó. Tenía la indicación de que una dama con ese nombre estaría pronto en la residencia.

—Pase, la anunciaré a la marquesa.

La muchacha y su criada siguieron al mayordomo. Él las dejó en la antesala y se alejó para subir por las escaleras que llevaban a la planta superior de la mansión. Charity mientras tanto, no perdió detalle de lo que la rodeaba. La fastuosa decoración de la residencia podía dejarla ciega con tanto brillo, la platería estaba casi como un espejo de lustrosa. También estaban las pinturas de los que quizá fueron otros marqueses de antaño. Aquel lugar era bastante interesante.

Dejó de distraerse con lo que estaba a su alrededor para fijarse en la mujer elegante y sobria que se acercaba con su mayordomo siguiéndola. Su mirada daba la sensación de ser fría por su color celeste y capaz de congelar si fijaba sus ojos mucho tiempo en algo. Cuando la dama se colocó en frente supo que además era intimidante.

—Usted es lady Charity Hely-Hutchinson, la hija de mi estimada lady Donoughmore —musitó la marquesa viuda de Harrow con un tono rígido y autoritario.

Charity le hizo una reverencia antes de contestar. No se dejaría intimidar por la que podría ser su suegra.

—Sí, señoría —afirmó condescendiente.

—En su carta me decía que vendría en unos días. La invité para que conversáramos un poco. Pasen al salón de visitas, mi hijo nos alcanzará pronto.

La marquesa viuda llevó a la muchacha y a su acompañante hasta el acogedor salón de visitas. En ese ínterin, pidió al mayordomo que fuera a por el té. La señora Murphy se quedó parada junto a la puerta fuera del salón.

Cuando se sentaron, Charity estaba nerviosa e incómoda. Lady Harrow era una mujer de pocas palabras y cuando hablaba parecía hacerlo con una dureza innecesaria. Temía que el hijo fuera tan frío como la dama.

—Su madre se ha referido a usted como una muchacha exquisita, ideal para ser la esposa de un marqués. Ciertamente tiene una belleza notable y parece que será del agrado de mi hijo —comentó la marquesa, observándola de pies a cabeza.

Los matrimonios pactados o de conveniencia eran algo muy habitual entre nobles, por lo que todo en la situación era normal.

Esos ojos de mirada penetrante la recorrían, colocando a Charity más incómoda, cuando eso ocurría a ella le daba por estirarse la lengua.

—Mi madre quizá en ocasiones exagera mis virtudes. Usted sabe de mí, pero yo de su hijo sé poco, tan solo que es marqués.

—Mi hijo es alguien que tiene una larga lista de requisitos para una esposa, quizá usted cumpla con algunos de ellos —insinuó.

Lady Harrow notó el acento irlandés en la joven, era bonita, pero quizá no lo suficiente para tentar a su hijo a un matrimonio.

El mayordomo entró al salón de visitas y colocó frente a ellas una bandeja con tres impecables tazas y unas masas con crema y mermelada. Después de que el hombre del servicio saliese, apareció la figura alta, atlética y esbelta de Benjamín Rochester, marqués de Harrow. Lucía intimidante en su caminata hacia ellas. Esos ojos grises, parecidos a los de la marquesa, la escrutaban sin disimulo. Era atractivo por el color de iris y su cabello, aunque la falta de una sonrisa en ese rostro hacía considerar a Charity que él era un hombre apático.

—Oh, querido, decidiste abandonar tu despacho para acompañar a tu madre y a la visita en un té —observó la marquesa viuda.

—Así es, madre —asumió el marqués mirando a la joven.

La marquesa y Charity se levantaron, la primera presentaría a la muchacha ante su hijo.

—Ella es de quien te hablé. Lady Charity Hely-Hutchinson, hija de la condesa de Donoughmore de Irlanda.

—Es un placer conocerle, su señoría. —Charity hizo una reverencia y sonrió ante el hombre de facciones poco estimuladas por el ademán de alguna sonrisa o gesto de agrado hacia ella.

—El gusto es mío —habló Benjamín sin algún gesto que delatara su humor—. ¿Vino desde Irlanda para pasar la temporada?

—En realidad vine para conocerlo a usted y concretar un matrimonio —confesó Charity que notó que aquel marqués sí podía hacer gesticulaciones y que su rostro no era tan rígido como creía.

Lady Harrow colocó su mano en el pecho por la sorpresa y el hijo de esta, estaba igual de sorprendido que la condesa. Nunca fue testigo de tanta sinceridad por parte de una dama. Quedó escandalizado con la joven.

—Tengo una carta que deseo entregarle a su madre —expuso la marquesa deseando dejar a solas a los jóvenes para que se conocieran un poco mejor. Aseguraba que aquella muchacha podía exaltar a su hijo con su atrapante sinceridad —. Iré a por ella.

—Por supuesto, señoría —correspondió Charity cuando la marquesa se levantó para salir del lugar.

Un silencio incómodo se formó entre Charity y Benjamín, ambos se miraban, él intentando escapar de aquella mujer que por nada del mundo podría ser la candidata a esposa que él estaba buscando. No tenía los requisitos indispensables para una esposa: callada, sumisa y, por tanto, digna de su título.

—¿Qué le han dicho sobre mí? —preguntó Charity para romper el témpano de hielo que los separaba. Lo mejor sería ir al grano. Después de todo, ella no se caracterizaba por ser remilgada.

—Que es la hija de una amiga de mi madre, no hay más que decir —respondió esperando a que la marquesa regresara.

Charity se armó de valor para decir:

—¿No le han dicho que soy la esposa ideal para usted? Es lo que me dijo mi madre que ha conversado con la suya por correspondencia. —No era una pregunta muy educada, pero deseaba dejar huella en ese hombre que la miraba de un modo extraño que no era capaz de discernir.

—Es evidente que aquí hay un error. Usted no podría ser la esposa ideal para alguien cuerdo, apenas la conozco y me es difícil tolerar su acento —aludió como quien dice que está lloviendo.

—¿Qué tiene mi acento? —inquirió a la defensiva.

—Es molesto, excéntrico y poco favorecedor para la esposa de un marqués —musitó fastidiado el caballero de rostro varonil.

Charity entrecerró los ojos, deseaba replicar como aquel lo merecía. Su rango le importaba muy poco en ese momento. Ella era la hija de un hombre orgulloso e irlandés, su sangre corría por sus venas y en este momento poco importaba que fuese una dama educada para guardar silencio, porque todo dentro de ella la impulsaba a ser feroz por la ofensa:

—Es un antipático con todas las letras. Vine aquí para conocerlo, pero su grosería me ahorró el trabajo.

—¿Qué ha dicho? —interpeló sorprendido.

—¡Grosero! —exclamó sin remordimientos.

La marquesa llegó con una carta en la mano y encontró a ambos con el rostro colorado mirándose con fijación.

—He regresado para el té —indicó la marquesa viuda sentándose en el sillón.

—No creo que sea buena idea que ambos compartamos el té — replicó Benjamín, tremendamente ofendido por la muchacha, pero tratando de mostrarse tranquilo. ¡Ella era una furia!

Ella respiró profundamente. Charity Hely-Hutchinson se obligó a recordarse a sí misma que, pese a estar enfurecida, debía mostrarse como la verdadera dama que su madre se había ocupado de criar. Le gustaría dar rienda suelta a su afilada lengua, pero no lo haría porque él no merecía que ella se pusiera en evidencia, y menos delante de la marquesa viuda. Así que Charity compuso una brillante sonrisa, pero del todo falsa, tal y como le había recomendado hacer su madre cuando no tuviera nada agradable que decir. Poco duró ese gesto, porque pronto ella se escuchó diciendo:

—Tal vez, el marqués de Harrow se considere demasiado importante como para compartir su infusión con una simple irlandesa a la que desaprueba por completo —alegó con suavidad. Estuvo complacida cuando vio al hombre estrechar su ceño y mirarla con reprobación. Ella continuó sonriendo como si nada malo hubiese ocurrido. Eso, sí. Si sus ojos irlandeses hubieran podido lanzar dagas, este noble inglés yacería en el suelo desvalido.

—¿Qué ha pasado aquí? —inquirió la marquesa, desconcertada.

Ninguno respondió, pero las miradas de ambos hablaban por sí solas.

Capítulo 5

Charity abandonó la residencia del marqués de Harrow, airoso, después de beber el té por el que fue hasta esa mansión. Aquel caballero la rechazó de manera grosera y sin contemplaciones. Sí. Bien, de acuerdo, ella no había hecho su mejor actuación tampoco, pero eso no importaba porque... porque... porque no y punto. Su madre estaba muy equivocada sobre los ingleses, al menos sobre este en particular. ¡Arrogante!

—¿Se encuentra bien, milady? Ha tenido temple de acero. Hubiese querido que lo convirtiera en sapo —le dijo la señora Murphy a la muchacha que se detuvo en la calle, antes de subir al carruaje. La mujer había sido testigo del desencuentro entre Harrow y ella.

—Desearía ser la bruja que espanta a los pretendientes irlandeses, pero no lo soy. He llegado aquí confiando en que me llevaría un esposo y no lo he conseguido. ¿Qué haré? —Charity conocía su propio carácter. No era una mujer fácil, no era una dama desamparada y que no fuese capaz de seguir adelante, pero reconocía que tuvo que haber lidiado mejor con el marqués de Harrow. Bueno, lo hecho, hecho estaba, no servía de nada lamentarse por lo sucedido porque ya no tenía arreglo.

—Pues buscarse otro.

—¡Pero si no conozco a nadie! —se quejó en un mohín.

—A este tampoco lo conocía. Fue el elegido de su madre. Deberá buscar uno por su cuenta en unos meses.

—¡Meses! —Se exaltó la muchacha al considerar que pasaría largo tiempo en Londres.

—Sí. Ahora suba al carruaje y regresemos a casa. Ha tenido una tarde difícil.

Ella siguió la sugerencia de su criada, subió al carruaje y partieron a la comodidad de su residencia de alquiler. Charity estaba decidida a no darse por vencida y encontrar a otro pretendiente. El

marqués de Harrow no merecía siquiera ser mencionado por su boca y menos, recordado por su mente.

Ya en la residencia, Charity se sentó en la sala de la recatada vivienda. No era ostentosa y carecía de una mayor cantidad de muebles que a ella le hubiera encantado tener. Su padre sugirió que no se gastara demasiado porque él estaba seguro de que ella pronto regresaría a Irlanda con un prometido o... sin uno.

—Milady, el lacayo me contó que en nuestra ausencia, un criado de la señora Hollister trajo una carta para usted. Debe ser la respuesta al escrito de su madre.

Charity cogió la carta que le mostró su criada y no estaba a nombre de su madre, sino al de ella. Abrió para leer el contenido.

Estimada lady Charity Hely-Hutchinson:

Es un placer saludarla y quisiera hacerlo en persona. Su madre es una gran amiga mía y hemos mantenido correspondencia estos años. Aún no tuve la dicha de conocerla personalmente, pero la condesa nunca fue rebuscada para describirla como una muchacha inteligente y bella.

Aprovechando que está en Londres, la invito a cenar mañana en mi residencia de Park Lane. Estaré encantada de recibirla.

Cariños,

Señora Alice Hollister.

—¡Mañana cenaré fuera! —anunció Charity, emocionada—. Iré a la residencia de la señora Hollister. Ella me dará la orientación necesaria para llegar al escurrizado inglés que necesito.

—Usted no lo necesita, milady —aclaró la señora Murphy, poniendo los ojos en blanco, cansada—. En todo caso sería para su madre.

—Para quien sea. De todas formas terminará viviendo conmigo, y sin duda, durmiendo a mi lado. —Suspiró al decirlo—. Ya deseo casarme.

—¡Milady! —Se escandalizó la señora que le acompañaba.

—Quiero un esposo joven, vigoroso y preocupado por mí y que me ofrezca atención. Si no es de esa forma, mejor seré una solterona —comentó. Cruzó los brazos bajo el pecho e hizo un mohín caprichoso.

—Exige demasiado para lo que conseguirá de un inglés. Busca a alguien apasionado, igual de indecoroso que usted.

—¡Oh, señora Murphy! —exclamó sorprendida de que le dijera eso con tanta rapidez.

—Me escandaliza y yo hago lo mismo con usted. Un poco de recato no estaría mal, esa debe ser la razón por la que el marqués de Harrow le dio alas para que se fuera volando de su casa, pero usted se empeñó en quedarse.

—Los scones estaban deliciosos —admitió—. Eso me dio el valor para continuar viendo el rostro de ese petulante. Todo lo hice por amor a los dulces. No desperdicié ninguno, aunque sí mi tiempo y quizá perdí un poco de dignidad al ser groseramente rechazada.

—Y el juicio.

Charity movió sus manos como el aleteo de un ave para darle a entender a la criada que no era tan importante lo que le dijo.

Por la mañana, al día siguiente, Charity pensó en la cena que la esperaba con la señora Hollister. Imaginaba que aquella mujer le abriría las puertas para conocer a los mejores candidatos; sin embargo, una señora no era lo mismo que una condesa, marquesa o duquesa. Por medio de la caritativa señora conseguiría como mucho burgueses, algo que no alentaría el brío de su madre y menos el suyo. Necesitaba un hombre con título.

Para la hora del almuerzo dejó de pensar en teorías con respecto a la señora Hollister. Estaba muy preocupada por encajar después de su pésima primera impresión de un inglés.

La señora Murphy sabía cómo consentir sus caprichosos pedidos. Le preparó la bañera con aceites, sales y pétalos de rosa para que su preocupación se difuminara con lentitud.

—De ninguna manera puedo perder este privilegio, señora Murphy. Necesito un marido que me consienta y que usted venga conmigo.

—Me disculpará, milady, pero soy la criada de su madre.

—¿Y por unas monedas más?

—¿Por cuántas monedas más?

—Deberé conocer las finanzas de mi futuro esposo.

—Si no sabe, no ofrezca, milady. Desde pequeña está acostumbrada a la buena vida, no me sorprende que no desee menos de lo que tiene.

—Con Callum estaba dispuesta a perder muchas cosas, pero como sé que nunca conseguiré a alguien que realmente me quiera por lo que soy, me conformo con que me mantenga bien. Solo quiero casarme y tener mi propia familia.

—Olvida que su madre quiere traer a su padre a Inglaterra y eso se logrará por medio de un matrimonio suyo con un inglés.

—Supongo que demoniza a mi madre...

—No, milady, su madre es un demonio —alegó sin titubeos. La sirvienta no estaba de acuerdo con la imposición que su patrona había dejado caer sobre Charity. La joven estaba tan obsesionada con lograr un buen matrimonio con un lord inglés, que no veía nada más allá de complacer a su madre. Deseaba que la joven se diera cuenta de que lo importante sería su propia felicidad... La madre era una persona obcecada, pero la hija no distaba mucho de su progenitora.

Charity en ocasiones pensaba que la señora Murphy solo decía tonterías, pero si era sincera debía admitir que su madre era una manipuladora. Hacía bien el trabajo de desear lo mismo que ella. Aseguraba que desde pequeña, la condesa fue firme en sus convicciones. No la dejaría escoger menos de lo que esperaba. Si Callum no estuviera muerto, hubiera sido rechazado porque no era lo que su madre ansiaba para ella; sin embargo, contaría con el apoyo desinteresado de su adorado padre.

La muchacha podía concluir sobre su padre que era un hombre paciente. En ocasiones, exageradamente paciente con ella y con su madre, pero lo hacía por el simple hecho de que las amaba con absoluta devoción. Pese a que su madre no estaba feliz de vivir en Irlanda, amaba a su esposo; por supuesto, a su manera.

Dentro del carruaje rumbo a la residencia de la señora Hollister en Park Lane, Charity se estrujaba nerviosa las manos. Aquella dama debía ser la solución a su reciente desilusión. La muchacha no comprendía qué podía estar mal con ella. Tuvo la educación de

una dama inglesa. Si bien su acento no era el mejor, eso no debería excluirla de un buen matrimonio.

Comenzó a murmurar cosas ininteligibles y casi inaudibles para la señora Murphy, buscando alguna forma de calmar sus nervios.

—¿Qué ocurre, milady? ¿Está bien o desea regresar a la residencia? —interpeló la mujer.

—¡No! Estoy practicando para pedir un esposo o, mejor dicho, un candidato adecuado para una dama desesperada por el matrimonio.

La señora suspiró, cansada.

—Lady Charity Hely-Hutchinson, usted es muy hermosa para estar desesperada por casarse. Converse con esta dama de manera tranquila y por sobre todo, escuche.

—Lo haré, sé que debo hacerlo. Respiraré, me calmaré y eso será todo... —replicó. Notó que la señora Murphy asintió vehemente. Faltó poco para que la ovacionara por decidir callarse.

Sintieron que el carruaje se detuvo. Era probable que llegaran a la residencia de la dama en cuestión de segundos. Así fue. Descendieron del mismo y caminaron unos pasos para dirigirse a la entrada. La acompañante de Charity golpeó la puerta para que abrieran.

Un mayordomo de aspecto sobrio y servil las observó con interés, al abrir las puertas de la residencia de piedras rojas.

—Buenas noches, ¿en qué puedo ayudarlas?

—Buenas noches. La señora Hollister me ha extendido una invitación para cenar esta noche —respondió Charity entregando su tarjeta.

El mayordomo observó el pequeño papel que le entregó la muchacha.

—Pase, milady. La señora Hollister la espera. Su doncella me acompañará a la cocina.

Charity admiró la coqueta decoración con retratos, jarrones y unas curiosas lámparas que daban una tenue iluminación de la residencia. En la chimenea se distinguía la leña crepitando y aquello irradiaba calidez en la estancia.

El sirviente de la señora Hollister la ayudó con su abrigo y lo colocó en el perchero de la entrada.

—¡Oh, usted debe ser lady Charity Hely-Hutchinson! —exclamó la dueña de casa, acercándose a ella con los brazos abiertos—. ¡Su madre no ha exagerado nada! ¡Una delicia de muchacha que incluso no parece irlandesa! Qué placer siento al conocerla.

La señora Hollister la estrujó con tanta fuerza que pudo escuchar el incómodo crujido que hizo su espalda. Charity sonrió un poco presionada por la efusiva dama.

—El placer es mío, señora Hollister. Le agradezco que me invitara a cenar —pudo decir.

—¡Oh, ya sé cómo sabrán que es irlandesa! Habla un poco diferente. Su acento...

—Sí, es un poco extraño. Mitad inglés, mitad irlandés —justificó avergonzada. Londres era tan rígida... Ya la había avisado su madre de que no eran demasiado permisivos con los extranjeros.

—La condesa me escribió una atenta y cariñosa misiva para que la atendiera con esmero, milady. También me dijo que pronto espera que usted se case con el marqués de Harrow. Es lo único desalentador del asunto. Un hombre tan agrio como llevarse a la boca una fruta podrida, no es lo mejor; sin embargo, es un marqués —comentó la señora Hollister sin tapujos y menos reservas sobre su opinión personal del caballero en cuestión.

Charity se sonrojó. Tenía la misma percepción que esa señora con respecto al hombre.

—Le pido entonces que se sienta contenta. El marqués me ha rechazado. No me quiere como su esposa.

—¡Mi querida niña! —exclamó la señora colocando una de sus manos sobre la de Charity —. Londres tiene muchos peces gordos. No se desanime, es mejor que haya sido así.

—Estoy esperanzada de que así sea. Necesito otro candidato y mejor si es pronto. Sé que algunos caballeros están regresando a Londres a estas alturas. Consideraré muy afortunada su invitación porque, a riesgo de parecer demasiado osada, debo decir que espero que usted me ayude a conseguir al indicado.

—Me halaga que piense tan bien de mí, pero ni siquiera he podido casar a mi caprichosa hija; que debe estar a punto de bajar para saludarla. Sin embargo, puedo conducirla al lugar correcto, bajo la guía de una matrona experimentada. La fama de la duquesa

viuda de Pemberton ha crecido después de que su nieto por fin sentara la cabeza. Esa mujer logró casar a un duque poco inclinado al matrimonio —anunció la mujer con absoluta diversión.

—¿La duquesa viuda de Pemberton? No he oído hablar de ella pero, si consiguió esposa para su nieto, eso debe ser importante, de lo contrario, usted no me lo comentaría. —A buen seguro la gran mayoría de los hombres eran reacios al matrimonio. La mujer había hecho sonar como toda una gran proeza que el duque de Pemberton se casase gracias a su abuela. Tal vez esa mujer pudiera ayudarla.

—Por supuesto. Yo sugiero que vaya junto a ella. Con toda su sabiduría, podrá orientarla hacia el lugar correcto.

—Una matrona preparada para casar a cualquier hombre es lo que necesito. Si me dice la dirección de la residencia, estaré frente a ella antes de que cante un gallo.

—¡Es así como debe actuar una mujer decidida! Espero que mi querida hija haga buena amistad con usted.

La señorita Patience Hollister era una muchacha encantadora, pero muy reacia al matrimonio. En lo que conversó durante la cena con Charity, Patience solo exponía los puntos negativos de un matrimonio, para, a fin de cuentas, terminar diciendo: «casarse solo lo hacen quienes necesitan algo, yo no necesito nada».

La señora Hollister tenía la difícil misión de casar a alguien que efusivamente defendía ser soltera.

Charity la escuchó con atención y sin dudarle mucho dio su más humilde opinión sobre el asunto para persuadir a la muchacha de que estaba equivocada.

—No concuerdo con las impresiones que tiene, señorita Hollister —contradijo Charity, segura—. Una mujer depende de su esposo, y en caso de que no lo tenga, de su padre. Si no cuenta con su progenitor con vida, pues se queda a la deriva, esperando la buena voluntad de algún pariente interesado en ocuparse de alguien con quien no posee relación. Una muchacha de nuestra edad debe buscar un marido con un buen presente y un futuro prometedor. ¿Puede acaso desmentir lo que acabo de dilucidar para usted?

—Pues... —mencionó Patience sin saber cómo justificarse.

La madre de Patience, quien miraba complacida a la joven irlandesa, se sonrió al ver que la joven había hecho reflexionar a su hija.

—¿Lo ves querida mía? —inquirió la anfitriona de la cena a su hija—. Si hablo de pretendientes no es por capricho. Lo es porque me preocupo por ti. El matrimonio es la mejor salida para una joven.

—Lo entiendo, madre, pero...

—He resuelto su vida en una cena, señora Hollister —interrumpió Charity con satisfacción—. La señorita Hollister tendrá claro su futuro a partir de esta noche. Espero que no se niegue a seguir conociendo caballeros, porque belleza le sobra. Además, es encantadora hasta en los más pequeños gestos —aludió Charity, condescendiente—. Señorita, no se desperdicie por capricho, se es joven una sola vez, y para nosotras no hay muchas oportunidades para desperdiciar.

Patience se negaba a ceder ante las explicaciones que; aunque sabía que eran coherentes por parte de la visita, le costaba aceptar.

Charity al terminar su cena con aquella familia, regresó a su residencia, donde la señora Murphy se ocupó de desvestirla y arreglar sus cabellos entre las telas que conservarían sus atractivos rulos.

—Debió mantenerse callada. La señorita Hollister no estaba muy contenta por haberla dejado en evidencia de su capricho —reprochó la señora Murphy a Charity, que miraba su reflejo en el espejo.

—Debería agradecerme que le abrí los ojos. De la próxima temporada no sale soltera y será gracias a mi divina intervención. ¿Qué puede hacer una mujer sin un esposo? Nada, es más que evidente. Por eso necesitamos de alguien que al menos cumpla con darnos la vida que merecemos. —Eso lo había aprendido de su madre. Había oído esa reflexión hasta la saciedad y dado que Charity consideraba a la condesa una experta en muchas cuestiones, Isobel no podía estar equivocada...

—¡Oh, pero, lady Charity, casi arroja todo al viento por amor! —Se burló la mujer.

—No era alguien muy adinerado, pero mi dote obraría un milagro con Callum. En fin, él está muerto y yo viva a la caza de un esposo.

Capítulo 6

Durante la mañana, Charity tuvo que abrigarse para poder hacer su visita a la residencia de la supuesta casamentera, la duquesa viuda de Pemberton. El viento otoñal le exigía un abrigo de mayor espesor que un fino chal. Además, si quería entrevistarse con una duquesa, lo mínimo que podía hacer era demostrar su solemne educación de la cual no hacía mucha gala; la guardó para sí.

—¿Qué le diré a la dama, señora Murphy? Algo como: «soy irlandesa y busco un esposo inglés, debe ser inglés, no otro, inglés»

—Considero que a la duquesa no le quedarán dudas de que usted requiere de un esposo «inglés» lo dice demasiadas veces para poder pasarlo por alto —replicó la mujer que acompañaba a Charity en su recorrido hasta el carruaje.

—Es bueno que esté enterada de que si no es inglés, está fuera de mi interés.

—Milady, no peque de orgullosa frente a una duquesa. No haga quedar mal a su madre, se lo ruego. La condesa me encargó que usted no hiciera su voluntad en todo. Hágame caso.

Charity puso los ojos en blanco y le restó importancia al ruego de la señora Murphy.

Una vez dentro del carruaje, partieron hacia la residencia de la susodicha casamentera cuya fama; la señora Hollister agrandó o quizá fuera de esa manera en que la describió: «Astuta y de buen ojo», se lo dijo tantas veces que esas palabras quedaron talladas en su cabeza.

—Todavía está a tiempo de regresar y pensar si en realidad necesita un esposo inglés —dijo la señora Murphy.

—Sus nervios pueden contagiarse, señora Murphy; no soy cobarde. Entraré a esa mansión y saldré de ahí con el nombre del caballero al que llevaré al altar. Estoy decidida, acabaré con esta incertidumbre de la soltería y seré feliz.

La criada entornó los ojos. Sospechaba que Charity pasaría mucha vergüenza frente a una duquesa. Era demasiado obstinada

para su propio bien. No era que le faltasen buenos modales, sencillamente ocurría que era medio irlandesa y eso la convertía en una mujer no dada a los silencios injustos.

La sonrisa que Charity tenía en el rostro, era semejante al aspecto de un arlequín demente, pues ella se emocionaba con la idea de conocer a una mujer cuya importancia en aquella sociedad desconocida, era en extremo relevante para muchachas de su edad. Si era casamentera por convicción solo le podría dar buenos consejos para conseguir al esposo ideal.

El carruaje se detuvo y ella, desde la ventanilla, observó la majestuosa mansión de Pemberton House. No sabía con qué se encontraría al cruzar aquel portal frente al que estaba. No sentía temor, más bien se dejaba llevar por la fastidiosa incertidumbre que le pesaba en el pecho cada día antes de dormir, por más que en su rostro reflejara seguridad y una sonrisa, sentía temor a ser solterona. La irreverencia quizá fuera un defecto notorio que no se pasaría por alto con facilidad si tenía algún pretendiente, lo único que le quedaba era aferrarse al nombre que le daría esa celestina.

Descendió primero la señora Murphy que golpeó la puerta, y después la siguió Charity con su tarjeta de presentación dando vueltas en su mano.

Desde donde estaban ellas, se escuchaban las pisadas que retumbaban hasta en el exterior de la mansión, aquello dejaba en evidencia la magnificencia del sitio. Un mayordomo de postura solemne; como todo lo que rodeaba a esa residencia, abrió la puerta y las observó.

—Buen día, ¿en qué puedo ayudarlas? —preguntó ceremonioso.

Charity, avispada, irguió su espalda para responder.

—Me han hablado sobre la duquesa viuda de Pemberton, la matrona casamentera. —Ella le pasó su tarjeta sin mediar más palabras. Su educación brilló por su ausencia. Todo fruto del nerviosismo.

Tanto el mayordomo como la señora Murphy, desorbitaron sus ojos, al oír lo que dijo la muchacha sin ápice de respeto hacia el rango de una de las mujeres más longevas de Londres.

Aquel sirviente se notaba escandalizado por las citas de Charity y le resultaba difícil recuperar su cuidada compostura.

—Si no se ha retirado a una de sus casas en otra región. Sabemos de buena fuente que los ingleses acostumbran a hacerlo —continuó diciendo, nerviosa.

—Déjeme preguntar si la duquesa viuda de Pemberton, Augusta Basingstoke —refirió para dejarle claro a Charity quien era su patrona a la que describió de manera tan burda—, desea recibirla. Esperará su respuesta en el recibidor, milady.

Miró la tarjeta y después a la bonita muchacha de pésima educación.

El mayordomo les dio la espalda a Charity y a la señora Murphy después de hacerlas pasar a la antesala.

—Ha cometido una indiscreción, hasta el mayordomo se ha dado cuenta, milady. Usted no hará más que pasar vergüenza —predijo su acompañante.

—Exagera... Además no es mi culpa. Estoy demasiado nerviosa... Nunca antes he conocido a una duquesa —trató de excusarse.

—Es usted imposible.

Mientras Charity y la señora Murphy intercambiaban palabras, el sirviente con su lenta caminata se acercó a la mujer rígida que estaba sentada en el gran salón de la residencia con un libro en la mano.

—Disculpe, su excelencia, en el recibidor hay una... —El mayordomo hizo una pausa extensa antes de continuar— dama que solicita un encuentro con usted.

La elegante Augusta dirigió sus ojos hacia su sirviente para prestarle atención.

—¿De quién se trata? —indagó la duquesa viuda, curiosa.

—En su tarjeta se lee que es: lady Charity Hely-Hutchinson, hija del conde de Donoughmore. Es alguien que se refirió a usted como: «la matrona casamentera».

Una risa juguetona brotó de la dama. La duquesa viuda era correcta, era de alta cuna, y no solía tolerar las salidas de tono, pero le apeteció enseguida conocer a la joven que se había saltado todas las etiquetas sociales con esa entrada tan magistral.

—Hazla pasar. No hay nada que me halague más que el hecho de que mi fama de casamentera se extienda entre las muchachas.

Todos los días nacen damas desesperadas y esta debe ser una que me proporcionará mucha diversión antes de encontrarme con mi nieto en el campo. —Lo cierto era que en estos días pasados había estado un poco aburrida y tenía demasiada curiosidad por conocer a la joven, más porque era del todo evidente que su sirviente la desaprobaba por completo.

—Sí, excelencia.

Mientras esperaban al mayordomo, Charity se dedicó a echar un vistazo a la residencia con detalle, halagando con su mirada cada uno de los rincones. Aquello sí era opulencia y de la buena.

—Acompáñeme, milady, la duquesa viuda la recibirá —informó el hombre del servicio.

Al entrar en la enorme estancia que era el salón, Charity observó a la mujer que, según sus ojos, le decían que era bastante mayor, o más bien, una antigüedad. Su rostro le parecía severo en lo que se refería al carácter y arrugada como un fruto seco en el aspecto. Más que juzgar, estaba conforme con esa dama que tenía mucha experiencia al igual que edad.

—Es un placer saludarla, excelencia —dijo Charity que hizo una graciosa y coqueta reverencia hacia la duquesa.

Augusta la observó con detenimiento. La muchacha era grácil, hermosa e instruida; a juzgar por lo poco que vio.

—¿Es usted la muchacha que me representó como «matrona casamentera»? —indagó la refinada duquesa—. A juzgar por su acento y el título de su familia, usted no pertenece a Inglaterra, ¿o me equivoco?

A Charity se le subieron los colores al rostro por la vergüenza. Cuando su acompañante, la señora Murphy se lo dijo, no le resultó de importancia. Sin embargo, que se lo mencionara la duquesa viuda, le inquietaba la consciencia.

—Excúseme si la he insultado, excelencia —pidió, sonrojada—. Soy mitad inglesa, mitad irlandesa. Mi padre es de la nobleza de Irlanda y he venido hasta Inglaterra para casarme con un lord inglés.

—Ya veo, es un interesante comienzo —indicó la matrona, astuta—. Disculparla sería asumir que lo dicho por usted es mentira, pero no hay nada más cerca de la realidad que su forma tan certera de

describirme. No es la primera joven que cruza mi puerta con esa consigna.

—Le agradezco que me ahorre la vergüenza. He venido aquí porque me han hablado de usted y de su fama...

—Ah, sí, ¿qué le han dicho? —indagó Augusta, sagaz.

—Que usted me ayudaría a encontrar el esposo perfecto.

La sonrisa en el rostro de la duquesa se ensanchó.

—El marido perfecto no existe, querida. No sea ilusa. Si se quita eso de la cabeza quizá encuentre alguno que la tolere.

—Estoy convencida de que aquí se encuentra el hombre que nació para tolerarme. En Irlanda los hombres de mi agrado escasean o han muerto en alguna riña —argumentó Charity para que la gran dama comprendiera las razones de su búsqueda.

—Siéntese, querida, que nos explayaremos bastante —pidió la duquesa, enseñándole con la mano el lugar en que se sentaría Charity—. Puedo proponerle un sinfín de candidatos, ahora, no puedo garantizar que dicho hombre haya nacido aún. Puedo advertir que le atraen los caballeros pensantes. Es un requisito importante, se nota que le gustan los desafíos.

—Sí, excelencia. No es demasiado lo que pido. Solo que sea un esposo inglés, rico, amable e inteligente, con gran espíritu de aventura y a quien le gusten las brujas. —Charity era plenamente consciente de que no era fácil lidiar con ella.

—Bien, quiere un hombre inteligente, pacífico y acaudalado... creo que usted busca el santo grial, pero a mí también me gustan los desafíos. Le buscaremos un marido —dijo Augusta—. Usted no conoce de límites, me agrada. Sobre las brujas, solo le puedo decir que a los caballeros les gustan, otra cosa es que lo admitan; aunque conozco a muchos casados con alguna.

Charity, animada por las palabras de la matrona, no podía soportar la espera de que le diera más información o nombres de ingleses dentro de sus pedidos.

—Entonces, excelencia, ¿quién es su recomendado? —preguntó ansiosa. Miró a Augusta y aquella casi parecía saborear sus propios pensamientos para darle un nombre.

—Oh, tengo varios candidatos, pero en este momento solo cuento con uno en mente. Ha sido casi una epifanía.

—Quiero escuchar su nombre —pidió Charity.

—Angus Craven, conde de Craven —replicó Augusta. Sabía que Angus no se caracterizaba por ser aventurero, sino más bien, arriesgado en otras cuestiones ajenas a lo que aquella muchacha podía pensar que era una aventura.

Al escuchar aquello, a la muchacha se le abrió el cielo.

—¡Ya siento que lo amo! Él es el indicado. No me atrevería a dudar de su buen ojo. —El entusiasmo la embargó. Al fin un poco de luz en la oscuridad.

—Ya veremos, recuerde llegado el caso que usted pidió un desafío.

—Nada asusta a una bruja irlandesa, excelencia. Él quedará encantado conmigo —ponderó la joven.

—Tenga a mano sus polvos mágicos, porque los va a necesitar. Viendo su entusiasmo, requerirá onzas y onzas de encanto. Le daré un consejo, lady Charity Hely-Hutchinson: la caza de un buen matrimonio requiere de perseverancia, mas la paciencia es la virtud que necesita una casadera exigente.

La sutil matrona no escatimó en preguntar hasta la fecha y lugar de su nacimiento. Charity estuvo sometida a un intenso escrutinio por parte de la sabia casamentera.

Cuando ella procedió a retirarse de la residencia, le hizo una breve reverencia a una elegante dama que descendía las escaleras. La otra la despidió con un movimiento amistoso de cabeza.

Charity abandonó aquel sitio, esperanzada. Ese noble, lord Craven, era exactamente lo que necesitaba para ser feliz.

Una semana pasó desde su encuentro con la matrona, su madre llegó a Londres. El conde de Donoughmore se negó a ir con su esposa porque no le gustaba Inglaterra, prefería la paz y tranquilidad de su castillo, mientras que la condesa deseaba poner orden la vida de su hija, sin darse cuenta de que iba a hacer justo lo contrario.

—¡Saldremos a pasear, Charity! —exclamó su madre, que cogió el libro que la muchacha tenía en su mano y lo arrojó a un lado—. Las damas que buscan esposo van de paseo por los parques.

Charity ladeó la cabeza, molesta por la intromisión de la condesa.

—Madre, Londres está en decadencia en este momento. La mayoría de las familias apenas regresan de su retiro. Estaremos aquí perdiendo el tiempo durante los próximos meses hasta el inicio de la temporada.

—Apuesto mi vida al decirte que siempre queda algún noble rezagado.

—No confiaré en las suposiciones de usted. He pasado un pésimo momento junto al dichoso marqués de la grosería. No quiero volver a verme en la misma situación.

Charity le había narrado con exactitud la situación vivida con el marqués de Harrow a su madre y también que fue en busca de un candidato que llegó de la mano de la duquesa viuda de Pemberton.

—No sé qué ha pasado. En fin, no conozco al joven que la duquesa te sugirió.

—Y tampoco conocía al marqués —replicó Charity, que cogió de nuevo su libro.

—Saldremos de igual forma. Ponte algo de abrigo, que el viento no haga volar nuestras faldas.

La madre de Charity logró su cometido. Sacó a la muchacha de su comodidad y la llevó de paseo antes de que oscureciera. La condesa de Donoughmore aprovechó para hacerse con algunas prendas y dulces de los que abundaban y que ella durante años anheló. Estaba tan excitada por lo que le rodeaba que a Charity le resultaba imposible calmar los impulsos de su progenitora.

Entraron a una tienda de sombreros y encontraron a una solitaria dama haciendo sus últimas compras.

—Hasta la próxima temporada, lady Craven... —escuchó Charity decir a una mujer que atendía en la tienda.

—Lady Craven... —mencionó en voz baja. Aquella debía ser su futura pariente y comprometía hacer algo para acercarse.

Dejó a su madre que se asfixiara entre tantas cosas dentro de esa tienda, mientras Charity fraguaba una estratagema para conversar con la elegante dama.

—¿No es esto suyo, milady? —preguntó Charity cogiendo un sombrero que estaba cerca de las cajas que llevaría la condesa de Craven.

—No, querida —respondió lady Craven observando a la muchacha.

Con solo verla, la madre de Angus quedó deslumbrada por Charity. Le encantó ese acento y la preocupación que le demostró por sus compras.

—Es muy bonito. No concibo que usted no se lo lleve. Envuélvalo para milady, yo lo pagaré —dijo Charity, esperando ganarse el favor de la dama.

La condesa de Craven colocó ambas manos en su pecho, enternecida por el gesto de la muchacha.

—Qué amable. No la vi en todas las temporadas en Londres —mencionó Elizabeth, que cortó distancias con Charity para observarla mejor.

—Llegué hace poco más de una semana a Londres para la próxima temporada. Soy irlandesa.

Los ojos de Elizabeth se abrieron por la sorpresa, pues sospechaba que se encontraba ante la dama que la duquesa viuda de Pemberton; tan amable, le sugirió como esposa para su hijo. Hacía unos pocos días que las dos matronas habían intercambiado misivas y fue cuando tuvieron una interesante conversación por carta sobre candidatas para Angus. El buen ojo de Augusta era imposible de pasar por alto. La muchacha tenía los atributos necesarios para conquistar al difícil hijo con el que Dios la castigó cuando se convirtió en adulto.

—¿No será por casualidad usted lady Charity Hely-Hutchinson? —quiso averiguar la condesa, sonriente.

—¿Cómo lo sabe? —indagó Charity, confundida.

—El destino. Debe ser obra del destino o mejor dicho, de cierta mujer influyente.

La condesa viuda de Craven no perdió el tiempo y tomó del brazo a Charity para conversar. Tal como ella había quedado fascinada por la belleza y la gracia de esa muchacha, estaba segura de que Angus quedaría de la misma forma.

—Usted es lo que estuve esperando durante años. Mi querido Angus quedará sin habla al verla.

—Charity... —la llamó su madre para mostrarle algo—. ¿Lady Craven? —preguntó sorprendida Isobel.

—La misma. Supe que se casó con un irlandés, milady — comentó lady Craven.

—¿Se conocen? —escudriñó Charity más sorprendida que antes. Londres era un pañuelo.

—Sí, cariño —tomó la palabra Isobel—, es la hermana de una de mis amigas. —La mujer se giró hacia lady Craven para continuar—: Cuando Charity me dijo que la duquesa viuda de Pemberton le sugirió al conde de Craven como posible esposo, olvidé que usted era su madre. Fueron muchos años lejos de Londres. Disculpe mi ignorancia.

—Esto merece una celebración por partida doble. Las invito a una cena en mi residencia esta noche. Debemos ponernos al día sobre los veinte años de su ausencia, mi querida condesa, y también sobre esta preciosa niña... —halagó Elizabeth, sin dejar de mirar a Charity.

—Por supuesto que aceptamos —confirmó Isobel con prontitud.

Charity sobraba en aquella conversación, aunque no imaginaba la suerte que tenía y también lo corto que se le hacía el camino hasta su futuro prometido.

Cuando la condesa de Craven se retiró, Charity y su madre festejaron lo ocurrido. Ninguna de ellas podía llegar a entender lo afortunadas que se sentían.

—Charity, querida mía... —Se emocionó su madre.

—¿Por qué no me dijo que conocía a la condesa? Como una tonta intenté acercarme al escuchar que era lady Craven. Me hubiera ahorrado el trabajo, madre.

—¡Lo olvidé por completo! Todavía me cuesta creer que el marqués te rechazase. Fue un golpe bajo para mi amistad con la marquesa.

—Es un asunto casi olvidado para mí. Mis pensamientos están puestos en mi nuevo objetivo: convertirme en lady Craven — aseveró con seguridad suprema.

Lady Craven regresó a su residencia con una sonrisa que partía su cara en dos. Los sirvientes bajaron las cajas que correspondían a

las compras mientras ella pasaba al salón. Se quitó los guantes antes de acomodarse en el sillón.

—Harris, Harris... —convocó la condesa a su mayordomo.

Angus, que se encontraba aburrido, sentado frente al tablero de ajedrez moviendo las piezas de ambos lados, solo, observó a su madre que estaba demasiado contenta.

—¿Le ha ocurrido algo bueno, madre? —inquirió indiscreto.

—Sí, algo muy bueno —respondió. Al momento, llegó su mayordomo y se colocó a su servicio—. Harris, esta noche tendremos visitas. Que se sirva el faisán con patatas hervidas. Coloca el mejor vino que tengamos en la reserva y la vajilla antigua.

—Sí, milady —acató el hombre del servicio, que se retiró rumbo a la cocina para transmitir la orden de la condesa.

—Ah, tendremos visita —dijo Angus, monótono. Movié su alfil negro para tomar a la reina blanca—. ¿Es solo eso lo que la tiene tan feliz?

—Si fuera por la compañía, contigo sería suficiente. Es por otros motivos. Son dos mujeres y espero que te comportes con la seriedad de un conde.

—Déjeme adivinar... —musitó Angus e hizo un sonido con la lengua—, salió para conseguir a una incauta para que pueda ser su sucesora.

—Fue una coincidencia agradable —justificó su madre, sonriente.

—Si no supiera que la duquesa viuda le envía cartas a usted, creería que ha sido casualidad, pero las casualidades entre casamenteras no existen.

—¿Qué dices? ¿Qué tiene que ver una cosa con la otra?

—Puedo ser un jugador vicioso y empedernido, pero jamás un tonto. La duquesa ha casado a demasiadas personas, y me temo que esté en busca de una esposa para mí.

—Recuerda que ha casado a todos, menos a su nieta y por supuesto, a ti. Deja la conspiración de lado y déjate seducir por la compañía que tendremos esta noche. Son recién llegadas a Londres. Deben tener mucho que contar.

Capítulo 7

La madre de Angus le exigió que se pusiera su mejor prenda. No le llevaría la contraria en tonterías. Él aceptó el hecho de que debía casarse, pero no estaba exento de asustarse. Desconocía los astutos artilugios de una mujer casamentera y de una muchacha que deseaba casarse. Además, recusaba lo que él mismo podía hacer por no casarse.

Estuvo listo mucho antes de la cena. Le haría compañía a su madre para cuando llegaran las visitas.

—¿No vendrá algún caballero con las damas, madre? ¿Qué haré entre tantas mujeres?

—Prestarles atención a todas. Es lo único que debes hacer. Deja una buena impresión —pidió. Se acercó a su hijo y le arregló el pañuelo de su cuello con cariño.

—Está bien... ¿de qué hablaría con ustedes? ¿De bordados, comidas, listones, sombreros, la tendencia en peinados, sobre los jarrones de porcelana del salón o...?

—De lo que desees, querido. De lo que desees —dijo Elizabeth entre dientes.

Tanto Angus como su madre, escucharon suaves golpes en la puerta.

El mayordomo fue caminando hasta la puerta con lentitud agobiante e hizo pasar a las damas.

Angus tragó saliva al mirar a la joven de cabellos negros y ojos azules que era acompañada por una mujer que era casi idéntica a ella, pero de más edad. Estaba deslumbrado por la presencia pícaro de la airosa criatura de ensueño que se encontraba en su residencia. Debía estar enloqueciendo para que quedara tan sorprendido al conocer a una dama. Era preciosa, debía reconocerlo.

Charity, por su parte, no perdió detalle del atractivo caballero que estaba parado frente a ellas, junto a la condesa. Aquel mentón pronunciado en lugar de restarle encanto hacía que sus facciones

fueran más masculinas. Esos ojos verdes eran como llamativas esmeraldas esperando colocarse en su cuello y aquel cabello lacio y castaño parecía suave al tacto. Era apuesto, decidió.

—Bienvenidas. —Las recibió la condesa de Craven a Charity y su madre—. Angus querido, te presentaré a las damas, Isobel, condesa de Donoughmore y su hija, lady Charity Hely-Hutchinson.

—Es un placer conocerlas. Es bueno saber que mi madre tiene compañías tan selectas —dijo Angus, zalamero, antes de acercarse a besar la mano de la madre de Charity. Después de acabar con la condesa, fue a coger la extremidad de la preciosa muchacha.

—El placer es nuestro... —logró articular Charity al sentir el contacto de esos finos labios en el dorso de su mano enguantada. Ella se mordió el labio inferior ante el escalofrío que la recorrió.

Al escuchar el acento tan extraño de la muchacha, él pareció más encantado. Pronunciaba las palabras con otro aire, uno más sensual que el debido o quizá fueran figuraciones suyas. Angus levantó los ojos y notó aquel gesto que hizo la invitada de su madre. ¿Sería posible que ambos tuvieran algún vínculo?

—Nos honra con su invitación, lady Craven —mencionó Isobel, conforme con lo que notaba entre aquellos jóvenes.

—El honor es nuestro por recibirlas. Angus y yo deseamos conocerlas mucho mejor. Pasemos al salón para esperar la cena mientras bebemos. Toma del brazo a lady Charity, querido —mandó su madre.

El pecho de Charity estaba al borde de un estallido. Por alguna razón deseó arreglarse el cabello. El joven conde se acercó y observó que ella se acarició los bucles con un gesto inconsciente e inocente.

Angus consideró que aquello era con un terrible propósito: seducirlo. Pero no notaba mala intención en su mirada. No poseía aquel aleteo desconsiderado de pestañas que ostentaban otras damas, tenía algo todavía peor: su tan sola presencia era un encanto. Esperaba que solo fuera una visita y que pudiera continuar soltero porque suponía que fácilmente podía quedar atontado por la delicia que significaba esa mujer.

—¿Me acompaña, milady? —pidió Angus, contento. Al ver que ella asintió, le ofreció su brazo.

A Charity ese contacto hasta llegar al sillón se le hacía eterno. La llama que ardía en su pecho por la emoción era incuestionable. Era amor a primera vista. Uno más grande que ese que sintió por Callum. No podía explicarlo con seguridad. Tal vez fuese que ya había sufrido un rechazo, o sencillamente porque él era apuesto como el pecado, pero se sentía inclinada a hacer todo lo posible por maravillarlo. Su mirada decía mucho de ese conde. En sus suaves ojos había vislumbrado un poco de tristeza y le pareció que al observarla había aprobado su físico. Sentía que era un hombre serio, y aunque no se hacía un retrato fiel de él, sí estaba muy dispuesta a luchar por lo que sus impulsos le decían que sería un esposo más que aceptable. Angus Craven le gustaba y no había esperado que fuese de forma tan arrolladora, más porque temió que se presentase ante ella otro marqués de Harrow muy ofensivo. Nada de esto había ocurrido.

—Su casa es muy elegante —pronunció Charity buscando conversar con él.

—La condesa es quien se encarga de embellecer la residencia —continuó Angus con la conversación.

—En Irlanda, vivimos en el castillo de Donoughmore. Tiene una elegancia diferente. Es como respirar un aire antiguo, lleno de misterio.

—He conocido varios castillos, pero el suyo me llama la atención. ¿Es irlandesa?

—De nacimiento. Mi madre es inglesa, nació en Bath y mi padre es irlandés, de Dublín.

—Por favor, tome asiento —solicitó Angus cogiendo de la mano a Charity para ayudarla a sentarse. Él se colocó junto a ella sin saber la razón de aquello. Su conversación no era la más interesante, sin embargo, su acento era embriagador. Una mezcla de lentitud y una voz melódica—. ¿Y su padre? Me permito preguntar por el caballero.

—Mi padre prefiere Irlanda. No le agrada mucho Inglaterra. Solo vino a buscar esposa y después regresó. Desde ese día no ha vuelto por aquí.

—Ah, ¿y qué la trajo a usted por aquí? —curioseó, ladino.

—Lo mismo que trajo a mi padre: una búsqueda —respondió con los ojos fijos en él. Ella estaba encontrando la confianza necesaria para mostrarse segura de sí misma. Su timidez del principio se esfumaba a medida que el caballero le daba más alas para volar.

Angus se rascó la nuca, nervioso. La joven que le encantaba estaba a poco de desencantarlo. Si la muchacha se llevaba bien con su madre, las posibilidades de que corriera él con la misma suerte eran mínimas. Además, su temor al matrimonio era muy fuerte.

—Supongo que en Irlanda no hay mucho que elegir. Con sinceridad creí que no existían personas nobles u opulentas en ese lugar, pero mi percepción ha cambiado desde que cruzó mi puerta —pronunció. Lo que dijo primero lo hizo con el ánimo de desilusionar a la muchacha y también de que él no pareciera interesado y, lo segundo, porque le pareció inapropiado decir lo inicial.

—Tiene usted razón, no hay mucho para escoger de donde provengo, por eso estoy en Londres, pues abundan los nobles. Este sitio parece un baúl de listones. Como una dama que soy, debo seleccionar el que mejor me quede... —repuso Charity, que de tonta tenía muy poco. Era impulsiva y sincera. Su respuesta fue una defensa al ataque que le hizo Angus. Lejos de desalentarse sobre el caballero, consideraba que tendría un matrimonio sin monotonía con un esposo que siempre estuviera al ataque.

Las miradas de Angus y Charity parecían colisionar. Verde contra azul, en un juego de aliento y desaliento, de esperar y no esperar. Ambos se sonrieron ante la tensión que crecía entre ellos. Angus estaba entre la espada y la pared, pues ella le entró por los ojos y se alojó en sus oídos con su bello acento irlandés. Mientras, Charity juraba estar enamorada de alguien un tanto extraño, pero educado, sin duda era un mejor partido que el huraño marqués de Harrow.

Tanto Elizabeth como Isobel estaban complacidas con la reacción de ambos al inicio. Aquello debía constituir el principio de un compromiso que terminase en un satisfactorio matrimonio para ambas familias.

Durante la espera del faisán que se serviría en la cena, la tensión entre Charity y Angus, fue controlada por las condesas que los

acompañaban. Conversaron sobre Irlanda, el conde ausente, la próxima temporada y hasta la cena no servida.

Charity mantuvo la compostura todo el tiempo, la mirada que su madre le dirigía para que no dijera alguna barbaridad, funcionaba a la perfección. También Angus era sometido al mismo trato por parte de su progenitora.

El mayordomo se acercó formal y comunicó que la cena estaba servida.

—Angus, sé amable y acompaña a lady Charity al comedor —mandó la condesa de Craven con suavidad.

Él, por su parte, sabía sin que su madre se lo dijera, que debía llevar a la muchacha por la razón más sencilla: intentaban casarlos, y a esa dama parecía no disgustarle la idea de que compartieran un futuro. Angus era más reticente. Apoyaba los matrimonios; mas no deseaba formar parte de alguno. Sin embargo, no podía permanecer ajeno a que debía dar herederos y a que ella había resultado ser toda una sorpresa. Se debatía en dos terrenos muy farragosos.

Angus se levantó del asiento que compartía junto a Charity y le mostró su mano.

—Acompáñeme a la mesa —pronunció y colocó una sonrisa en su rostro. Él no sabía siquiera la razón de su sonrisa—. Tenemos faisán y patatas hervidas. Lo disfrutará.

—Con gusto, milord. Tengo buen olfato. Lo supe desde que pasé la puerta. Soy alguien de buen apetito —confesó. Cogió la mano que él le ofreció para levantarse y cruzó su brazo con el de Angus para dirigirse al comedor.

—He pecado de tonto o dejé de distinguir los aromas —concedió agradable.

Cada momento, Angus se daba una reprimenda mental por ser amable. No ayudaba a sus instintos de permanecer soltero, pero en verdad ella lo estaba desconcertando con su precioso acento y su belleza. Además se veía amable y sincera. ¡Estaba en una encrucijada! Oh, cuánto disfrutaría su madre si fuese capaz de leer la mente...

A Charity cada contacto con Angus se le hacía soberanamente satisfactorio. Ambos se sentían; aunque no quisieran asumirlo, nerviosos por estar cerca el uno del otro porque concibieron una

atracción mutua. No obstante, Charity, que era una joven muy avispada, parecía sentir una reticencia por parte de su candidato, pero ella, una irlandesa fuerte y obstinada como su padre, estaba decidida a cambiar aquello.

Fueron servidos por los criados de Angus con mucha maestría y educación pese a que no solían organizar muchas cenas y fiestas en la residencia.

Mientras el tintineo de los cubiertos indicaba que estaban muy satisfechos con la cena, Angus se dedicaba a mirar a su escrutadora madre. Sin él querer parecer un adivino, suponía que su progenitora se traía algo entre manos.

—Han venido en el momento menos propicio para la búsqueda de un esposo —comentó Elizabeth. Eso hizo que Angus se removiera incómodo en la cabecera de la mesa. Tosió ligero para que su madre supiera que era mejor no entrar en aquel asunto.

—Mi madre insistió para que viniera lo antes posible para conocer Londres y sus lugares más importantes, aunque creo que me excedí en el tiempo prudencial. Es cierto que la ciudad está vacía. Hay pocas cosas que hacer. Me aterra pensar que pasaré cinco meses encerrada con mi madre en una residencia hasta la próxima temporada —dijo Charity como una burla.

—Pues pronto también iré con mi madre a nuestra residencia en el campo y estaremos allí durante cinco meses. Necesitamos un cambio de aires, aunque estoy aterrado —alegó Angus con poca sutileza—. Serán los meses más largos de mi vida —dijo tratando de imprimir un poco de humor.

—Para eso tenemos una solución, querido hijo —expresó la condesa de Craven, maliciosa y sin perder la compostura—. Llevaremos invitados con nosotros y no deberás temer.

El color de Angus se escapó de su rostro. Estaba pálido. Por ningún motivo deseaba que la muchacha irlandesa fuera la invitada en su residencia. Sería difícil vivir tranquilo viéndola todos los días durante tantos meses.

—Es una excelente idea para que milord no tema a la compañía materna. Charity, querida, lo mismo va para ti. Si tenemos alguna invitada en casa, no estarías tan disconforme con mi presencia —

manifestó Isobel para incomodar a su hija y al conde que jugaban a un juego muy peligroso con esas casamenteras.

Charity entendía el juego de palabras y de indirectas como lo hacía el descolorido conde de Craven. Ambas madres eran unas arpías inglesas de las mejores.

Angus bebió un trago del vino que tenía en su copa para intentar recuperar un poco la compostura, y después miró a Charity que solo le sonrió a su madre por lo que dijo. Era evidente que tenía una relación de complicidad con la mujer que la llevó en su vientre. Lo mismo sucedía con él mismo.

Inmediatamente, al acabar la cena, fueron hasta el salón donde las madres se volvieron a alejar, quedando ellos a merced de la soledad o de hacerse compañía entre incómodos silencios y vergonzosos cotilleos.

—Ha estado muy callado desde la cena, milord. ¿Acaso no desea invitados en su residencia? Se ha puesto tan blanco como un papel y sus lunares parecían las letras de una carta —comentó Charity haciendo girar su copa de vino en la mano.

—Supongo que... no lo sé. Mejor cuénteme lo que le agrada hacer—respondió dejando de mirar su copa de brandi para fijar sus ojos en ella—. Es peligroso que el líquido se le salga de la copa.

—Tiene razón. En ocasiones no me doy cuenta de mis actos —compuso una sonrisa—. Soy amante de la lectura, de los tés, de la buena comida y un poco de la música. ¿Y usted a qué dedica el tiempo libre?

—Al juego, al derroche, la bebida y a soportar a mi madre —rio a viva voz después de decirlo. Aquello fue infantil y tonto, sin embargo, divertido. La cara de la muchacha ya no era la de una cazadora experimentada. No es que ella se viese así en verdad, pero era lo que Angus sentía. Era del todo evidente el propósito de la visita. No debería sentir hostilidad hacia la joven, que además de bonita se veía genuina, pero...

Charity borró la sonrisa que tenía en su rostro por un instante. No quería a alguien que derrochara su fortuna, pero después se recuperó al creer que todo podía cambiar si aquel tenía una motivación diferente. Sí, no había nada que una esposa no fuese capaz de lograr.

—No ha conseguido una esposa por ese motivo, ¿no es así? Le diré que ninguna mujer que se respete dejará que su prometido o esposo dilapide su dinero. Si fuera mi prometido, lord Craven, lo convertiría en alguien diferente, que valoraría cada moneda —se atrevió a decir con seguridad. Si el propósito era el de ahuyentarla, le dejaría claro que no lo lograría con facilidad.

—Cabe decir que no es mi prometida... —replicó molesto por la opinión de una desconocida.

—Pero no puede asegurar que no lo seré. Juegue conmigo al ajedrez, milord, y apueste si no teme a una dama decidida como yo —lo retó para romper el hielo que se comenzaba a formar entre ellos.

—Oh, ahora las gallinas custodian las bolsas de maíz, ¿no le parece?

—Ante la falta de alguien inteligente que lo haga, sí. —Deseaba captar su atención a toda costa.

Angus chirrió sus dientes. Ya su hermosa y melódica irlandesa comenzaba a irritarlo.

—Yo voy por el negro, milady —avisó Angus que le mostró con una mano el lugar cerca de la chimenea donde estaba el tablero.

Ella se levantó de su asiento y se dirigió hasta el sillón para colocarse frente al color blanco. Él hizo lo mismo y se sentó mirando al color negro.

—Hagamos nuestras apuestas, milord. ¿Qué está dispuesto a perder, lord Craven? —indagó segura de conseguir lo que deseaba.

—¿Qué apostará usted? Las damas siempre van primero.

—Le daré lo que usted decida. Sé que voy a ganar. Ahora, dígame lo que me dará... —insistió la muchacha.

—Está muy confiada, milady. Me confiaré también porque soy bueno en estos juegos de estrategia.

—Ah, entonces me dará su soltería si gano. Tenga cuidado —advirtió Charity, segura.

Capítulo 8

Al pasar un cuarto de hora desde que se inició el juego, los malos movimientos de Angus le avisaban de que terminaría siendo el perdedor. En esa ocasión era él quien sudaba frío. La muchacha que se encontraba sentada frente a él moviendo las piezas con seguridad, ni siquiera parecía fatigada por ganarle. Estaba sonriente, casi burlándose de la mala fortuna del caballero.

Si Angus tomaba en serio la apuesta, ella era quien se llevaría su soltería si no ocurría un milagro.

—Estoy por hacerle jaque, milord. No lo vi luchar mucho por su soltería —resaltó Charity, burlona, con un mohín coqueto en el rostro.

—Y a usted parece alegrarle que perderé. Creo que se aprovecha de mi debilidad con el juego.

—Para la próxima quizá juguemos a algo en lo que usted esté más lúcido. No deseo que piense que me aprovecho de su debilidad cuando en realidad le muestro mis fortalezas.

El sonido de un trueno en la lejanía hizo que Isobel se acercara al juego para darlo por terminado por su hija. Era tarde y el clima comenzaba a cambiar.

—Charity, debemos irnos. No deberías limpiar el suelo con la inexperiencia de milord... —dijo Isobel. Sabía que Charity era casi una experta en el ajedrez gracias a su padre, con quien jugaba desde que era una pequeña de tres años.

—Está bien. Se ha salvado, lord Craven. La próxima no tendrá tanta suerte. Ha sido un placer —declaró Charity antes de pasarle su mano para que él besara el dorso y pudieran retirarse.

Él cogió aquella mano sin dilación y plantó un beso como lo exigía ella.

—Las acompaño —se ofreció un aliviado Angus. Estuvo a un alfil de perder su soltería a manos de la sanguinaria lady Charity Hely-Hutchinson.

Charity, sin dudar, se enganchó a su brazo, mientras su madre iba igual de unida con la condesa de Craven hasta la puerta.

—El clima de Londres es siempre tan cambiante —opinó la Elizabeth antes de despedir a las damas que iban a colocarse el abrigo que dejaron en la entrada.

—Sí, es cierto, lo había olvidado después de tantos años, aunque Irlanda no es tan diferente en eso... —añadió Isobel entre suspiros.

—¿Me ayuda con el abrigo, milord? —pidió Charity cogiendo la prenda de ropa.

—Por supuesto —aceptó condescendiente.

Angus no imaginaba las razones de su amabilidad para con ella. Entre todo lo macabra que podía ser esa bella criatura, no dejaba de parecer delicada y muy apetecible a sus ojos. Quizá lo que hacía era por el simple hecho de sentirse como un caballero en plena cacería. La excitación de una dama encantadora que podía llenar el espacio de lo que él abandonaría muy pronto: el juego. Con un pensamiento así se sentía como lo que nunca pensó que era: un libertino. Muy pocas veces se divirtió junto a una mujer, por lo general siempre terminaba aburrido cuando querían hablarle de cuestiones ajenas al placer. En esa ocasión fue lo contrario. Fue él quien llenó de preguntas a la muchacha.

No perdió más tiempo en sus cavilaciones y se dispuso a cumplir con el pedido. Sus fosas nasales se llenaron con el intenso aroma de un perfume, tanta era su fascinación, que acercó más el abrigo a su nariz para percibir mejor eso que lo perturbaba. Recuperó la compostura después de sentir que debía encorvar su figura para ocultar las reacciones propias de un hombre que gustaba de algo apasionante.

—Cuídese, milady. No se moje —mencionó Angus apenas. Debía tragar saliva para controlar las extrañas consecuencias de haber pegado la nariz a la prenda ajena.

—Espero que nos veamos pronto. Ha quedado pendiente un asunto —se despidió.

Charity aguardó a que su madre también acabara con su larga despedida. Una vez que lograron abandonar la residencia del conde

de Craven, subieron al carruaje antes de que se echara sobre ellas la furia de unas gotas frías.

Cuando Angus cerró la puerta y fue hasta el centro del salón, recuperado de su pequeño monto de exaltación, miró a su madre que se frotaba las manos como una mosca en un festín.

—¿Qué te ha parecido la joven? —preguntó Elizabeth a su hijo.

Él no pudo responder al instante, le dio una sonrisa sarcástica y arrojó su pesada figura al sillón.

—Hermosa y encantadora. ¿Qué más puedo decirle, madre? La duquesa viuda y usted se han ensañado conmigo al hacer esto.

—Qué ruines son tus pensamientos hacia nosotras. Te aseguro que Dios ha puesto a esta magnífica criatura en nuestro camino y estuve considerando echarle una mano a la providencia.

—No, madre, ni se le ocurra invitarla...

—¿Quién dijo que iba a invitarla? Nos quedaremos en Londres, pediré que coloquen mis vestidos en el guardarropa otra vez. Debes conocer más a la muchacha.

Angus no podía creer lo que escuchaba. De una u otra forma su madre buscaba formas de acercarlo a la irlandesa.

—Si me quedo aquí gastaré todo nuestro dinero —amenazó Angus.

—Correré ese riesgo. Isobel me ha explicado la cuantiosa dote y ha mencionado un castillo en Irlanda que irá como riqueza al matrimonio que contraiga la muchacha. Su esposo debes ser tú.

Él se tapó el rostro con ambas manos, incrédulo por lo que su madre sin ningún decoro le dijo.

—No puedo creerlo, ha estado haciendo negocios con la condesa de... no lo recuerdo, para que su hija y yo... —Se pausó—. No me esperaba menos de usted, por supuesto. Madre, nos iremos le guste o no y lo haremos sin esa muchacha. ¡Válgame el infierno si nos la llevamos!

Elizabeth estaba satisfecha a morir con Charity, sabía que su hijo había quedado impresionado más por la belleza de la muchacha que por su inteligencia, pues a ningún varón le gustaba que una mujer fuera superior e independiente al punto de ridiculizarlos.

Durante el resto de la noche, Angus se recostó en la cama. Escuchó las gotas de lluvia golpeando sus ventanas. Aquel sonido lo llevó a cerrar los ojos para aflojarse y conciliar el sueño. Sin embargo, por su traicionera mente, solo le llegaban las perturbadoras imágenes de lady Charity Hely-Hutchinson y, además, el aroma de su suave abrigo. Aquellos recuerdos no hicieron más que fomentar su intranquilidad y además de eso, una pujante rigidez en su entrepierna.

Irguió medio cuerpo en la cama y apretó sus ojos con los dedos pulgar e índice.

—Si pudiera, ella estaría en mi cama y después me escaparía. Qué difícil es ser soltero cuando eso debería ser lo más sencillo — gruñó irritado. Se levantó y dio unas vueltas para pensar en algo que no le produjera ese ligero ardor, o terminaría dándose satisfacción por su cuenta a falta de una dama que le hiciera el favor. ¡Dios, cómo deseaba a la irlandesa de ojos brillantes y mente inquieta!

Capítulo 9

Charity no podía conciliar el sueño por varios motivos, entre esos estaba la gotera sobre su tocador y después el conde de Craven. Lo consideraba alguien con potencial para ser un buen esposo, aunque era orgulloso y con muchos otros defectos que, sin duda, ella podría corregir. Confiaba en sus capacidades de persuasión. Utilizaría todo lo que quedaba a su alcance para ser la condesa de Craven. Él le gustaba mucho, muchísimo de hecho.

Entre lo que debería hacer estaba conseguir de alguna forma esa invitación al campo durante varios meses, seducirlo y comprometerse en aquel sitio. ¿Cómo lo haría para ser invitada?

Cuando se hizo de día y aún seguía lloviendo, ella se levantó y se adecentó, antes de bajar a desayunar. Se sentó en la mesa para desayunar con su madre, que tenía un rostro más feliz que de costumbre. Londres parecía hacerle mucho bien a la condesa.

—Buen día, madre —saludó la muchacha, dándole un beso en la mejilla a Isobel.

—Cariño, ¿cómo dormiste? —indagó su madre, curiosa—. Supongo que no pudiste descansar bien pensando en tan apuesto caballero.

La señora Murphy se acercó para servirles el desayuno, mientras escuchaba la poco compleja y casi absurda conversación de la condesa para llevar a Charity hasta donde deseaba.

—Y también por la gotera sobre mi tocador. La señora Murphy tuvo que llevarme una jofaina, aun así, el irritable sonido de cada gota me crispó los nervios. Eso no me permitió pensar muy claramente en milord.

—Escampará, querida, ten paciencia. Londres es lluvioso como Irlanda, pero más encantador.

—En lo poco que pude rescatar de mis cavilaciones, he llegado a la conclusión de que necesito esa invitación al campo... —dijo Charity, untando mantequilla en un pan.

—¡Lo sabía! Es evidente que necesitamos esa invitación.

—Milady... —interrumpió la señora Murphy a la madre de Charity —. No es correcto que lady Charity vaya a un sitio donde la dejarán sola con un caballero de manera deliberada. Puede ser muy peligroso para ella.

—Necesidades, señora Murphy. Es lo que necesita para asegurar un matrimonio ventajoso con lord Craven.

—Ayer milord dijo que le gustaba el juego y además las apuestas, madre. ¿Qué ventajas podría tener un matrimonio así para mí? — Ciertamente que él la impresionó a primera vista, pero eso no hacía fácil olvidar su cuestionable vida de desenfreno.

—Charity, él tiene dinero. Además, todos los hombres tienen algún vicio. No deberías ocupar tu mente en cosas poco constructivas. Él está bien posicionado, es amigo del duque de Pemberton, nada puede salir mal siendo él un hombre de sociedad y con prestigiosos amigos —intentó persuadirla su madre.

Charity se tomó un momento para reflexionar sobre las conjeturas de Isobel. Suspiró con cansancio. Había llegado a Londres para buscar un esposo. Craven estaba ahí...

—Sí, lo sé. Madre, hable con la condesa para que podamos acompañar a milord. Tengo tantas ideas que deseo compartir con él. Sé que nos agradamos y que solo se resiste a lo inevitable.

Tan confiada estaba Charity de que conseguiría sus pretensiones, que poco le interesó la larga reprimenda que la señora Murphy le echó como un yunque en la cabeza, mientras la arreglaba para estar en el salón porque la lluvia dificultaba un buen paseo.

Unos lacayos colocaron más leña en la chimenea. La temperatura había descendido y para calentar la casa utilizarían lo que fue recogido para los días fríos.

Su madre escribía largas cartas, y solo Dios sabía para quiénes, a la par que Charity se sentó a leer. Estaba acostumbrada a la correspondencia incesante de la condesa, por ese medio se mantenía muy informada de todo lo que ocurría. Además, en la residencia de Irlanda nunca faltaba un periódico inglés que llegaba con semanas de retraso, pero siempre estaba muy feliz de recibir algo de su país. Por un lado, comprendía los deseos desesperados

de su madre por regresar a Inglaterra. Sin embargo, le costaba entender las razones por las que odiaba Irlanda. No tenía conflictos con su esposo, ni con los vecinos cercanos que se encontraban a unas millas. Era probable que tan solo extrañara sus raíces inglesas, en especial, una buena masa con mermelada en el té.

Después de que Angus recuperara la poca calma que tenía, instó a su madre para que se fueran de Londres. Ya pensaría en lidiar con lady Charity Hely-Hutchinson en primavera. Solo debía convencer a la persona que tuvo la idea de irse, a que se fueran de una vez por todas antes de que él, por voluntad propia, decidiera humillarse para pedirle a esa muchacha que los acompañara.

Llevaba dos días pensando en ella incesantemente, y no sabía las razones de esa atracción. Pero antes de admitir públicamente que quizá le agradase, él prefería morir.

—¿Decidiste invitar a la muchacha? Llevas varios días con esa cara, Angus —indagó la condesa, mientras él permanecía con la mirada perdida en la madera de su escritorio, donde llevaba tiempo intentando escribir cartas de negocios—. Estás retraído, al menos más que de costumbre.

Angus miró a su madre que estaba frente a él. Se llevaba una taza de té a la boca y lo observaba sin perderse detalle.

—Mmm... No, no lo haré —respondió. Buscó su último párrafo escrito, lo continuaría; sin embargo, al tomar la pluma del tintero, olvidó escurrirla un poco. Una enorme gota de tinta dejó aquella hoja y todo lo que escribió, sin efecto alguno. Gruñó y aplastó el papel para coger otro e intentarlo de nuevo—. Esto es una señal de que necesito irme al campo solo con usted, madre.

—Nos mataremos a los dos días de estar juntos. Además, dudo que siquiera soportemos el viaje —exageró la mujer—. Es mejor llevar invitados. Nunca hice de anfitriona durante tanto tiempo y me gustaría.

El conde cerró los ojos y descansó su espalda en el respaldo de la silla. Suspiró cansado antes de hablar, e hizo un carraspeo de garganta.

—¿Considera apropiado... invitarla?

—¡Sí, querido, por supuesto! Mis ojos no han visto en la vida nada más apropiado... —expresó exagerada.

—Invítela entonces —cedió, liberado del peso de estarse cuestionando aquello.

—El conde debe hacer esa invitación tan formal.

—No me salga con eso, madre.

—Deja esas cartas y aprovecha que no llueve. Ve a su residencia y pídele que venga con nosotros. Sé que lo deseas —tentó la mujer.

—Ni toda la tentación del mundo me llevará a su puerta —habló, decidido.

Angus lamentó haber tomado aquella mala decisión de salir cuando las nubes regresaron a Londres con un frío ventarrón y una lluvia amenazante. Le hizo caso a su madre y esas eran las consecuencias: estaba en su carruaje, sobre la dirección que le había proporcionado su progenitora para llegar a la residencia que alquilaba la condesa de Donoughmore.

Descendió del carruaje, se arregló su vestimenta y dio su primer paso sin saber que sería embestido con brutalidad por algo. Sintió un golpe seco y cayó. Desde el suelo, observó que frente a él estaba casi ahogada entre muselinas, la muchacha a la que había ido a buscar. Lo miraba hasta con la boca abierta por la sorpresa.

—¡Milord! —exclamó Charity, asombrada. No esperaba encontrarlo frente a su residencia y menos en ese momento tan determinante para que su sombrero de paseo se fuera volando por aquel viento demencial.

—Siento como si me hubiese arrollado una diligencia —masculló mientras se levantaba y se dirigía para ayudar a la no muy glamorosa muchacha que estaba también en el suelo—. ¿Qué hace atropellando a la gente? ¿Olvida que está en Londres y no en Irlanda?

—No es algo que haga muy seguido, milord —replicó apenada, a la par que se sacudía las prendas—. Fue culpa de mi madre, insistió en que saliéramos. La dejé unas calles atrás, no quería mojarme.

—Es usted una víctima —opinó con empatía.

—¿Estaba usted de camino o vino a mi casa de visita? —indagó Charity, sonrojada.

Los labios de Angus no replicaban palabras, ni siquiera un gemido, solo movía sus labios sin que saliera un sonido de ellos. Se había quedado mudo. No era alguien que se quedase sin palabras ni que actuase por impulsos. Ese día tenía esos dos defectos sobre su persona y bien sabía que fueron a causa de esa muchacha.

Charity lo presionaba para que respondiera. Sus ojos bien abiertos, observándolo sin disimulo, exigían una respuesta presurosa a su curiosidad.

—Yo... yo... estaba pasando muy cerca y me dije: «¿Por qué no visitar a tan agradable muchacha?» y aquí me tiene sucio, arrollado y dolorido.

—¡Oh, lo siento tanto! —Lamentó al observar el codo de la ropa de Angus y también la palma de su mano izquierda, enrojecida por el raspón de su caída—. Mis más sinceras disculpas por su mano y mis condolencias por su casaca. Lo único que puedo hacer para enmendar mi tontería es invitarlo a un té —sonrió.

—Si no va a matarme...

—¡Por supuesto que no! —exclamó y lo cogió del brazo, decidida—. Está en buenas manos.

—Deje que cuestione eso —rio al decirlo, mientras ella lo conducía dentro de la residencia.

La condesa de Donoughmore llegó agitada hasta cerca de su residencia y notó que su hija; quien la dejó a su suerte, estaba muy entusiasmada con el conde de Craven. La distinguió cómoda y colgada del brazo del caballero. Era lamentable que tuviera que interrumpirlos al llegar hasta ellos.

—Pase, milord —lo invitó Charity, entusiasta.

Angus estaba en una seguidilla de malas decisiones y estar dentro de la casa, observando todo a su alrededor, era otro error más. No era una residencia lujosa, tenía pocos muebles, y hasta presentaba un aspecto un tanto lúgubre por la falta de elementos que hicieran brillar ese salón.

—No se preocupe por el frío, lord Craven, mi cálida personalidad lo avivará —dijo Charity con un deje de broma mientras dejaba su

sombrero en la mesa de la entrada en lugar del colgador.

Él la miró después de decir aquellas palabras. Lo de calidez solo hizo que sus malos pensamientos se avivaran. Tenía un par de perversidades nunca pensadas para esa torpe criatura. «¡En qué pensaba!» se reprendió al concluir que estaba enloqueciendo. Eso se lo debía a la abstinencia del juego, la falta de amistades, su madre y, por supuesto; no podía faltar la escasez de mujeres a la que se sometió por paz.

—Señora Murphy, traiga té para nuestro invitado y pida que coloquen leña en la chimenea —mandó a la criada que buscaba con los ojos a la condesa—. Mi madre ya debe estar cerca. La dejé atrás porque no deseaba mojarme —añadió en voz baja para que no la oyera Angus, que parecía muy nervioso, dando vuelta a su sombrero en la mano.

—Sí, milady. Regreso pronto —repuso sin perder de vista al invitado de Charity.

Charity, sigilosa, se acercó a Angus y cogió el sombrero que aquel giraba en su mano.

—La casa es luctuosa, pero no más que el castillo donde vivo. Aunque este sitio tiene más defectos: goteras —comentó ella riendo—. Siéntese, por favor.

—Estamos solos, es... inapropiado —afirmó Angus con el fin de salvaguardar su integridad de la bribona irlandesa o quizá salvarla a ella de él.

—¿Le dije que creo que hay fantasmas en esta casa? Eso significa que no estamos solos. Venga y siéntese junto a mí como lo hicimos en su residencia.

—Vaya... goteras, fantasmas, ¿qué viene después? —Se burló intentando mantener la calma, antes de sentarse junto a ella como le indicaba con aquella mano en la almohadilla del sillón.

—Brujas. Soy una, ¿por qué cree que no tengo esposo? Hago rituales para espantar a un mal esposo —alegó, divertida mientras le guiñaba un ojo.

—¿Sí? —indagó incrédulo. Ella más que una bruja, era una hechicera con su voz—. ¿Qué rituales invoca?

—Son unos pocos, solo hicimos correr la voz en Irlanda. La gente es muy crédula, milord. En ocasiones, considero que sí soy una bruja porque no tengo esposo y yo deseo uno...

—¡Desea! —exclamó sintiendo como un calor sofocante le subía desde la espalda hasta la frente. Al parecer ella lo decía con la firme intención de incomodarlo.

—Uno inglés...

—¡Inglés! —continuó él casi escandalizándose. Lo que ella decía con buena o mala intención, él terminaba tergiversándolo a su beneficio.

—Son mejores que los irlandeses. Tienen fama de ser salvajes, ebrios y coléricos, salvo mi adorado padre, por supuesto.

Angus debía dejar de pensar con su entrepierna para olvidar aquellas asociaciones tontas que hacía en su mente. Ninguna dama noble se aventuraría a hablarle de cama.

—Qué ingrata fuiste, Charity —reprochó su madre, sonriente, entrando en la estancia. La mujer dejó que le cayeran unas gotas de lluvia con el motivo de llegar empapada y poder cambiarse, y así permitir a los jóvenes más tiempo a solas.

—Milord fue el culpable... ¡oh, qué mala anfitriona soy, olvidé la herida de su mano! —expresó horrorizada en verdad. Abandonó de manera abrupta el sillón y recorrió el salón, apresurada, buscando unas telas que su madre usaba para la costura.

—Milady, estoy bien. No hace...

—¡Aquí está! —anunció Charity. Abrió el pequeño baúl y en él solo estaban las agujas e hilos. No había rastro de las telas—. Oh, madre, ¿cuántos hoyos es capaz de hacerle a un vestido para necesitar toda la tela?

—Querida, usa tu pañuelo. Iré a cambiarme y regresaré.

La condesa se retiró hacia la planta superior de la residencia. Mientras Charity intentaba recordar el lugar donde dejó su ridículo porque dentro disponía de un pañuelo que sería de utilidad para la ocasión.

—Estoy bien, milady. La mano... —Quiso continuar, pero aquella muchacha halló su ridículo y sacó de él un impoluto pañuelo—, olvídalo.

—Abra la mano —mandó ella.

A él no le quedó más remedio que hacerlo.

Charity iba a llevarse ese pañuelo a la boca para mojarlo, sin embargo, lo pensó mejor.

—Lo mojaré en *whisky* para lavar su herida —dijo. Ella no lo dejaba replicar, hacía las cosas a su modo y muy a pesar del resto.

La muchacha así lo hizo. Con una punta del pañuelo mojado por el *whisky* que; sin dudarlo, su madre le robó a su padre, se dirigió a Angus y colocó la tela en su mano para limpiar la herida con cuidado.

—Qué desperdicio, milady. Ese *whisky* era de buena calidad —opinó antes de cerrar sus ojos por el picor que le produjo la bebida en la raspadura—. No hace falta tanta atención por una nimiedad.

—La nimiedad se la causé yo —expuso sin dejar de admirar los ojos verdes de Angus.

Angus observó que Charity no dejaba de observarlo. Los ojos azules de ella estaban fijos en los de él. Tragó saliva al abandonar los ojos de Charity para descender hasta los labios cereza que permanecían entreabiertos. Tan tentadores le resultaban, que se mordió el labio por desear estar pegado a su dulce boca.

Tanto Charity como Angus, sintieron aquella necesidad de unir sus labios. Se acercaron ambos cerrando los ojos antes de pegarse. Charity con el corazón latiéndole en la garganta, abrió la boca para recibirlo con felicidad, sintió aquel efímero roce entre ellos, pero fueron interrumpidos por la señora Murphy con el té.

Capítulo 10

—El té está muy caliente, milady, tenga cuidado, no se vaya usted a quemar —insinuó la señora Murphy, dejando la bandeja con pastas y té sobre la mesita.

El rostro de disconformidad de Charity y aquel intento de sonrisa a su criada, fueron evidentes para Angus, que también estaba molesto por la interrupción, además de avergonzado por lo que iba a hacer sin tan solo pensarlo un segundo. Deseó que aquel pequeño roce, que se pareció a una respiración, durara más tiempo. Estaba más incómodo que nunca junto a ella. ¿Cómo bebería el té con ella sin observarla de manera distinta? Debía imaginar que estaba en una reunión de té con Kate, no existía otra manera para olvidar su tontería.

Después de unos minutos, regresó la condesa con ropa seca para acompañarlos. Angus y Charity mantenían aquella mirada sospechosa, mas Angus solo deseaba irse de la residencia sin invitarla. No podía llevar a la tentación convertida en carne para que se quedara junto a él aquellos eternos meses.

—El té ha sido exquisito —las felicitó Angus antes de levantarse—. Debo regresar a mi residencia aprovechando que no ha llovido en demasía.

—Fue agradable compartirlo con usted, milord —dijo la condesa.

Charity no deseaba que él se fuera, estuvieron tan cerca de un beso que dejarlo escapar era una locura.

—¿Cuándo abandona Londres? —inquirió Charity, curiosa—. Quizá antes de que se vaya compartamos un último té.

—Quizá. Fue un placer saludarlas —se despidió Angus, que primero cogió la mano de la condesa para dejarle un beso y después la de Charity. Se detuvo más tiempo en la de ella, dejando un beso húmedo además de acariciar esa mano de manera indebida.

Angus agarró el sombrero que Charity le arrebató cuando llegaron, y a largas zancadas abandonó el sitio.

Cuando él subió a su carruaje deformó su rostro con los movimientos de sus manos. Necesitaba escapar de la presión de encontrar una esposa, del juego y de Charity. Golpeó el techo de su carruaje y el paje asomó la cabeza para escuchar lo que tenía que pedirle.

—¿A su casa, milord? —preguntó el criado.

—No, a un burdel —respondió.

—¿A cuál, milord?

—Al que tenga más clase.

Tomó aquella decisión de buscar a una prostituta por una cuestión física intolerable para él. No estaba acostumbrado a ser complacido y menos a complacerse en solitario. La irlandesa había llegado a su vida para causar más estragos de los que ya tenía. Si bien, se le hizo fácil dejar las apuestas y quedarse en casa como un buen hombre, aquello se debía a que no había mucho que hacer en la ciudad y que al llegar esa dama, encontró una nueva manera de mantenerse perdido, distraído y de cierta forma deseando huir de su probable esposa indeseada.

Cuando sintió que el carruaje dejó de moverse, esperó a que su sirviente le dijera que llegaron al lugar indicado.

—Es aquí, milord —avisó el cochero.

Angus miró el sitio desde los cimientos hasta el techo. No parecía el peor lugar, pero tampoco el mejor.

—Regresaré cuando me sea posible —dijo antes de bajar para entrar.

Cuando pasó la puerta, una nube de lo que fumaban los asistentes salió como si se tratara de una chimenea. A Angus le sorprendió ver a tanta gente en aquel sitio. Estaban algunos caballeros reunidos en mesas de juego con mujeres en sus regazos. A él eso no le resultaba particularmente atractivo, pues distraía bastante de una buena ganancia o de mucha diversión, pero él no estaba ahí por el juego, sino por la compañía de una fémica que calmara los ardores que la ardiente irlandesa provocaba en su

interior. Era eso o abalanzarse sobre Charity mostrando cuánto le afectaba...

Se frotó las manos como si sintiera frío antes de observar a cada muchacha. Cuando vio a una de cabellera oscura, como la de Charity, sintió un poco de complacencia, aunque no demasiada, pues aquella no contaba con la buena altura de la irlandesa y menos ese seductor acento que lo excitaba de todas las formas posibles. Se acercó a ella para darle tregua a sus fantasías y poder irse tranquilo, mas no sabía cómo encarar el asunto sin que sonara vulgar lo que deseaba.

—Señorita, ¿sería tan amable de concederme su compañía? —preguntó entre un carraspeo.

La muchacha de figura curvilínea, vestido exagerado en el escote y aspecto de bandolera, le sonrió y codeó a su compañera.

—Es otro de esos nobles, Mary —habló a su compañera y después procedió a responderle a Angus—. Por supuesto, milord. ¿Le sirvo algo antes?

—Prefiero que la bebida sea en la habitación, señorita —respondió, nervioso, pues la última vez que estuvo en un lugar así fue hacía cinco o seis años.

—Mary, lleva una botella de lo mejor que tengamos. Atenderé al caballero.

La mujer lo cogió del antebrazo para acompañarlo hacia el área de las habitaciones. El sonido de objetos golpeándose contra la pared y gemidos, era algo un tanto incómodo para Angus y debía soportarlo, era muy tarde para salir despavorido del sitio. Ella abrió una de las puertas que estaba hacia la derecha. Él notó que quien lo acompañaba movía sus caderas de manera seductora al caminar dentro de la habitación mientras verificaba que todo estuviera en su sitio.

A Angus le llamó la atención un recipiente donde estaban algunos intestinos de oveja humedeciéndose para ser utilizados en el acto. También observó que la muchacha fue hasta la puerta y agarró una botella de brandi que su compañera le entregó.

Cuando quedaron solos, la mujer le mostró la bebida y pasó junto a él para servirle de manera generosa. Después, ella se acercó a la

cama y recostó su figura entre las sábanas.

—Si quiere su bebida, venga por ella, milord... —dijo en tono juguetón, sosteniendo el vaso con el líquido en alto.

Él soltó el aire contenido en sus pulmones y le concedió a la mujer lo que mandó. Se acercó y bebió de aquel vaso como si se tratara de agua. Cerró los ojos. A su mente llegó Charity. Ella había dicho que era una bruja. No. Era una hechicera irlandesa que no era capaz de sacar de su interior. Veía su pelo oscuro extendido sobre la almohada de su cama, ataviada con un delicado camisón lleno de transparencias, mientras lo llamaba de un modo tan particular. A Angus la boca se le hacía agua con esa invocación en su mente. La deseaba. Eso era un hecho, pero temía lo que podría venir con el matrimonio. Las mujeres eran peligrosas, más las que declaraban abiertamente que estaban buscando esposo. Abrió los ojos y su fantasía se evaporó. La mujer que estaba con él para calmar su necesidad, su lujuria, su hambre por Charity, no era la fuente de sus deseos y conflictos. Suspiró con cansancio. Tal vez no hubiese sido buena idea acudir a un fino burdel. ¿Lograría esa mujer, que tenía muy dispuesta, sacar a la hechicera irlandesa de su pensamiento?

—Me serviré otro —avisó a la muchacha que se rio a carcajada suelta.

A ese vaso, le siguieron tres más, suficientes para que él estuviera más a un paso de la tontería que de la pena. Angus se acercó a la mujer y se acostó junto a ella. Trataba de ver a Charity. Esa irlandesa desconcertante, pero sabía que no era ella.

—¿Le parece si vamos a lo que vine? —interrogó tratando de parecer seguro.

—Por supuesto, milord... —respondió la mujer antes de acercarse para besarlo.

Maldijo al tratar de recordar el timbre de voz de Charity. Su dulce voz, su increíble tono irlandés. Cerró los ojos tratando de convocar a la hechicera irlandesa una vez más.

Angus se dejó besar, pero su insolente erección pareció desinflarse cuando abrió los ojos y vio que la mujer que estaba cerca no era a quien en realidad deseaba. Y ahí terminó el comienzo de su desenfrenada pasión, no podía seguir adelante. Algo no estaba bien. Del mismo modo que no se sentía correcto

claudicar al matrimonio con tanta alegría. Una cosa era verdad: deseaba a Charity, pero no hasta el punto de abandonar su preciada soltería. Angus sabía que estaba en problemas y no tenía ni la menor idea de cómo resolvería la cuestión.

—Lo siento, es usted tentadora, pero no puedo...

—¡Oh! —La mujer se dio cuenta de que él estaba blando donde debía estar duro, pero no dijo más al respecto. Él no quiso aclarar su situación tampoco.

Pago por los servicios no prestados de la joven tan solo para quedarse a beber y después de una hora salió del lugar para regresar a su residencia.

Capítulo 11

Al llegar a su residencia, su madre lo esperaba sonriente. Aquella deseaba escuchar sobre todo lo que había conversado para invitar a la joven y además las razones de su exagerada tardanza.

La condesa viuda se acercó a su hijo, percibió en su aliento el hedor de un fuerte brandi y el aroma de un perfume desconocido.

—Invitaste a lady Charity para que venga con nosotros, ¿no es así, querido? —indagó su madre, presumiendo que la respuesta que recibiría era negativa.

—No la invité —confesó—. Considero inapropiado que...

—¿No consideras inapropiado ir a un burdel? Sumaste más defectos a tu lista —acusó su madre, feroz. Era del todo evidente que su hijo había estado en un lugar inapropiado—. Ibas a algo tan sencillo como invitar a una dama y su madre a pasar una larga temporada con nosotros.

—Esa muchacha es un peligro, mire mis prendas. Mi codo está herido y mi mano...

—No quiero escuchar nada que venga de tu boca porque no eres digno de que te escuche. Jugador, bebedor, y ahora, libertino. Si quiero algo bien hecho, debo hacerlo yo misma. Me preocuparé y ocuparé de este asunto. No dejaré que desperdicies tu vida.

—Madre, exagera. Ha sido un desliz imperdonable —más porque estaba recibiendo una reprimenda y no ocurrió nada destacable en ese burdel—. Es mejor que abandonemos Londres mañana.

—Estoy de acuerdo. Nos iremos, pero no sin antes invitar a esas damas. Les enviaré una carta. Ahora retírate y toma un baño. Estuviste divirtiéndote donde otros ya lo hicieron, no es algo que se deba recordar con afecto —concluyó la condesa, enfadada.

Él agachó la cabeza y obedeció pese a que ella no tenía razón. Dio dos pasos hacia la puerta y suspiró. Levantó el mentón y se giró para mirar a la condesa. Elizabeth se quedó sorprendida con el gesto y el cambio de actitud de su hijo.

—A veces, madre, las cosas no son lo que parecen. No afirmaré que soy el más brillante de los hombres, pero usted ha olvidado en algún punto que soy un hombre adulto, un conde además. Quiero pensar que su actitud hacia mí es fruto de su preocupación como madre.

Estaba avergonzado de su decisión de visitar un burdel, y lo más triste fue que salió de ahí sin monedas, pagó por un servicio que no recibió y por un brandi que sí aprovechó. En lo que se refería a la irlandesa que rondaba su mente y se ocupaba de sus deseos carnales, tendría demasiados meses para negarse a caer en la tentación de esa mujer. Aquella tenía tantos defectos que quizá sobrepasaran a sus virtudes. Una dama no podía ser tan bruta en la calle, menos echarle *whisky* a una herida y después dejarle malinterpretar todo lo que decía, pero él colocaba en una balanza que aquella muchacha tenía vestigios de inteligencia; lo que podía ser peligroso para él, además de su belleza y ese acento que no hacía más que encantarle.

Estaría sometido a la presión de no parecer un demente detrás de esa muchacha. Su vida sería un terrible infierno si la encantadora candidata de su madre lo acorralaba y se aliaba con su progenitora, relegándolo a ser un vil varón pusilánime junto a ellas, eso no podía ocurrir. Él debía ser el hombre de la casa; pero su madre tomó aquel rol durante todo el matrimonio y fue todavía peor después de la muerte de su padre. Pocas fueron las veces que presencié una negativa de su padre hacia su madre. Aquel estaba rendido ante el carácter prepotente y mandamás de la condesa. La respetaba e intentaba no llevarle la contraria, salvo que fuera muy necesario.

Como conde de Craven, él no necesitaba que le mandaran qué hacer y eso lo dejaría claro a su madre y a su secuaz, la preciosa irlandesa. Abandonaría de juegos y pondría orden en su gallinero.

Después de tomar un baño, él no se vistió con rapidez, cerró la puerta con llave y se recostó en la cama. La imagen de Charity regresó a su mente. Recordó el beso que no había podido llevarse a cabo por la interrupción de la criada. Tan solo al recordar esos momentos, su miembro se endureció y lo mejor en ese caso era dejar de resistirse. Además, era más segura la satisfacción que se

podía dar él mismo, comparada con la que le ofrecía una mujer de mala vida. Se acarició la erección con suaves movimientos hasta comenzar a sentir un estremecimiento para inmediatamente coger con más fuerza a su miembro, agitarlo con rapidez y conseguir su tan ansiada liberación, pronunciando el nombre de la irlandesa que lo tenía como un demente. Si así lo tenía un roce, ¿qué sería un beso?

A la mañana siguiente, los baúles estaban listos para que él y la condesa viuda partieran. Angus bajó elegantemente vestido para muchas horas de viaje. También estaba muy perfumado por si a su madre se le ocurría volver a saber qué hizo.

—¿Llevas lo necesario, Angus? —preguntó Elizabeth—. Sube libros para que pueda leer, por favor.

—Quería hablarle de algo, madre —dijo Angus. Era el momento de que aquella supiera cuál era su lugar en esa familia de forma más precisa.

—Dime algo que no me haga perder el tiempo. Harris —llamó a su mayordomo—. Que lleven esta carta a la residencia de alquiler de la condesa de Donoughmore.

El sirviente hizo una reverencia después de coger la carta para llevar a cabo la orden de la dama.

—Lo hizo, madre. ¿Cómo se atreve a pasar sobre mi autoridad? —masculló y señaló hacia donde desapareció el mayordomo.

—¿Autoridad? Un hombre que no cuida su patrimonio, que no sienta cabeza, bebe y se acuesta con mujeres que no son su esposa, no posee ninguna. Alguien debe mantener la cordura en esta casa, y hasta que tú o tu esposa lo hagan, me encargaré yo. Ayer hablaste de ser el conde, el hombre. Vas a tener que demostrarme que estás a cargo de la situación, Angus.

—Ni usted, ni una esposa, me dominarán —espetó, molesto—. Sabe que si he cedido hasta el momento no es por falta de carácter, es solo por la paz. No hay nada que un hombre valore más que su paz. Pero ayer mismo ya la avisé. No estoy dispuesto a seguir claudicando.

—Entonces tienes una sola cosas que hacer —dijo ella con tranquilidad.

—¿Cuál? —preguntó sabiendo que la respuesta no iba a gustarle.

—Ser el hombre que espero que llegues a ser —comentó la condesa, acariciando el rostro de Angus.

Él asintió, llevó a cabo lo solicitado por su madre y después subió a su carruaje junto a ella para no regresar a Londres hasta dentro de unos meses.

Charity maldijo durante toda la noche su torpeza con el conde de Craven y también lamentó la interrupción de la señora Murphy en el beso que casi se dieron.

Se sintió la mujer más desafortunada que pisó la tierra por aquello. Ella deseó un beso. Si lo conseguía, quizá la hubieran invitado a ir al campo, pero parecía un poco tarde para eso. Era muy probable que se quedara junto a su madre esos meses esperando el inicio de la temporada. Esperaría ansiosa a que pudiera tener su oportunidad de conquistarlo en los salones.

—¡Oh, Charity! ¡Mi preciosa hija! —exclamó la condesa, abriendo la puerta de la habitación de la joven con brusquedad.

—Está más contenta que yo. ¿Qué ocurre?

—Tengo algo en mi mano que hará que coloques una preciosa sonrisa en tu rostro —dijo enseñándole a ella una carta que estaba abierta.

—¿Se arrepintió el marqués de Harrow por rechazarme y ahora quiere que me case con él? Lo dudo mucho. Él fue despreciable y yo no me quedé atrás.

—Querida, no seas vengativa. Es mejor que no recuerdes tus malas vivencias. Cuando seas la condesa de Craven, tendrás que ver a ese marqués en cada evento.

Charity se recostó en su cama y pronto colocó su cabeza sobre sus dos manos antes de continuar su conversación con su madre.

—No seré condesa si no logro enamorar a ese lord inglés. Es escurridizo, pero no se me escapará la próxima temporada.

—¡No hay que esperar tanto! Esta carta es de la condesa de Craven. Nos invita a pasar con ellos estos meses. Me dijo que después de la visita que te hizo el conde ayer, ha quedado más encantado.

Ella no podía creer su buena fortuna. Cogió aquel escrito de la mano de su madre y lo leyó a la carrera.

—¡Sí! Debemos prepararnos, hay que hacer los baúles.

—Los míos ya están listos. Enviaré a la señora Murphy para que te ayude a hacerlo más rápido. No hay tiempo que perder. Tengo que escribirle a tu padre para que sepa que abandonaremos Londres. No queremos que no nos encuentre si desea venir.

La emoción embargó por completo a Charity y ella no podía contenerla. Todo lo que decía aquella carta, se le hacía idílico. Si lo que estaba allí escrito era cierto, tenía a ese conde tan agraciado en sus manos. Quizá él fuera muy tímido y por esa razón no se animó a invitarla, pero como la condesa lo hizo en nombre de él, no había nada que refutar. Existía una posibilidad de casarse y ella no la desaprovecharía.

Se apresuró para recoger sus pertenencias, tenía que enamorar al caballero de sus sueños. Cada día se sentía más cerca de abandonar su soltería y eso lo conseguiría siguiendo el consejo de la duquesa viuda sobre conquistar al desafío que representaba lord Craven. Pese a eso, ella lo consideraba ideal y además tenían en común más que a unas madres muy entrometidas. Esa noche en que se vieron por primera vez fue especial. Su corazón olvidó lo que era palpar con agitación y desear que una noche fuera más larga. Sus pocos momentos junto a Callum fueron aventureros y apasionantes. ¿Por qué no vivir lo mismo con Angus?

Una vez que tuvieron listo el carruaje, Charity y su madre partieron con un día de diferencia al de Angus. Ambas mujeres no paraban de conversar. Charity adoraba a su progenitora, aunque a veces sintiera que se sofocaba con tantos deseos sin cumplir que tenía aquella.

El carruaje de Angus y su madre llegó a Warwickshire, dejándolos hastiados de tantas horas de viaje con sus respectivos descansos. Esa propiedad parecía ser el lugar de paz que Angus necesitaba para olvidar a su bella pesadilla, sin embargo, estaba a horas de que ella también lo siguiera hasta aquel sitio, o, si tan mala era su fortuna, Charity ya estaría esperándolo a él.

Desconocía por completo qué había puesto la condesa en la carta que remitió para invitarla. Esperaba que no hubiera escrito cosas que él no diría ni siquiera estando ebrio. No obstante, su madre era astuta como un zorro, tuvo que haber exagerado cosas que le escuchó decir. También aseguraba que no hizo mención de la palabra «peligrosa» que sí nombró para describirla.

—Daré órdenes de que coloquen a lady Charity y a su madre cerca de tu habitación —dijo Elizabeth después de descender del carruaje con la ayuda de su hijo.

—¿Por qué mejor no la mete en mi alcoba, madre? —se burló, perspicaz.

—Sé que es lo que deseas, pero no te daré ese gusto. Si te casarás con ella, será porque la conoces y no porque te metiste a la habitación de una niña inocente.

—¡Oiga, madre! ¿Acaso no puede ella meterse a mi habitación? Me hace sentir como un buitre —se quejó, ofendido.

—Oh, Angus. Eres incapaz de tomar algo con la seriedad debida —regañó su madre antes de dejarlo y entrar a la residencia.

Era evidente el nerviosismo que mantenía a Angus a la defensiva. Colocar a un pajarillo cerca de la guarida del gato era un terrible error. ¿Qué gato se resistiría a semejante festín?

Se imaginaba huyendo como una rata por los pasillos de su propia casa. Escapando de las atenciones accidentadas y bienvenidas que aquella muchacha le podría ofrecer. Estaba tentado a dormir junto a los caballos, en las cuadras, antes que tener que esconderse en su casa, aunque eso significaba que cedería terreno. Él debía poner las condiciones a sus invitadas y así sería.

Angus asintió vehemente y procedió a ingresar en la residencia para desautorizar a su madre en lo que ella pidiera a los criados. Era el dueño y señor de la casa y debían obedecerlo a él.

—Madre... —La interceptó antes de que diera la orden a los criados que estaban parados junto a ella—. Dispondré de la distribución de las habitaciones.

Ella suspiró y cruzó los brazos bajo el pecho. Para la condesa su hijo se comportaba de manera extraña en esos últimos días. Nunca antes se interesó por dirigir la casa, solo se involucraba en los negocios y las inversiones.

—Que las invitadas estén alojadas en las habitaciones de la otra ala. Yo tomaré los aposentos del conde; que me pertenecen —aclaró en tono decidido ante la mirada disconforme de su madre—, y usted, adorada condesa viuda, pasará a una de las cómodas dependencias de invitados, por supuesto, la mejor acondicionada de todas.

Los criados esperaban con expectación la respuesta que la condesa le daría.

—Estoy contenta de que te alojes en la habitación que fue de tu padre. Sé que lo extrañas y te hará bien. Además, como se hospedaré aquí la futura condesa, nada ya tengo que hacer junto a la puerta de comunicación con el conde —reflexionó Elizabeth—. Piensas impresionar a lady Charity y eso me complace.

—¡Por favor, madre! Mi intención está muy lejos de ser esa. Solo deseo que la situación de nuestra casa no se vuelva inapropiada con una joven casadera. ¿Usted sabe que si se llega a saber sobre esta invitación, correrán rumores de toda índole?

—¿Te importa acaso lo que diga la gente? Que yo recuerde, no te importó cuando dijeron que eras un jugador empedernido y un apostador de poca monta. Seguiste haciéndolo. Te bebiste el cotilleo como si fuera una copa de brandi. ¿Ahora te preocupa que los demás sepan que estás cortejando a alguien?

—¡No estoy cortejando a nadie! ¡Condenación! —la contradijo, cansado. Su madre comenzaba a convertir sus propias palabras en ladrillos contra él.

Las amenazas de su progenitora empezaban a volverse realidad. Transformaría su estadía y, por ende, su vida en un infierno durante ese tiempo que estaría atrapado con la hechicera irlandesa.

Una vez que terminaron de instalarse, Angus decidió dar un recorrido por su propiedad antes de que oscureciera, pues en otoño los días se volvían más cortos. Cogió un caballo y se encaminó para cabalgar por ese sitio que dejó olvidado durante un buen tiempo.

El condado de Warwickshire le parecía el más tranquilo de todos. Estaba alejado de cualquier persona que conociera en Londres. Sin duda era ideal para conseguir paz espiritual. Sin embargo, con una madre casamentera y una dama dispuesta a casarse, no había forma de salvarlo más que resistiéndose a toda clase de tentación en la que pudiera caer dentro de sus dominios. Se imaginaba congelado en aquellas praderas mientras intentaba conservarse soltero y sin compromiso. Una mujer tentadora no lo llevaría al altar, porque temía que tratase de dominarlo y someterlo como había hecho su madre.

Por la tarde, al día siguiente, llegó un poco retrasado el carruaje que llevaba a Charity y a su madre a las tierras del conde de Craven.

Charity sentía su cuerpo un poco dolorido, mientras que su madre estaba intacta o al menos así se lo hizo saber. La llamó vieja quejosa por preguntar si estaban llegando al condado de Warwickshire. Cuando el cochero logró darle la noticia esperada, su alma regresó a su cuerpo. Cada vez se encontraban más cerca de llegar a su destino.

Cuando ella y su madre descendieron del carruaje, los recibió, la condesa de Craven. Charity se sintió desilusionada al no encontrarlo, aunque eso no hizo que dejara de escrutar la propiedad para contemplar la majestuosidad de la edificación que estaba frente a ella. Tenía un jardín con muchas plantas que, sin duda, en la primavera, se llenarían de flores.

—Bienvenidas —saludó lady Craven, sonriente.

—Es un lugar exquisito, milady —mencionó Charity encantada con el paisaje.

—Es una edificación antigua, pero muy hermosa. De todas las casas que tiene el conde de Craven, esta es a la que más cariño le

tengo. Tiene muchos acres de campo —manifestó la condesa.

—Esperemos que el invierno no sea tan crudo y nos permita recorrer la propiedad en algunas ocasiones —dijo la madre de Charity, también seducida por la casa.

—Qué así sea, Isobel. Mi querido hijo se encuentra atendiendo asuntos del condado. Llevaba tiempo sin venir y está muy contento. Mientras lo esperamos, podemos instalarlas en las habitaciones que tienen unas preciosas vistas de la finca.

Capítulo 12

Angus divisó su residencia en la lejanía. Espoleó a su caballo para llegar y tener un merecido descanso. Decidió ese día hacer un largo recorrido. La tarde oscura lo estaba alcanzando y deseaba estar en la tranquilidad de su hogar y junto al calor de una chimenea.

Al pasar la puerta, escuchó las risas de las damas. Angus se escondió con la agilidad de un colibrí detrás de uno de los pilares de la casa. Cerró los ojos y respiró con dificultad. Era consumido por la vergüenza más absoluta. ¿Cuánto tiempo podría evitarla si ella estaba viviendo bajo su mismo techo?

Esperó pasar desapercibido, haciéndose el desentendido para subir sin dilación a la segunda planta.

—¡Angus! —lo llamó su madre.

Él detuvo su marcha una vez que escuchó su nombre. Maldijo por lo bajo antes de fingir una sonrisa que parecía más terrorífica que feliz.

—Madre, veo que está en excelente compañía —pronunció zalamero haciendo una reverencia.

Charity sintió que el rubor invadió sus mejillas con solo verlo caminando hacia ella. El viento había alborotado los cabellos de Angus y el clima frío había quemado sus pómulos. Ella lo percibía aún más atractivo que antes. Charity suspiró.

Angus se acercó para besar el dorso de la mano de Isobel, lo cual hizo con mucha rapidez. Después llegó para enfrentar a la razón de sus temores nocturnos.

—Sea bienvenida, milady. Espero que la propiedad le resulte de su agrado —dijo Angus, dejando un beso en la mano de Charity.

—Hasta el momento solo puedo halagar sus dominios, milord. Con el tamaño de su residencia, supongo que tiene muchas dependencias. Los cuartos han sido de nuestro agrado, son cómodos y con vistas envidiables de su propiedad —aduló con

aquellas descripciones a Angus, cuyo pecho se infló como el de un gallo antes de cantar.

—Estoy complacido de que disfrute de mi casa.

—Por completo. Me gustaría mucho descubrir el interior del lugar. Tal vez usted podría guiarnos en un recorrido, o también puede quedar pendiente para cuando la nieve nos impida salir —comentó Charity, echando un suspiro por estar viéndolo con absoluto disfrute.

—Es probable. En este momento quisiera colocarme tan cerca como pueda de la chimenea, pues tengo las manos congeladas. El frío traspasó mis guantes mientras montaba.

Él se alejó de ellas, acercó sus manos a la chimenea y se agachó para que el calor pudiera llegarle con mayor celeridad.

—¿No es mejor que tomes un baño caliente, Angus? —interpeló Elizabeth interesada por el bienestar de su hijo.

—No, madre. Lo haré después, además, tendría que aguardar igualmente para darme el baño.

—Siempre que estés listo para la cena, no hay inconveniente, querido. No debes dejar esperando a las visitas.

—Lo sé, madre, lo sé —replicó sin dejar de mirar el fuego.

Angus sentía por intuición que tenía dos ojos pegados a su nuca. Giró un poco el rostro y distinguió que Charity desvió su mirada, apresurada. Él no podía diferenciar si su sonrojo era por el calor de la chimenea, el frío que quemó sus mejillas o la intensa mirada que la muchacha le dedicaba. El interés parecía ser mutuo. La estancia de ella sería una trampa mortal que debía evitar. Quedarse a solas era algo impensable, pues no sabía cómo acabaría un encuentro entre ellos.

—Le haré caso en esta ocasión a mi madre, y tomaré el baño. Lo pediré a la servidumbre —habló Angus para que lo escucharan.

—No te preocupes, querido. Lo ordenaré por ti. Descansa un poco antes de regresar.

—Con permiso —se excusó para retirarse rumbo a las habitaciones de la planta superior. Esperaba que la chimenea de su morada estuviera crepitante.

Después de unos instantes, Charity bostezó sin darse cuenta.

—Lo siento mucho. La conversación es interesante... —volvió a bostezar.

—Charity, es mejor que descanses, no dormiste suficiente porque preferiste leer en el carruaje —insinuó su madre.

—Quizá tenga razón. Regresaré para la cena...—anunció antes de levantarse y caminar hacia el mismo sitio por el que salió el conde.

Mientras subía, también se cruzó con unos criados que fueron al lado opuesto de donde ella se hospedaba. Se quedó por un momento en el pasillo y observó el movimiento. Se mordió el labio inferior y sonrió juguetona. Estaba cansada para charlar con las damas, pero no para que su curiosidad hiciera de las suyas.

Cuando vio que todos los criados se retiraron, acercó un ojo al rabillo de la puerta para asegurarse de que fuera el conde de Craven quien estaba disfrutando del baño. Rio como pilla por su hazaña.

Angus se levantó de la cama en la que estaba recostado para finalmente meterse en la bañera y calentar su cuerpo, aunque no hacía mucha falta, su invitada hizo gran parte del trabajo de mantenerlo a una temperatura elevada. Su calza dejaba en evidencia el hecho de que no le había servido de mucho la ayuda de consolarse los días pasados. Con solo verla estaba de esa forma tan vergonzosa, eso no le pasaría si en lugar de jugador fuera un consagrado libertino.

Charity, al ver que él se acercó a la bañera, sintió su rostro arder, el conde parecía tener una tienda de gitanos en la calza. Una sugerente erección se le atribuía a su candidato a esposo. Recordó que tan solo a Callum notó de esa forma y se lo hacía sentir al abrazarla.

Continuó con su observación del caballero. En esa ocasión iba a quitarse la camisa de lino que tenía puesta. Una figura delgada surgió cuando él se descubrió. No era un hombre de brazos fuertes. Ella adivinaba que montar era lo que le confería ese elegante porte.

Comparar a un muerto con un vivo, era hasta tonto. Sin embargo, Callum fue un trabajador del campo, fuerte y correoso, mientras el

conde de Craven era un fino caballero sin necesidad de trabajar. Debía darle el mérito de la cuna de oro para su figura.

Ella estaba a punto de pasar por la cerradura para mirar mejor a Angus, justo cuando él procedía a quitarse la calza, sintió que una mano le tocaba el hombro.

Por el sobresalto, golpeó su cabeza contra la puerta.

—Lady Charity, su habitación está del otro lado —dijo la señora Murphy, quien había subido por insistencia de la madre de la joven para que la ayudara a descansar.

—¿Quién es? —preguntó Angus al escuchar el golpe de la puerta.

El corazón de Charity estaba a punto de salir por la boca. Ella emprendió su huida para que Angus no la descubriera si abría la puerta.

La señora Murphy corrió tras ella al percatarse de que se encontraban en peligro de ser descubiertas.

Angus, al ser ignorado en su pregunta, abrió la puerta. El pasillo estaba vacío. Hizo un gesto con el hombro antes de cerrar la puerta, pero esperó. El aroma de cierto perfume invadió otra vez sus fosas nasales. Ya podía identificar a la dueña de tan dulce perfume y era su pesadilla irlandesa. ¿Sería posible que ella hubiese querido entrar a la habitación? ¡Qué desvergonzada!

Charity, en su huida, no sintió el dolor del golpe, pero una vez que llegó a su habitación, colocó la mano en su frente.

—¡Ay! —exclamó sin dilación. Le quedaría una protuberancia en el lugar donde se lastimó.

La señora Murphy cerró la puerta como si ella hubiera sido la que hizo algo malo. Estaba agitada por el escape.

—¿No le da vergüenza estar espiando a un caballero? ¡Qué escándalo! Estaba usted pegada como mosca a esa cerradura. Sabía que sería un error estar aquí. Se lo dije a su irreflexiva madre. Escuche, terminará regresando a Irlanda con un bastardo inglés. Ese conde es un granuja —advirtió la señora.

—¿No cree que exagera, señora Murphy?

—¡Exagerada es su serenidad! Pobre de usted, que su mitad inglesa es hueca, su madre es hueca por completo. La traje a la

cueva del lobo.

—No me regañe más, se lo ruego. Mejor cúreme antes de que le diga a mi madre lo que piensa de ella —mandó Charity, acariciando la hinchazón de su frente.

—Bien haría en no curarla. Ese golpe debe permanecer ahí para dejarla en evidencia de su vergüenza. Pensé que tenía más juicio que su madre, pero es igual de descocada —siguió enfadada la señora Murphy en contra de Charity.

—Fui curiosa, lo siento. Mi madre no ha tenido poder sobre mi decisión de espiar a milord, soy la única culpable... y no me arrepiento todavía. ¿En qué momento me llegará el arrepentimiento? —Provocó Charity.

—¡Oh, muchacha casquivana!

—¡No es cierto! No fue para tanto. Era solo un juego. Tenía curiosidad. ¿Me pongo una moneda en la frente?

—Si ya sabe cómo hacerlo, no veo caso en ayudarla —dijo molesta la mujer con los brazos en jarras.

—¿Y la moneda?

—¡Oh, lady Charity, odio sus juegos!

—Tengo algunas en mi ridículo. Me haría muy bien que me lo facilitara, por favor.

La señora Murphy, cansada de las tonterías de la muchacha cogió el ridículo para entregárselo y que sola solucionara la protuberancia que estaba creciendo.

—¿Qué tiene en el ridículo? Pesa más que su consciencia —mencionó la señora.

—Es arena y unas piedras. Siempre estoy preparada. Hay muchos irlandeses de poca monta dispuestos a comprometer mi honorabilidad. Fue por un consejo de Callum.

—Deje descansar a los muertos. Un día de estos se le va a aparecer si lo llama con frecuencia.

—No me quiere cerca de los vivos y tampoco de los muertos, señora Murphy. Me confunde —dijo con cierta diversión.

—Es usted una niña osada —la reprendió. Sacó una moneda y se la entregó.

—No se enfade, mi querida señora Murphy. Sabe que la adoro. —
La aludida la miró con una ceja levantada.

Charity se puso la moneda sobre la hinchazón y recostó la cabeza contra la pared. Aquella presión que ejercería en el golpe debía emparejar su frente magullada.

La señora Murphy negó con la cabeza. Cuando a aquella muchacha se le metía algo en esa mente ocurrente, nada en el mundo se lo arrancaba. A ella le sorprendió cómo superó sin inconvenientes las groseras palabras del marqués de Harrow cuando lo conoció. Se sintió confiada con aquello. No obstante, el rechazo no causó mayor problema en su ánimo. Estaba en esa ocasión igual de entregada a la causa de conquistar al conde de Craven y tener el marido inglés que tanto ella, como su madre, deseaban.

Cuando Angus acabó con su baño recuperó la sensibilidad en varias partes de su cuerpo. No había notado que montar tantas horas le hiciera doler las piernas y la espalda, por la posición rígida que llevaba. Apenas llegó a ese sitio, recorrió los paisajes hermosos que tenía. Olvidó lo que era observar un amanecer y atardecer por las actividades que tenía en Londres.

Recordó que su padre lo acompañaba a cabalgar en cada visita que hacían a las propiedades rurales y le enseñaba los límites. Después de acabar sus rondas, lo retaba a una carrera para saber quién de ellos era más capaz. Angus ganaba siempre. Su progenitor se ocupaba de que él fuera un joven cuya confianza en sí mismo, estuviera arriba. Sin embargo, la muerte repentina de su gran apoyo, lo deshizo. Llorar no era algo que hicieran los hombres. No pudo mantenerse con la moral alta, cayó con lentitud en vicios que lo ayudaban a olvidar su dolor. Después se hizo adepto a olvidar lo que estaba a su alrededor. Se comportaba de la misma forma con sus amigos y conocidos, pero no sabían sobre la soledad y desdicha que ocultaba su corazón. Con el paso del tiempo Angus no fue ni la sombra de lo que era cuando su padre vivía.

Cuando recordó que estaba tirado y desnudo en su cama, se vistió con una camisa y un pantalón que apretó dentro de las botas, para lo último dejó su abrigo de doble botonadura colocado en una silla de la habitación.

Se recostó por un momento en la cama y se perdió en sus pensamientos.

No había estado mucho tiempo ocioso y, menos, sobrio en los últimos meses. Le costaba pensar que vivía tranquilo. Con una madre todopoderosa que estaba empeñada en controlar su vida y de llevarlo por el buen camino, no era alentador siquiera considerar una buena vida. También, estaba ahí la pequeña amenaza irlandesa, que lo mantenía intimidado con perder su soltería y darle el soberano gusto a su madre de verlo casado con alguien que ella le indicó.

A Charity deseaba rechazarla más por ser la escogida de su madre que por solo querer permanecer soltero. No había caso en alargar su soltería, pero él deseaba ser el dueño de su vida y lady Charity Hely-Hutchinson no era su elección, sino una imposición y debía desalentar sus adorables atenciones, aunque eso a su vez representaba un golpe a sus propios intereses hacia ella. Si quería demostrarle a su madre que era un hombre capaz, debería empezar por buscar a su propia candidata.

Un criado pasó junto a él para indicarle que servirían la cena.

Angus se colocó el abrigo y su pañuelo anudado. Salió de su habitación, y mientras caminaba hacia las escaleras para bajar, se encontró con Charity, que estaba ataviada con un vestido marfil y un chal. El aroma del perfume que ella usaba volvió a impregnar aquel pasillo.

—Buenas noches, milord —saludó Charity con una venia. Se sonrojó al recordar que casi lo vio sin la ropa elegante que llevaba puesta.

Él tardó un poco más en responder. Estaba distraído por el moretón en la frente de la muchacha y por la delicia de aquel perfume.

—Buenas noches, milady —pronunció—. ¿Qué le...le pasó? —preguntó haciéndole señas con la mano, indicando la frente.

Charity lo miró, desconcertada hasta que entendió lo que él le indicaba.

—¿En mi frente? —respondió con otra pregunta.

—Sí.

—Un accidente en la habitación —justificó con una risa nerviosa.

—Ah. Creí que fue usted quien golpeó la puerta de mi habitación... esta tarde. El pasillo tenía este mismo aroma —insinuó para incomodar un poco a su invitada.

Ella palideció y su sonrisa se hizo más grande. No sabía cómo salir del apuro. ¿Y si él sospechaba que quiso espiarlo?

—Milord, si hubiera sido yo, golpearía de una manera más ortodoxa esa puerta, no usaría la cabeza —razonó Charity para intentar salvarse.

Angus rio ante la tontería que dijo Charity e hizo que su rostro fuera comparado con un tomate. La estaba avergonzando y a él le gustaba. Quizá fuera aquella una forma extraña de divertirse. Podía verle ventajas al asunto de burlarse de la muchacha. ¿Serviría eso para desalentar sus ánimos de conquistarlo? Lo pensó detenidamente. Tal vez no fuese una mala idea para alejarla de él, meditó con interés.

—¿No va a ofrecerme su brazo para bajar? —indagó Charity, molesta por la risa de Angus.

—No sería capaz. Soy bastante torpe, debe comprender que puedo tirarla por las escaleras porque estoy riendo —respondió él.

Ella frunció el ceño contrariada, pero comenzó a descender, sola. Angus la siguió. El conde volvió a pensar en que alejarla no era tan mala idea.

Ella inhaló y exhaló buscando calmarse. La paciencia era una virtud que le era ajena en ocasiones, pero si quería un esposo, debía ser prudente, perseverante y sobre todo, paciente. Charity en lugar de continuar molesta con Angus, colocó una sonrisa afable en su rostro para mentalizarse sobre sus objetivos. Si no fuera de esa manera, sería tan grosera como el marqués de Harrow.

—Ya que hemos descendido las escaleras —dijo Charity, acercándose a Angus sin perder de vista sus ojos, lo cogió del brazo

—, supongo que puede reír mientras lo acompaño. Tal vez formemos un dueto y terminemos riendo los dos, milord.

A él el tiro le salió por la culata. ¿Cuán difícil sería desairar a esa encantadora dama persistente?

—Ciertamente tiene sentido lo que dice.

—Con los meses que pasaremos aquí juntos, aprenderemos a convivir en armonía. Sé que quizá le sea incómodo estar con más personas que su madre. Supongo que por eso continúa siendo soltero a su avanzada edad —musitó ella con picardía, queriendo devolverle el golpe.

—¿Mi edad? ¿Qué tiene mi edad? —interpeló. Detuvo su andar para que respondiera.

—¿No está usted bastante mayor para vivir con su madre sin una esposa? —provocó Charity, siendo en ese instante ella quien dominaba la situación y sonrojó al conde.

—¡Mayor! —bramó al borde de considerar aquello un escándalo.

—Y bastante mayor. He podido notar unas hebras blanquecinas entre su exquisita cabellera —continuó. Deseaba reír a carcajadas, pero no se delataría, se divertiría a sus costillas, tal como lo hizo él instantes atrás.

—¡No es posible!

Angus estiró a Charity hasta buscar el espejo que estaba en el salón de la residencia. Él se colocó frente al cristal para observar lo que ella le dijo.

Al ver que él se revolvía el cabello buscando esos cabellos blancos, Charity estalló en una carcajada.

En ese momento Angus comprendió que ella se acababa de vengar por haberla dejado bajar sola. Pequeña bruja persistente irlandesa.

—¿Le parece gracioso, milady, jugar con la edad de un caballero?

—¡Pero si está bastante mayor! —dijo ella con una sonrisa que le llegó a los ojos.

—¡Oh, qué insistente! Tengo treinta y tantos.

—¿Treinta y muchos ha dicho?

Él gruñó ante la continua burla de la muchacha. Terminaría con canas por su causa.

—Lo siento, lord Craven, me he divertido a su costa por un instante. Me será difícil olvidar cómo estaba revolviéndose el cabello, dejándolo como un nido de pájaros —dijo Charity, proponiéndose tener contacto con él.

Se acercó a él y quedó en evidencia que Angus era por unos centímetros más alto que la muchacha. Ella dirigió sus manos a la cabellera de Angus y se dispuso a arreglarlo como si fuese algo del todo natural.

Él no dejaba de mirarla mientras ella estaba ocupada arreglando la cabellera que le llegaba hasta el hombro. Angus tragó saliva al dirigir su mirada a los tiernos y cándidos labios de Charity. Se mordió los labios, nervioso, sin que ella llegara a darse cuenta, porque estaba muy distraída con aquel rebelde pelo revuelto.

Cuando Charity estuvo conforme con lo que hizo con el cabello de él, lo miró, a esos impresionantes ojos verdes, que repentinamente se desviaron del rostro de ella.

Angus carraspeó antes de alejarse y acariciar su pelo.

—Le agradezco que me dejara bien arreglado —expresó. Angus se alejó de Charity y se dispuso a mirar cualquier objeto que estuviera a su alrededor para evitar pensar en que estuvo muy cerca de hacer una tontería, como por ejemplo: besarla.

—¿Vamos al comedor entonces? —preguntó Charity, ajena a la incomodidad de Angus.

—Pues...

—¡Aquí están! —Fueron interrumpidos por la madre de Angus que mandó a una criada a buscarlos, pero no encontró a ninguno—. Se servirá la cena, Angus, ¿escoltas a milady?

Él se maldijo porque quería mandar a la muchacha sola al comedor. Deseaba disculparse un momento para recobrar el aliento que Charity le había robado.

—Por supuesto —acató Angus ofreciéndole el brazo a Charity, quien gustosa aceptó.

—Solo faltaban ustedes dos. Imagino que conversaban sobre lo que podrían hacer para pasar estos meses fríos —dijo la condesa

viuda, acompañándolos.

—Se lo iba a preguntar a milord, pero considero que él debe estar pensando todavía en cómo mantenerse caliente después de su regreso de este día tan frío, ¿no es así, milord? —curioseó Charity.

La perversión de los pensamientos de Angus no lo dejaba estar tranquilo. Cada cosa que mencionaba aquella muchacha lo llenaba de una extraña expectación. Entraba en un círculo vicioso de rechazarla y acogerla. ¿¡Qué diantres le pasaba!?! ¡Era solo una sencilla mujer! Mentira. Charity no era solo una sencilla mujer, era mucho más de lo que se presentaba frente a sus ojos.

—En efecto, milady. El baño me sentó muy bien para conseguir un poco de calidez a mis piernas.

Charity volvió a sonrojarse al recordar que lo vio sin mucha ropa que pudiera cubrirlo.

Entre ellos se había formado una especie de incomodidad. Charity intentaba pasarla por alto y continuar con su camino para convertirse en la condesa de Craven. Angus, por el contrario, prefería alejarse y así evitar tentaciones. Sin embargo, la tentación tenía piernas y lo seguía sin remedio.

Una vez que llegaron a la mesa, la madre de Charity fijó los ojos en el moretón que la muchacha tenía a causa de su torpeza.

—¿Qué te ocurrió en la frente, Charity? —indagó la condesa de Donoughmore.

—Un accidente desafortunado en la habitación, madre... —respondió.

—Oh, querida. No había notado que tenía algo en la frente —interrumpió la madre de Angus—. ¿Lo viste, hijo mío?

—Sí. Fui yo quien le dijo a milady que dejó parte de su cabeza olvidada en la habitación.

—Estoy muy contenta de que se lleven tan bien. Espero que seas amable con lady Charity como lo eres con lady Katherine —opinó la condesa de Craven.

Angus se sonrojó cuando su madre mencionó a Kate en la mesa. Notó que la sonrisa que Charity tenía en el rostro se desvaneció al escuchar lo que dijo su progenitora. En ese momento, él cayó en

cuenta de que si quería espantar a la encantadora irlandesa, debía exagerar su amistosa relación con Kate.

Capítulo 13

Charity se quedó de una pieza al escuchar el nombre de una dama. ¿De quién se trataba? ¿Era alguien que amenazaba el futuro que estuvo semanas imaginándose junto a ese caballero? Los celos aparecieron sin poder evitarlo.

—Es imposible que yo pueda tener con alguien la misma relación que tengo con Kate. La conozco desde que era pequeña —dijo Angus.

Aquella información no servía para tranquilizar a Charity. En su pecho se había sembrado la duda sobre la relación entre ambos.

La cena se sirvió y comenzaron a comer. Tanto Charity como Angus, escuchaban lo que sus madres conversaban sin descanso, mientras ellos tenían su atención puesta en el sustento. A Charity la estaba carcomiendo la curiosidad de saber más sobre «Kate» y eso no le permitía disfrutar de la cena.

Cuando abandonaron la mesa y fueron al salón, la servidumbre le sirvió jerez a las mujeres y brandi para Angus.

Angus no sabía qué hacer para que no estuvieran en el silencio incómodo que se daría una vez que su madre y la otra condesa se callaran. Él se acercó a Charity que estaba mirando la copa que tenía en su mano.

—¿Sabe cantar o ejecutar el pianoforte? —preguntó para iniciar una conversación. Tampoco podía estar parado bebiendo.

—¿Quién es lady Katherine o Kate? —respondió Charity que con aquello lo increpó.

—¿Por qué lo pregunta? No se relaciona con lo que quiero saber sobre usted.

—Haremos algo entonces. Yo le respondo, y usted me responde. Sé ejecutar el pianoforte de manera paupérrima. Con mi acento irlandés, el canto no es muy agradable. ¿Desea que lo deleite o lo torture? —replicó. Ella estaba exagerando sus pésimas habilidades, pues en realidad era diestra, pero en ese momento no deseaba

cantar o tocar el pianoforte porque su atención estaba en otra cosa, y además, no quería ser ignorada, porque sabía que nadie apreciaría su buen arte—. Ahora usted...

—Puede que entonces el deleite lo dejemos para otro momento —concedió a la muchacha—. Kate... lady Katherine Basingstoke es la hermana de mi buen amigo el duque de Pemberton. Ella es la criatura más graciosa de la creación, la mujer perfecta, en ella convergen la belleza e inteligencia. ¿Quién consigue eso con facilidad? Kate con solo sonreír, ilumina todo a su alrededor.

Charity sintió un vuelco en el estómago al hacer conjeturas sobre tan rebotante descripción de Angus hacia Kate. Quedó claro que estaba enamorado de la muchacha y era evidente que no se casaba porque... No sabía el motivo, pero alguno habría.

—Si la considera tan perfecta, ¿por qué no se ha casado con ella? —interpeló la joven.

—Ese no es asunto suyo, milady —respondió sin dilación.

—Entonces debe haber sido usted rechazado por la dama. Sé lo que es ser rechazada por un caballero. Cuando le declaré al marqués de Harrow que venía para convertirme en su esposa, no escatimó en calificativos para referirse a mí.

—¿Usted se ha declarado a un hombre? —indagó, sorprendido, y más lo dejaba pasmado que fuera con el marqués que era casi un enemigo político de Blake.

—Uhm. —Su boca la acababa de meter en un gran problema—. Yo vine a Inglaterra para conocer al hombre que sería mi prometido, pero resulta que no fui lo suficientemente graciosa, hermosa y no iluminé la habitación con mi presencia —contestó—. Pero mi vida no acabó ahí. Soy una casadera confiada en que tendré al mejor partido.

—Espere... ¿y su duelo por una ilusión fallida? —curioseó consternado.

—Habiendo tantos peces en el mar, no puedo aferrarme a uno colorido y pomposo que se ha escapado. Usted también debería hacerlo si esta dama no lo aprecia. Ambos somos solteros...

Angus frunció el ceño. Para Charity él quedó como el muchacho muerto de amor y rechazado por una mujer. Ella intentaba

consolarlo y él no buscaba que así fuera.

—Estoy impresionado. Pensaba que solo mi madre no tenía sentimientos, quizá usted la supere en ese aspecto.

—¿Desea hablar con sinceridad, milord? —inquirió ella con decisión.

—Siempre —respondió él.

—Yo los tengo. Sentimientos. Hubo alguien que quiso casarse conmigo —comentó con media sonrisa en los labios.

—¿Y qué ocurrió? —inquirió él, interesado.

—Es evidente, no me casé —contestó calmada.

—Las razones... deseo saber las razones, no lo evidente —dijo, molesto por el juego que emprendía Charity.

—Él se llamaba Callum, pero falleció en un barco que iba rumbo a América. Quería fortuna para casarse con una dama, aunque le dije que no era necesario, pues yo tengo una buena dote y un castillo que mi padre me dará como parte de ella. Él no me escuchó y partió —relató. Charity agachó la cabeza al recordar los sucesos. Una cosa era saber que murió y otra muy distinta, recordar de lo que había muerto.

Al darse cuenta de que ella no lo miraba, Angus comprendió que quizá recordar eso fuera muy difícil.

—Milady...

—¡No! —expresó con excesiva euforia fingida, que más delataba dolor que felicidad—. Han pasado unos años de aquello. No se vive de recuerdos, milord, sino de la realidad, del presente.

—Lo entiendo. Yo perdí a mi padre y no he podido superarlo con facilidad —quiso Angus empatizar con la joven—. No es lo mismo, pero es una muerte al fin y al cabo.

—¿Es esa la razón de sus vicios? —escarbó la muchacha.

—Quizá. Hablando de vicios... ¿no le apetece una partida de cartas?

—Por supuesto. ¿Qué hay de la apuesta? A los jugadores les gusta apostar, ¿verdad? Es un hecho, no hay suficiente incentivo sin dinero o un botín en especie —musitó Charity, que levantó insinuante una ceja.

—¿Qué le parece un reloj?

—¿Un reloj? ¿Para qué quiero uno? Considero que en mi caso, el pago en especie sería bienvenido —convino la joven.

Angus se tocó el mentón, pensando en qué ofrecerle a Charity. Estaba seguro de que ella deseaba apostar la soltería, pero no la de ella, sino la de él.

—Un par de scones con crema... —ofreció él.

—Qué miseria. ¿Piensa que le mostraría mis habilidades con las cartas por tan poco?

—¿Sus habilidades? No creo que posea semejante destreza, pero le ofreceré un par de scones con crema y mermelada —Angus ajustó la oferta.

—Vamos, milord, se pone cada vez más tacaño. Scones con crema y mermelada, son muy tentadores, pero...

—Con un té —la interrumpió porque estaba alargando el asunto.

—Un té... ¿y la leche?

—Un par de scones con crema y mermelada y el té con leche. Es la última oferta.

Charity fingió cavilar sobre la nada despreciable oferta del conde. Ella adoraba los dulces y el té de los ingleses. Sonrió con picardía antes de dar su veredicto.

—Me agrada, aunque siento que me falta más incentivo, motivación.

—¿Y ahora qué? —bufó Angus, que hizo gestos con la boca.

—Que quiero el té y los scones más un poco de atención. Un beso de su parte sería algo muy digno. —Sabía que estaba siendo escandalosa, pero ¿qué había que perder si no se mostraba un poco audaz?

El sopesó el ofrecimiento. Decir sí a esa oferta no haría que ella se alejase y si lograba besarla sería una tortura aún mayor.

—No sea codiciosa. Dije que el té con los scones era mi última oferta.

—¿No le parece entonces lo de un beso? —preguntó ella con un mohín.

—Correcto.

—Entonces que sean dos.

—¿Dos? —increpó—. No.

—Que sean tres...

—Oiga, ¿a qué juega?

—Estoy haciendo mi apuesta. Mientras más se niega, le sumaré un beso al número. Sé que desea jugar, lo noto en sus ojos. ¿Qué hay de malo con mi apuesta? Un hombre como usted debe estar acostumbrado a hablar de besos —dijo ella en tono seductor.

—Vaya que hemos hablado de lo que yo daré, pero no de lo que usted dará... —insinuó. Angus sintió que sus mejillas le ardían por estar discutiendo con una dama atrevida. Ella no tenía secretos, su actitud era de todo o nada.

—Estoy de acuerdo. Le daré lo que usted desee si llego a perder.

—Quiero que apueste su castillo. Supongo que su padre se lo dará como dote porque no forma parte del título —dijo Angus, esperando que ella se negara. ¿Qué mujer se arriesgaría a perder algo importante de su dote?

—Me parece justo. Acepto. Mi castillo contra su té, los scones y; se lo dejaré por un precio módico, un solo beso si yo llegara a ganar... —concedió Charity, muy confiada.

Aquella muchacha cada vez sorprendía más a Angus. No tenía siquiera miedo de perder algo tan valioso, mientras él, en su esfuerzo por ser tacaño, la compró con pequeñas tonterías.

—Entonces vayamos a la mesa. Tengo un castillo que ganar.

Angus, orgulloso, y pendiente por alzarse con un castillo, le ofreció su brazo a Charity para guiarla hasta donde había una mesita que; al igual que su otra casa, tenía un tablero de ajedrez encima.

—Recuerdo que tenemos un juego pendiente —dijo la muchacha antes de sentarse en el lugar que le ofreció.

—Ese juego ha quedado sin efecto —asumió Angus, retirando el tablero de ajedrez de la mesa para colocar el mazo de cartas.

—En algún momento lo culminaremos.

Ante esa frase de la dama, él solo se dedicó a repartir cartas y adaptar el juego del *Whist* para solo dos jugadores. Angus no deseaba invitar a su madre o a la progenitora de Charity porque estaba seguro de que ambas cuestionarían sus apuestas, pues eran del todo inadecuadas.

Charity colocó el abanico de cartas frente a su rostro, dejando que Angus solo viera sus ojos. Los dos jugadores estaban en la misma posición, salvo que él, no tenía el mismo semblante que su contrincante.

Una doncella se acercó a ellos con una bandeja en la mano. Angus cogió la copa de brandi y la muchacha, la de jerez. Ella bebía a elegantes sorbos, mientras él lo hacía de un trago.

Él terminó acalorado por su desventaja en el juego y por beberse el contenido de su copa de manera tan apresurada debido a los nervios. No quería perder frente a la joven a la que consideró incauta en el juego.

—Milord, acabaré con su agonía ya mismo —interrumpió Charity las desordenadas cavilaciones del caballero—. He ganado. Espero cobrar lo que apostó. Lamento decirle que el castillo se queda conmigo.

Ella mostró su abanico de cartas, dejando a Angus, derrotado.

Angus arrojó sus resultados sobre la mesa, después tiró su cuerpo hacia atrás y se tapó el rostro, frustrado.

—Fue suerte... —declaró, molesto.

—Su mala suerte —añadió ella, sonriente. Ella era muy buena en todo lo que hacía, así que cuando él habló de apostar su castillo supo que lo ganaría sin problemas.

—No puedo creerlo, es solo falta de práctica. Estuve varios días sin ir a un club. ¿Jugamos otra mano?

—De acuerdo. Podemos pasar aquí cada noche, apostando —musito Charity, que sorbió su bebida—. ¿Qué está dispuesto a apostar en esta ocasión? Yo sigo con el castillo.

—Y yo con el té y los scones...

—¿Y qué más? —inquirió entrecerrando los ojos para mirarlo de manera acusatoria.

Angus miró a su alrededor, esperando que nadie lo escuchara por lo que iba a decir.

—Un beso... —susurró apenas.

—¿Qué dijo? —preguntó Charity, que no pudo oírlo.

Él hizo un gesto con la boca. Volvió a mirar a ambos lados y se acercó más a ella.

—Dije un beso... —repitió lleno de vergüenza. Una mujer lo estaba vapuleando en su territorio.

—Que sean dos.

—Uno. Le dije que no sea codiciosa.

—Dos, porque ni siquiera sé si cobraré uno.

—Está bien, dos, y no más de eso —advirtió. Cogió el mazo de cartas para mezclarlo y hacer la repartición.

—Es usted tacaño, pero me conformo. Si gano, acumularé dos téis, scones y tres besos.

—Perderá un castillo, ya se lo he dicho.

Lo que ocurrió en la segunda partida, fue muy similar a la primera. Angus terminó humillado por la muchacha. Aquella parecía tener habilidades sobrenaturales. Ninguna joven de buena cuna jugaba bien a las cartas. Charity era una irlandesa salvaje que lograba hacerlo perder hasta lo más simple de la vida.

—¡Lo sé, lo sé! —berreó él, que percibió en el rostro de la muchacha, una sonrisa pícar—. Ha ganado.

—Sí, lo siento por su mala suerte otra vez —ironizó—. ¿No quiere otra mano?

Angus observó el reloj que estaba junto a la chimenea del salón. Por supuesto que no quería seguir jugando con ella. Tanta humillación era mala para su amor propio. Se creía un hombre conocedor de las cartas, sin embargo, perdió como un novato. Podía culparla por desconcentrarlo con su belleza. Sí era eso. La hechicera irlandesa lo estaba desconcertando hasta el punto de olvidar que él sabía jugar a las cartas.

—Es tarde, me iré a dormir —masculló enfadado.

La condesa de Craven escuchó el pequeño espectáculo que estaba montando su hijo frente a aquella muchacha y supo que ella le había ganado en su terreno. Él no podía lidiar con perder contra una dama.

Charity hizo un gesto con los hombros y se levantó. Ella también deseaba descansar un poco.

—Vamos hacia el mismo sitio. ¿Me acompaña a las habitaciones? —preguntó esperando cobrar un beso del conde,

quien no se notaba muy contento por sus sucesivos fracasos en el juego.

Angus se sonrojó y, aunque estaba molesto, le ofreció su brazo a Charity.

—Acompañaré a milady hasta subir las escaleras, madre. Si puede seguirnos su carabina —previno él al anunciar que se retiraría con ella.

La señora Murphy se dispuso a seguirlos, sin embargo, la madre de Charity la cogió de la muñeca para evitar que los siguiera.

—Quédese un momento, señora Murphy. La condesa y yo deseamos más jerez —pidió la condesa de Donoughmore, mientras la anfitriona, asintió. Ambas anhelaban que sus hijos pudieran entenderse, y mientras hubiera situaciones comprometedoras, más pronto se casarían.

—Supongo que la señora Murphy ha tenido un retraso —mencionó Charity después de subir las escaleras junto a un callado Angus. Él tenía el ceño fruncido y la miraba como si su sola presencia lo molestara.

—De igual forma puede llegar hasta su habitación sin tropezar. Hay buena iluminación.

—¿Está enfadado porque tiene una pésima suerte en el juego?

—¡No estoy enfadado, milady! —aclaró, alzando la voz.

—Sí lo está. Si no está molesto como dice, pido que me adelante la garantía que me debe.

—El té se sirve por la tarde, tiene dos tardes cubiertas... —replicó Angus cruzando los brazos.

—No quiero té. En este caso prefiero jerez, pero estoy hablando del beso.

—¿Quiere cobrar su beso? —preguntó, a lo que ella asintió—. Es una tramposa, no se lo daría.

—¡Oh, milord, me pagará los scones y los tés, pero no el beso! ¿Qué debo entender por su falta de palabra? ¿Soy tramposa para ganarme un beso, pero no para el resto de las apuestas que hizo? —incredó, irritada.

—No, no quise decir eso.

—Entonces, pague lo que le pido —exigió Charity, hundiendo el dedo índice en el pecho de Angus.

Él sintió que estaba siendo desafiado por la muchacha. Aquella irlandesa era dura de convencer.

—Le pagaré. Sin embargo, le dejaré claro un asunto que nos concierne a ambos. Esto no significa un compromiso, ni que usted me agrada en demasía y mucho menos que esté pensando en casarme...

—Solo quiero mi premio. Sobre matrimonio conversaremos en otra ocasión —dijo ella, decidida.

Angus parecía un demente, mirando a cada lado de un pasillo, no quería que alguien lo viera en su funesto acto de pagar su mala apuesta. Después de cerciorarse de que la señora que debía cuidar a la muchacha se olvidó de ella, decidió besarla rápido, y que aquella vergüenza se extinguiera a la brevedad.

La cogió de ambos lados del rostro y se dirigió a esos labios rosa que lo esperaban ansiosos.

Charity creyó tener a un caballo galopando en su pecho al sentir el contacto de las manos de Angus con sus mejillas. La mirada de ambos se cruzó, para después desviarse para observar con poca delicadeza los labios de cada uno.

Él pegó su boca a la de ella y aquello parecía un festival en su estómago y más abajo era un baile completo. Se apoderó con más fuerza de la boca de Charity. Introdujo su lengua para que danzara junto a la de su acompañante.

Ella se sentía flotar ante aquel apasionado beso que le otorgaba el conde de Craven, que antes no parecía muy contento de dárselo, pero en ese momento lo notaba entusiasmado. Charity subió sus manos para acariciar los hombros y el pecho firme del hombre al que espió durante la tarde. Estaba extasiada por el aliento caliente y el sabor a brandi que invadía su boca. En cierto instante, sintió que las manos de Angus viajaron hacia su cintura, para luego pegarla al cuerpo de él con la intención de que sintiera aquella parte endurecida de su entrepierna contra su cadera.

Angus consideraba que si seguía por ese sendero, perforaría la humanidad de la muchacha. Era ardiente, y deseaba obtener más

de ella. Tenía la extraña sensación de que Charity, estaba deslizando sus manos por la cintura de él, hasta la entrada de su pantalón. Ahí sintió que aquellas inquietas extremidades de la dama levantaron su camisa para meter sus frías manos y así acariciar su figura. Lejos de espantarse, él creyó que le colocaron más leña a su fuego. Abandonó la boca de ella para dirigirse al cuello y clavícula, para después descender sus labios hasta la entrada del escote del vestido.

Charity le concedió lugar para que tuviera libertad de besarla como deseaban ambos. Ella quedó recostada contra la pared, estaba acorralada y a merced de un hombre que le dijo un par de cosas que era probable que lamentara en un futuro cercano. Los labios del caballero llegaron hasta sus senos a través del vestido, el cual molestaba, intentaron ambos darles más acceso a los rozagantes pezones de ella. Sin embargo, Charity levantó la mirada y se encontró con la escandalizada señora Murphy.

Capítulo 14

Ella golpeó a Angus en la espalda para que viera que no estaban solos, pero él seguía queriendo escarbar en el escote del vestido.

—Milord... —dijo la señora Murphy que los observó en una situación muy comprometedor.

Angus dio un salto y se alejó de Charity. Su hombría se podía ver muy rebelde a través del pantalón. El rostro escandalizado de la doncella lo alertó para que cayera en la cuenta de que estaba expuesto. No solo se encontraba con la boca roja por, casi, devorar a Charity, la ropa revuelta porque ella no era tampoco una damisela responsable y por último quedó su miembro, dolorosamente endurecido.

—¡Lo siento! —exclamó girándose para que no lo siguiera observando la doncella.

—A su habitación, lady Charity —gruñó la señora Murphy.

—Buenas noches, milord. —Llegó a decir Charity antes de ser arrastrada hacia la habitación.

Angus se quedó sin decir nada. Había pasado la vergüenza más grande de su vida. No salía de su mente la imagen de la señora con los ojos desorbitados, desaprobando a su miembro erecto. Se tapó el rostro y procedió a retirarse hacia sus aposentos a largas zancadas.

—¿En qué estabas pensando? —se reprendió Angus, impulsivo—. Es una dama... una dama que te ha ganado en el juego. — Precisamente ese era el problema. Era un hombre que soñaba con la mujer con la que se había apostado un beso. ¿Qué dama respetable hacía algo como eso? Una hechicera irlandesa que sabía muy bien jugar a la seducción.

Él debía alejarse de la peligrosa mujer que su madre, por capricho, puso bajo su techo. ¿Cómo resistiría a la tentación con falda que estaba durmiendo a poca distancia, que comería con él y a quien todavía le debía dos besos? Era imposible huir de su

encanto. Deseaba saber en qué era mala esa muchacha, pues todo lo hacía bien. Especialmente seducirlo.

Tenía que demostrarle que era él quien mandaba y que no se dejaría manipular por ella, ni por nadie. Si se iba a casar, él sabría con quién, pero la irlandesa que había elegido su madre y que le ganaba con suma facilidad en el juego no podía ser. Siempre estaría un paso al frente, y él debía llevar las riendas de cualquier asunto dentro y fuera de su casa como un varón de peso. Su madre y lady Charity Hely-Hutchinson, no lo someterían, y esa muchacha no lograría enamorarlo.

A Angus le costó trabajo que su miembro recobrara la pérdida de la compostura antes de acostarse a dormir. Cuando logró recostarse, Elizabeth, abrió la puerta, molesta.

—Angus... —lo llamó. Colocó los brazos cruzados bajo el pecho y lo miró reprobatoria.

—Madre, voy a dormir. Hablemos por la mañana.

—No. Conversaremos ahora sobre lady Charity...

—La arpía irlandesa que metió bajo nuestro techo.

—Es una mujer ideal para ti. He notado que no se han separado en toda la noche, pero cometiste una imprudencia. No puede tu falta de compostura arriesgar un buen matrimonio. Le levantaste la voz a la muchacha —reclamó la condesa viuda.

—Ella... ¿Qué mujer sabe jugar tan bien a las cartas? Además me dijo que es bruja.

—Cariño, considero que bebiste mucho.

—¡Lo dijo ella misma!

—Debes dejar el juego y la bebida de manera urgente...

—¡Es cierto! Me ganó en un juego que domino a la perfección. Si ella jugara, se quedaría con la fortuna de media Inglaterra. No me casaré con alguien así. Quítese eso de la cabeza. Hay demasiadas mujeres con menos astucia que ella.

Charity le daba pavor. Si la dejaba podría controlarlo con el dedo meñique de su mano derecha. Era ardiente, segura de sí misma y la candidata de su madre. ¡No lo permitiría!

—Eres igual que tu padre cuando se casó conmigo. No conciben que existan mujeres que lleguen a igualarlos en inteligencia.

Deberías aprovechar su astucia a tu favor, quizá te haga ganar lo que perdiste en tus malas apuestas. Admite que ella te gusta.

—Las mujeres deben obedecer y no poner las reglas. Eso va para usted también. Váyase y déjeme dormir.

—Ya cambiarás de parecer mañana... —sentenció la condesa antes de retirarse de la habitación de su hijo.

Donde se encontraba Charity la situación era casi insostenible. La señora Murphy llevaba una hora diciéndole demasiadas cosas que ella era incapaz de retener en su mente.

—Usted será la mujerzuela de un inglés. Él no se casará con una irlandesa. ¿No escuchó que hoy tuvo el descaro de alzarle la voz? Yo lo oí porque estaba muy cerca. Desde ahora en adelante no me separaré de usted. Le puedo asegurar que ese hombre cree que usted tiene menos valor que una inglesa.

—Está exagerando, señora Murphy. Por el contrario que usted, considero que le agrado a milord. Nos estamos conociendo.

—¡Conocerse no es manosear a alguien y ambos se estaban tocando! ¿No tiene decencia, lady Charity? No soy exagerada, es usted alguien que intenta aligerar sus culpas quitándole peso al asunto. Sé que su madre inglesa, es tan descocada como un pájaro, por lo que no hablaré con ella de este asunto. Estoy aquí porque su padre no confía en el buen juicio de la mujer con la que se casó.

—Pero si ella es mi madre, no buscaría mi mal...

—Su parte inglesa es un problema. Está tan hueca como su madre. Ya verá que tendré razón más adelante.

La señora Murphy continuó ofendiendo a su mitad inglesa y enalteciendo a la irlandesa sin ninguna reserva hasta que Charity se durmió.

A la mañana siguiente, se levantó somnolienta. Se acostó muy tarde y, con el inconveniente de la señora Murphy, dormirse fue una odisea.

Charity estaba pensando en encontrarse con su apasionado inglés, pero cuando bajó a desayunar el hombre se le había

escapado, dejándola a merced de las insistentes condesas.

Esperó al almuerzo, pero el conde tampoco apareció. ¿Qué estaba ocurriendo con el caballero que ocupaba sus pensamientos?

Como el día anterior, Angus regresó cuando el sol se escondió y el frío comenzó a traspasar sus finas prendas, indicándole que debía ir a su residencia y cobijarse. Sin embargo, Charity estaba ahí. Comenzó a pensar en mil maneras de huir de ella. Durante el día se hacía sencillo. Desayunaba en casa y comía en la residencia de algunos arrendatarios si hacía falta, pero en la cena era imposible de esquivar.

—Buenas tardes, lord Craven —saludó Charity con un brillo especial en sus ojos, uno que no pasó desapercibido por Angus.

—Buenas tardes, milady. Con permiso —pronunció Angus pasando a su lado—. He vuelto, madre. Que mi cena sea servida en mi habitación. He tenido un día muy largo.

—Pero tenemos invitadas, querido —dijo Elizabeth.

—Que un día cene en mi habitación no molestará a las visitas, ¿no es así, condesa, lady Charity? —preguntó dirigiéndose a las damas.

—Por supuesto que no. Quizá baje para que juguemos una partida de cartas o ajedrez —contestó Charity con cierto humor impreso en sus palabras.

—Mi madre ha deseado por mi bienestar que no juegue a las cartas... —aludió para desalentar a la muchacha—. Que tengan buena noche.

Angus desapareció tal como se presentó en su residencia.

Charity lo observó marcharse. El conde estaba huyendo de ella, pues sabía que ambos estaban atravesando una difícil etapa, esa de conocerse y él se estaba negando. Era un caballero reticente y ella una dama perseverante.

—Disculpe a Angus, milady, se quiere hacer el importante. Es complicado para un hombre permanecer en compañía de tres damas astutas —alentó la condesa de Craven—. No debió vencerlo, lady Charity, un hombre debe tener su orgullo intacto... —La condesa chasqueó la lengua—. ¿Qué apostaron ayer?

—Él apostó un té con scones, los cuales me han servido hoy y he disfrutado. Yo aposté el castillo en Irlanda.

—¡Charity!, ¿qué dijiste? —exclamó su madre, asombrada.

—No apostaría una parte tan importante de mi dote si no estuviera segura de no perderla. Mi padre es muy bueno jugando a las cartas. El mejor. Los inviernos en que usted, querida madre, se pasaba cosiendo, nosotros lo hacíamos jugando, aprendí mucho. Ningún juego me es ajeno. Además, es notable que milord no es muy bueno en eso, y supongo que ha perdido mucho dinero a causa de malas apuestas. No pensé en su orgullo, solo en que yo era buena porque aprendí del mejor, de mi padre —expuso con satisfacción ella.

Angus no se había retirado por completo del salón donde estaban las damas, se quedó escondido detrás de un pilar, escuchando lo que conversaban. Hizo chirriar sus dientes por la vergüenza que ella le hacía pasar al creerlo un incompetente en las cartas, sin decir que lo consideraba de la misma forma en el ajedrez.

—Milady, déjeme hacerle una sugerencia —musitó Elizabeth para aconsejar a Charity—. Mi querido Angus, es un caballero entendido, solo que prefiere no ser superado por una dama. En lo que se refiere a juegos y apuestas, intente no entrar. Si quiere conquistar a mi hijo deberá usar otras artimañas.

Para esa ocasión, Angus cerró sus ojos con fuerza. Su madre era peor que Charity para arrojar su nombre al fango. Él, muy inútil y la muchacha, inteligente, hasta su madre era capaz de notarlo. Pues no, él era un hombre adulto, un conde, y tres damas astutas no iban a poder doblegarlo.

—Es cierto, Charity, ningún caballero desea ser superado por una joven —razonó Isobel, apoyando el consejo de la condesa.

—Seguiré el consejo que me han dado —aceptó Charity. Si aquello que le recomendaban la ayudaba en su encomienda de conseguir un esposo, lo seguiría al pie de la letra. No podía dejar escapar al caballero que dominaba sus pensamientos y le hacía estallar el pecho.

Desde que conoció a Angus, Charity lo tuvo en su mente. Con Callum no fue muy insistente, porque él siempre le hizo conocer sus

intenciones. En cambio, el conde de Craven intentaba ser amable, aunque a la vez, quería desairarla. Ella era muy difícil de vencer en ese aspecto, para que la hicieran desistir de sus objetivos podía asegurar que debían torturarla. Era testaruda e insistente. Su lado irlandés era dominante.

Cuando llegó la hora de la cena, Charity se sintió muy aburrida sin la presencia de Angus. Debía hallar una forma de burlar el inquietante aburrimiento. Si seguía sentada en esa mesa escuchando el cotilleo de veinte años atrás, se bebería demasiadas copas de vino y se volvería asidua a la bebida.

Fingió un bostezo para abandonar la mesa. Pensó que su madre le concedería la gracia de enviarla a su habitación y así podría acercarse a donde se encontraba Angus. Sin embargo, tuvo la reacción contraria.

—Querida, ¿no quieres deleitar a la condesa con tu talento en el pianoforte? —indagó Isobel para que su hija encontrara algo para distraerse.

Charity sonrió, nerviosa. Ella no deseaba tocar el pianoforte. Era buena, pero lo que deseaba era ir en busca de Angus para verlo por el ojo de la cerradura. Sabía que era perversa, pero no le importaba demasiado. Él había despertado algo muy poderoso en su interior. Ni Callum fue tan importante en sus reacciones.

—Sí, madre —accedió poco animada.

Las mujeres siguieron a Charity hasta donde se encontraba el pianoforte que ella debía tocar para la diversión de ambas.

Se sentó en el banco del instrumento e inició la melodía. Lo que supuso después de estar un minuto deleitando al «vacío», fue que su progenitora solo quería deshacerse de sus bostezos. Su madre charlaba tan feliz junto a la condesa de Craven, que olvidó prestarle atención a su arte.

Desde su habitación, Angus dejó la poco entretenida lectura que tenía entre manos. El sonido del pianoforte hizo que considerara salir para escuchar más de cerca. Sabía que si lo hacía estaría en

peligro de caer entre las garras de la invitada no deseada. Bueno, sí, era deseada pero no del modo que un hombre sensato debía pensar en una joven dama. Pegó su oreja derecha a la puerta para deleitar mejor sus oídos. Le agradaban las veladas musicales cuando quienes tocaban los instrumentos lo hacían con destreza y gracia.

La habilidad podía escucharla, sin embargo, no le era posible notar la expresión de Charity al estar sentada frente al pianoforte.

La imaginaba firme en la espalda, dejando ver su cuello blanco como el de un cisne, sus bucles negros moviéndose como si tuvieran vida de un lado al otro.

Angus se mordió la uña del dedo anular derecho. Estaba en una encrucijada: bajar y ser acosado o bajar y desde un recóndito lugar espiar.

—Escuchar y observar, a nadie le hace daño —se dijo.

Se arregló la prenda que se le arrugó por estar acostado desde que había llegado de montar. Debía admitir que estaba aburrido en aquel sitio, encerrado, pero por evidentes motivos no le resultaba tentadora la idea de bajar.

Abrió la puerta para después dirigirse con cautela y descender por las escaleras hasta llegar y esconderse a la sombra de una columna.

A medida que se acercaba, el sonido era más nítido. Cuando llegó hasta el punto donde podía ver a la dama, sonrió como un tonto sin darse cuenta.

Era tal y como la imaginó. Bella e incluso inocente. Nadie creería que aquella angelical criatura besaba con ardor y mucho menos que tuviera el atrevimiento de manosearlo. Era exquisita y casi lo convencía de que él solo la demonizaba. Se sintió hasta culpable por estar escondiéndose en su propia casa. ¿Cómo podía huir de aquella ninfa? Pero después recordaba que Charity, ni era un ángel, ni una ninfa y menos una criatura inocente. Era una perversa apostadora que deseaba que él perdiera su soltería y se casara con ella. Para lograr ese fin ella se encontraba compartiendo su techo. La propia condesa de Craven le proporcionaba facilidades para que la muchacha se alzara con el solterón conde de Craven.

—¿Está espiando a milady? —preguntó la señora Murphy, sorprendiendo a Angus, que se tomó del pecho por el susto.

—¡No! —se exaltó.

—Escúcheme, milord. Sé que es un conde y que debería hablarle con respeto. Mi preocupación por lady Charity me impulsa a olvidar la etiqueta y a hablar con libertad frente a un hombre importante como usted. Milady está muy por encima de su persona. Tenga cuidado. Esa muchacha vale su peso en oro. No se atreva a hacerle daño —amenazó la mujer con el tono muy parecido al que usaba la encantadora irlandesa.

Angus estaba tan sorprendido por la intromisión de la señora... Todavía le costaba asimilar lo que escuchó de la mujer que se retiró antes de que él pudiera replicar algo que le diera una advertencia igual de inquietante que la que ella dijo.

Pese a lo que dijo la mujer, él no movió un pie hasta que Charity dejó de ejecutar la pieza. Cuando acabó, esa sonrisa de tonto se hizo presente otra vez. Lamentó que nadie le diera importancia a la excelente actuación de la muchacha. Las mujeres que la acompañaban estaban sumergidas en un interminable cotilleo que no permitía darles atención a los demás. Se maldijo por lo bajo porque él no podía aparecer y aclamarla como un demente enamorado o como un fiel admirador. Aquello solo sería echarse más tierra encima.

Charity esperó al menos un aplauso o una felicitación por parte de las personas que quedaban en la estancia, pero fue ignorada, por lo que decidió bostezar con fuerza, levantarse del banco y cerrar la tapa del pianoforte.

—Me voy a dormir —anunció sin dejar dudas de lo que haría.

Al escuchar que ella se estaba despidiendo del resto, Angus no supo qué hacer para esconderse. Corrió escaleras arriba para adentrarse en su habitación para que la dama no lo descubriera espiándola. Entró en sus aposentos, cerró la puerta y apagó la lámpara.

—Está bien, Charity. Descansa —dijo su madre para despedirla.

—Que duerma bien, lady Charity. Esperemos encontrar mañana a mi hijo para que pueda acompañarla en un recorrido por la

propiedad antes de que la nieve lo impida.

—Buenas noches. —Charity hizo una reverencia para despedirse de ambas.

Ella se dirigió a las escaleras que tenían una tenue iluminación. La residencia de campo del conde de Craven le resultaba agradable. Era amplia y estaba llena de cosas interesantes, además de contar con una gran cantidad de dependencias. Todavía le faltaba recorrer muchas partes de aquel lugar, pero lo haría en otra ocasión.

Cuando terminó de subir por las escaleras, miró hacia el iluminado pasillo que llevaba hacia la habitación de Angus. Ella se rascó la cabeza para decidir si lo visitaba o no. Cerró los ojos, y con decisión, fue caminando hacia la habitación de él.

—¿Lord Craven? —preguntó Charity en tono bajo desde detrás de la puerta para averiguar si estaba dormido.

Angus al oír una voz, cerró los ojos con fuerza. Esa muchacha no lo dejaba conversar con su propia alma. La voz volvió a insistir con: «lord Craven», por lo que tomó la decisión de evadirla haciéndose el dormido. Él estaba sentado en la cama, se quitó las botas para que ella no pudiera escucharlo, y caminó hacia la puerta para escuchar lo que aquella podía seguir diciendo.

—¿Lord Craven? —repitió ella esperando una contestación, pero suponía que estaba más muerto que un cadáver—. Hoy estuve muy aburrida. Se ha sentido su ausencia y es apenas mi segundo día aquí, ¿qué será de mí si cada día sale sin despedirse y no se sienta conmigo a la mesa? Soy alguien que acostumbra a charlar mucho, aunque usted no. En fin, espero verlo mañana. Que siga durmiendo bien...

Él recostó la cabeza contra la puerta al escuchar que los pasos de Charity se alejaban.

—Yo también estoy aburrido, pero es lo mejor. No conseguiré dominar mi voluntad. Si me caso será porque lo quise y no porque usted me fue impuesta —declaró. Llevó su figura hacia la cama para acostarse.

Capítulo 15

A los días que siguieron, Angus continuó comportándose de la misma forma. Se iba durante la mañana, no almorzaba con las damas y por las noches cenaba en la habitación, escondido como una cucaracha. Su madre muchas veces intentó hacer que recapacitara, sin embargo, él se encaprichó en no caer enamorado de Charity. Aunque después de cada cena, cuando ella tocaba el pianoforte para no morir de aburrimiento, él la espiaba. Aprendió nuevas formas de acosar sin ser visto.

Deleitaba sus sentidos con las habilidades de la muchacha que era ignorada por sus oyentes. Podía notar que Charity lo hacía por el solo hecho de no quedarse dormida. Era el peor anfitrión que Inglaterra vio nacer, mas era inevitable. O se convertía en una escoria, o su deseo lo llevaría por el camino de la perdición y el matrimonio.

Charity mientras tanto, se mordía la lengua para no tener que reclamar la falta de atención de Angus. Llevaba días huyendo y sin pagar su apuesta.

—Suficiente por esta noche —declaró Charity, levantándose repentinamente.

Angus, que se encontraba con las manos frías, espiando por la ventana del jardín, se exaltó y en su huida tropezó con un arbusto que lo llevó al suelo. Se levantó con prontitud sin darse cuenta de que se ensució las manos, rodillas y botas. Entró a la residencia para subir sin que nadie lo notara, sin embargo, se cruzó con Charity que iba rumbo a las habitaciones de la planta alta.

—¿Le agrada arreglar el jardín poco antes de medianoche, milord? —preguntó ella, burlona.

—Mmm... en ocasiones —mintió Angus. Tragó saliva y se fijó en que estaba impresentable, razón por la que ella le hizo aquella pregunta tan tonta—. Con permiso, milady.

—Vamos al mismo sitio, espere —dijo Charity, siguiéndolo—. ¿Por qué siempre está encerrado en su habitación?

Ella deseaba saber las razones por las cuales el caballero no compartía tiempo con las damas. Estaba dolida por el alejamiento que tenían después de aquel beso que compartieron días pasados.

—Porque estoy cansado, milady.

—¿No se estará escondiendo para evitar pagar el resto de sus apuestas perdidas?

—¡Oh, demonios, lo olvidé! ¿No querrá usted cobrarme? —Un hombre siempre pagaba sus prendas.

—Sí, quisiera, pero estoy más interesada en saber los motivos por los que me evita en su propia casa.

Él quedó perplejo. Era algo que no deseaba contestar por temor a no saber qué responder o a quedar muy mal parado.

—Milady, estar cansado es suficiente motivo.

—¿Está cansado de mí? —indagó con desilusión. Ella podía sentir que aquello era un golpe a su estima. Consideró que podría ser correspondida en esa atracción.

—¡No! No, no —replicó al instante Angus al distinguir pena en los preciosos ojos azules que lo miraban ofuscados. Sabía que se había echado la sogá al cuello por no decir que sí.

—Iba a discutirsele, porque no pasa tiempo conmigo como para cansarse o al menos aburrirse —alegó Charity, perspicaz.

—Ciertamente, tengo muchas cosas de las cuales ocuparme en la propiedad y...

—Lo acompañaré a realizar su recorrido —dijo interrumpiéndolo.

—Es agotador y el frío helará sus delicadas manos —justificó Angus para que ella no lo acompañara—. Además, salgo muy temprano por la mañana.

—Que despierte un día a la misma hora que lo hacen los criados no me hará daño. Agradezco que se preocupe por mis manos, siempre son muy frías después de ejecutar el pianoforte y hacerlo para personas igual de frías... —suspiró—. No me haga caso. Esperaré ansiosa el momento en que podamos salir a dar un paseo.

Angus deseaba que se lo tragara la tierra. No podía ser tan perversa y seguirlo. Era un acto de acérrima rebeldía en contra de

su persona. Hacerlo sufrir con su compañía era hasta ingrato, puesto que él era un caballero de carácter tranquilo, poco sociable y virulento. Ella era diferente: sociable, inquieta, sagaz y perturbadora de su paz mental.

—Hasta mañana, milady —se despidió él al llegar hasta el último escalón de arriba.

—Hasta mañana muy temprano, milord —correspondió ella.

Ambos se dieron la espalda y fueron hacia sus habitaciones.

Charity sonrió pícara y satisfecha al cerrar la puerta de sus aposentos. Suspiró con fuerza y sopesó su atrevimiento. Sin embargo, sabía que si quería a ese hombre como su esposo, debía conquistarlo, y alejado de ella, eso no sería posible. Era necesario dejar de ser la víctima de las huidas del caballero, para convertirse en su perseguidora.

Mientras tanto, Angus todavía no daba crédito a lo que sus oídos escucharon. Debía ser más inteligente y alejarse de manera minuciosa. Estaba seguro de que ella intentaría cobrar la apuesta que hicieron, y que él, en su inocente idea de que era un buen jugador había perdido.

Se tomó del rostro para pensar. ¿Cuánto tiempo podría huir de su madre, de ella y del matrimonio? Aquella trinidad era difícil de esquivar. Caerían con todo su peso sobre él en poco tiempo, tanto que terminarían aplastándolo. Debía enfrentar la situación.

Concilió el sueño con dificultad. Sabía que había alguien que lo esperaría para salir, apenas el sol estuviera alumbrando en su ventana. Pensar en las maneras posibles de enfrentar a la tentación que estaba de invitada en su residencia era tedioso, tanto que lo dejaba cansado.

Cuando abrió los ojos por la mañana, se levantó con la intención de salir más temprano aquel día con la esperanza de escapar de la dama, mas al descender las escaleras para ir en busca de su caballo, encontró a Charity ataviada con un elegante traje de montar. Ahogó un grito por el susto al distinguirla.

—Buen día, milady. Se ha levantado con el sol —saludó, nervioso.

—Buen día, sí. En ocasiones la ansiedad no me deja dormir. Tener algo que hacer resulta excitante —concedió la joven, riendo—. ¿Desayunamos?

—Sí, sí... pasemos al comedor —indicó Angus, maldiciéndose en la mente. No tuvo suerte en su escape matinal.

Pasaron a servirse aquello que los criados colocaron sobre la extensa mesa del comedor. Se aprovecharon a sus anchas del desayuno sin decir muchas palabras.

Angus pudo caer en cuenta de que Charity era de buen comer y que adoraba los dulces, en especial aquellos que por lo general acompañaban el té. Él se quedó mirándola. Aquella asoló a lo que se encontraba en la mesa.

—Es momento de partir, milord. ¿Usted cree que estaremos aquí para el almuerzo o debemos llevarnos algo? —indagó la muchacha mientras él alejaba la silla de ella para que se pusiera en pie.

—Lo pondremos a prueba —dijo Angus.

Salieron de la casona y se dirigieron a las caballerizas donde cogieron dos caballos para recorrer la propiedad.

El silencio entre ellos era incómodo. Charity giró la cabeza para mirar al caballero que iba en el lomo del otro caballo. Él trataba de desviar la vista.

—¿Hasta dónde se extienden sus dominios, lord Craven? Su propiedad es vasta. Nos hemos alejado tanto de la residencia, que podría perderme —comentó Charity para iniciar una conversación y que aquel silencio que se extendía sobre ellos, desapareciera.

—Hay muchos acres, milady. Desde que llegué, aún no he terminado de recorrer la propiedad. Creo que incluso olvidé los límites y hasta puedo querer apropiarme de otras tierras que lindan con las mías.

—¿Cómo es que no recuerda los límites de sus tierras, milord?

—Porque cuando estoy en tranquilidad lo olvido. Recorrer estas tierras hace que recuerde a mi padre. Estábamos muy unidos, andábamos por esta propiedad así como lo hacemos usted y yo en este momento. Para él era más importante una carrera, que enseñarme el valor de las plantaciones, quizá fuera tonto, pero él

prefería mostrarme todo en un mapa y en libros contables antes que señalarlo en la naturaleza.

—¿Ganaba las carreras? —curioseó observando que a Angus se le formaba una sonrisa de añoranza en el rostro.

—En ocasiones. Era reñido. Mi padre espoleaba con maestría a su caballo, tanto que me dejaba solo ver el polvo que levantaban las herraduras y la graciosa cola del animal ondeando su pelaje al viento.

Angus recordaba aquellos acontecimientos como si se tratara de algo vívido. Podía incluso hacerse una imagen de eso que le relataba a la muchacha.

—¿Y si hace una carrera conmigo? —preguntó Charity.

—¿Qué clase de incauto piensa que soy? Sin duda usted me hará apostar mi alma en esta ocasión. —Él se rio con ligereza.

—Su alma no me sirve en demasía.

—¿Qué le parece si es una carrera muy simple? Sin apuestas —propuso Angus.

—Creí que era un jugador nato.

—Me siento curado por usted. ¿Cuántas veces puede perderse la dignidad frente a una audaz irlandesa? —concedió con cierto orgullo. Ella sonrió complacida.

—Estoy feliz por haberle ayudado. Aunque creo que he salido perdiendo un poco, pues parece que se ha convertido en alguien íntegro y yo no he logrado cobrar mi apuesta.

Los dos se sonrieron tímidamente. Algo había cambiado entre ambos. Era palpable en el ambiente.

—Hay que enfocarse en la carrera, el resto puede esperar —declaró Angus antes de hacer que su caballo se quedara quieto para que empezara la sencilla competición.

Él estaba donde se iba a establecer el punto de partida. Le señaló a Charity donde iniciaría la carrera y sospechaba que ella tendría problemas con esa vestimenta y la silla de amazona.

—Le dejaré que me tome una leve ventaja —concedió, galante.

—Se lo agradezco, pero creo que no necesito que me otorgue nada de ventaja. Estoy acostumbrada a montar con este tipo de silla y sin mi traje de amazona. Solía hacer muchas carreras en Irlanda y espero no haber perdido mi habilidad. Tal vez sea mejor que la

ventaja se la diera yo —añadió ella con suficiencia mientras le otorgaba una cálida sonrisa. Él supo que estaba bromeando.

—¿Qué es usted? —increpó, envalentonado. La dama le parecía muy engreída en ocasiones, pero en otras, como esta, era desconcertante —. ¿Hay algo que no sepa hacer?

—Sí, ser paciente. Vamos, milord, comencemos.

—En esta ocasión no está en Irlanda, sino en mi territorio y usted solo podrá distinguir el polvo que le hará tragar mi caballo. —Él le sonrió también.

—Me agrada la competencia. —No mentía. Era muy competitiva.

Angus contó hasta cinco y ambos salieron disparados. Los caballos iban nariz con nariz, casi era difícil saber quién ganaría este duelo de egos. Espolearon con fuerza a sus caballos. Ninguno deseaba ceder ante el otro.

Angus estaba deseoso de ganar algo contra ella, por lo que tomó la decisión de llevar la carrera hacia otro sitio con el fin de conseguir ventaja. El sendero lo conocía perfectamente y ella no tendría el mismo rendimiento en aquel sitio que en la pradera. Pensó que no sería peligroso para la dama. Ella era atrevida.

Charity no perdía el ritmo de competencia. Miraba a su contrincante y le sonreía. Iba suspirando sobre aquel animal. La reluciente sonrisa del caballero, la tenía muy distraída, tanto, que una enredadera la atrapó y una rama la golpeó en la cabeza, haciendo que cayera del caballo de manera estrepitosa.

Él seguía inmerso en su cabalgata hasta que miró a su lado para observar a quien debería estar ahí. Solo quedaba la montura, ¿dónde se encontraba su jinete?

—¡Maldición! —masculló con suma preocupación. Hizo que su corcel regresara por el camino. Llegó a un punto de mucha maleza y encontró a la muchacha tirada en el suelo, cubierta con algunas hojas.

Lo que sintió en ese momento fue desconcertante. La agonía de verla sola e indefensa lo dejó sin aliento. Se apresuró para auxiliarla. Ella yacía con los ojos cerrados, se asemejaba a una muerta, la más bella por cierto.

—¡He asesinado a lady Charity Hely-Hutchinson, iré a la horca! Por el amor de Dios, no se muera, querida mía —exclamó Angus, asustado hasta el tuétano. En ese momento la joven se removió entre sus brazos.

—No exagere, no voy a morirme y por supuesto no iré a la horca —alegó Charity, incorporándose—. Usted iba a llegar al otro condado sin saber que caí —dijo con cierta molestia.

—¡Me ha dado un susto de muerte, mujer! — la reprendió.

—Para asustarlo un poco. Se lo merecía —La caída no había sido tan grave como ella le había hecho creer—. No me culpe, el ocio y la falta de compañía son malos consejeros y he sido negligente con mi propia seguridad. Me ha traído aquí con el fin de poder ganarme con mayor facilidad y sin contar con que era un terreno complejo. ¿Por qué no me ayuda a levantarme? —preguntó con un mohín.

Angus gruñó, pero al fin cedió ante la mirada de cordero de la joven. Cuando él se levantó la ayudó a incorporarse y ella se recostó sobre el pecho de él. Era una mujer manipuladora como otras que conocía. No le importaba porque se había asustado muchísimo al verla inerte en el suelo. Abrazarla no se sintió tan mal como había pensado en un principio. Ella era cálida, olía bien y sabía que entre sus brazos estaba protegida. Angus tuvo el atrevimiento de quitarle las hojas secas que se le quedaron a la muchacha en el cabello.

Charity se alejó un poco después de estar pegada al torso de Angus. Escuchó por varios segundos los latidos ensordecedores de un corazón asustado. Quería saber si estaba tan descolorido como lo imaginaba.

—Está un poco menos rozagante que otros días, milord... — comentó, burlona para restar importancia al asunto.

—Me pincharé las mejillas para una mayor diversión insensata de usted, ¿quiere eso o prefiere ir a probar otros peligros?

—Por supuesto los peligros de un conde que corre como el diablo para vencer a una damisela —le sonrió. Él gruñó por lo bajo. No negaría que el corazón se detuvo varios segundos cuando vio al caballo trotar sin ella sobre el animal.

—Es mejor que busquemos su montura.

Ella trató de dar un paso. El pie le falló.

—Me duele el tobillo, ¿sería tan amable de subirme al lomo de su caballo? Además, me siento mareada por el golpe —pidió con un gesto en el rostro, antes de volver a enredarse en el pecho de él.

Él quiso alejarla porque era peligroso lo que ella le hacía sentir, pero terminó convencido. Fue culpa suya que la muchacha cayera del caballo, con suerte estaba viva. ¿Qué hubiera pasado si llegaba a su casa con el cuerpo sin vida de ella? ¿Qué sería de este mundo si la hechicera irlandesa perdiese la vida? Sacudió la cabeza. No deseaba pensar en esto. No, porque las connotaciones sobre la pérdida de ella eran una cuestión que él no deseaba abordar. No deseaba otorgarle ese poder a su ninfa de cabellos negros y ojos curiosos.

—Está bien —alegó cogiéndola en brazos. Mal. Muy mal. Llevarla tan cerca era un suplicio para su persona—. Debería dejar los dulces, es usted pesada —dijo para ver si así ella se disgustaba y él pudiese huir de su insoportable atracción. —¿Volvió el color a mis mejillas? Al menos por el esfuerzo debería ser así.

Ella lo miró con una brillante sonrisa. Sabía que él estaba mintiendo porque su peso era más que aceptable. No alcanzaba a comprender el motivo de esa salida de tono, pero se dijo a sí misma que no jugaría a ese juego de su caballero de brillante armadura. Menos después de comprobar que le gustaba muchísimo estar entre sus brazos.

—No sabía que los ingleses fuesen tan fuertes... —insinuó Charity deslizando sus manos por el cuello de Angus.

—Oiga, me hace cosquillas, la tiraré si sigue así. — ¡Condenación! La bruja irlandesa tenía muchos trucos bajo la manga. En efecto, ella en estos momentos era una bruja porque lo tenía al límite. Su cercanía, su aroma, su cabello revuelto... ¡Todo era un suplicio lleno de agonía!

Ella sonrió al oírlo decir aquello. Después subió junto con él al caballo para ir en búsqueda del suyo que se fue, descortés, dejándola tirada en el suelo. La colocó en su regazo, de tal forma que la dama iba mirando al lateral izquierdo y él lo hacía atendiendo

al frente. Charity se agarró de él por la cintura y Angus creyó que definitivamente iba a morir de frustración. Era importante apartarla de él o acabaría claudicando ante la tentación que ella suponía.

—¿No cree que es el momento ideal de que me pague la apuesta de la última vez? —preguntó Charity con audacia y las mejillas encendidas debido al atrevimiento de la cuestión.

—Está usted dolorida y pese a eso, prefiere cobrar una apuesta y no pensar en su bienestar —Si la besaba estaría perdido. No debía hacerlo bajo ningún concepto.

—No hay nada que un beso no cure —dijo en un tono muy sensual.

—Dígame, ¿qué pensarán de usted y de mí? No ando besando mujeres por ahí. No es algo que me resulte apetecible. —Mintió. Más porque se moría por rozar esos delicados pétalos rosados que componían su boca.

—¿Prefiere las apuestas antes que a las mujeres? —inquirió sorprendida.

—Sí. Mi mente se ocupa de pensar en estrategias y no se distrae con las tonterías que una mujer hueca pueda decir. He conocido a muchas damas, y la mayoría carece de un atributo interesante como puede ser una excelente conversación. Kate... lady Katherine es para mí el ejemplo de mujer. —Ya está. Sabía que era un maldito hombre en cuanto vio la tristeza cruzar por su rostro pero era necesario ser duro.

Hubo un momento de silencio muy incómodo. Él se sonrió aliviado al ver que al fin algo daba resultado. En cuanto la vio mirarlo con el ceño fruncido supo que ella tramaba algo.

—Entonces pídale matrimonio —replicó Charity con seguridad.

Él se tragó una maldición.

—No, no quiero casarme. Sé que usted está aquí porque quiere casarse, pero convencerme será algo difícil. Si bien acepté que necesitaba una esposa porque mi madre me lo sugirió, no significa que será usted.

—Dijo que sería difícil, pero no imposible. Tengo muchas virtudes. La paciencia y la perseverancia no son parte de ellas siempre, pero las estoy trabajando.

—En este caso, serían un defecto. Tengo conocidos que estarían encantados con una irlandesa.

—¿Sí? Entonces, me los presentará si no logro mi cometido. La diferencia entre nosotros, milord, es que yo ansío casarme y me siento capaz de hacer temblar a cualquiera, como a usted, por ejemplo.

—Comienza a darme quebraderos de cabeza, milady.

—Si usted accede a cancelar su deuda, quizá sea más amable.

—Me da pavor pensar en qué sería para usted amabilidad, aunque me resulta atractivo considerar que dejará de pedirme que la bese, si consiento besarla en este instante.

—Lo sabrá después —sugirió Charity, esperando a que se decidiera y la besara.

Angus llevó a su caballo hasta un frondoso árbol para que bajaran y que pudieran descansar un momento de la búsqueda de la montura de Charity. Él la ayudó a descender y ella se sentó en una gran raíz a esperar que él enlazara al animal en una rama.

Cuando ella vio que el conde se acercaba, supo que sería para obtener ese beso por el que tanto tuvo que esperar e insistir.

Él dirigió sus ojos verdes a los de ella y observó detenidamente el azul de su mirada. Se mordió los labios y suspiró. A eso le estaba huyendo, sin embargo, ella no se rendía. Era mejor deberle a un prestamista que a esa irlandesa. Ella tenía fuego en la sangre. Angus se sentó junto a ella y la cogió de la mejilla para acercarla a su boca y concretar aquello que ambos ansiaban.

Pegaron sus labios y sometieron a sus lenguas a una interminable danza de sensaciones físicas y mentales. El reticente Angus, emulaba a un desahuciado hambriento de alimento. Primeramente se negó a aquello, y lo hizo por una sola razón: sabía lo que ella podía hacer. Era tan sagaz, como sensual e inocente. Toda una combinación peligrosa para alguien que no deseaba entrar al matrimonio, aunque con aquella interminable pasión que ella despertaba en él, suponía que en eso acabaría por más que se negara.

Charity mientras tanto, se aferraba a esos labios, pero más al cuello de Angus. Era un esperado pago el que estaba recibiendo y

no deseaba que su deudor terminara con eso. Lo atrajo más a su cuerpo hasta casi recostarlo sobre ella. Le agradó apreciar la dureza que le hacía sentir el conde en su vientre. Aquello era un símbolo de que ella le resultaba atractiva y lo suponía porque Callum se comportó de una manera similar, aunque sin huir de la atención que le brindaba.

Sin percatarse de que era guiado por sus instintos masculinos, se colocó sobre ella, apretando su hombría contra la entrepierna de Charity. Aquellas telas que ambos tenían puestas eran las únicas que los separaban de intimar. En ese momento no estaba aquella criada que lo salvaría de caer en las mieles de la pasión con ella. Dependía solo de él para resistir a la temible tentación que ella representaba. Angus necesitaba encajarse en ella para apagar aquella llama que lo hacía arder. Sin embargo, eso significaba matrimonio.

—No, no, no —dijo Angus, que se alejó de un salto. Si seguía por ese camino, terminaría terriblemente involucrado.

—¿Por qué? ¡Si ambos lo deseamos! —reclamó Charity, acomodándose la ropa.

—No me quiero casar —confesó sin rodeos—. Si llego a tocarla más de la cuenta, significa que tendré que casarme con usted.

—¿Y eso qué tiene de malo? Al menos tendrá a alguien que le desate la libido. Lo ha tenido que sentir. Somos fuego cuando estamos juntos.

—Le diré la verdad de este asunto. Es aliada de mi madre, ella no me agrada y por consecuente, usted tampoco. ¿Piensan tenerme en sus manos y hacer conmigo lo que deseen? Es usted tan manipuladora como esa bruja que me parió o quizá sea peor.

Charity descendió de aquella raíz en la que estaba recostada.

—¿No le agrado?

—¡No, no haga esas caras porque no logrará convencerme! —expresó al notar que ella descomponía su bello rostro—. No me agrada y menos para casarme, ¿quién querría a una mujer que fácilmente se levanta la falda para un desconocido? Y otra cosa, odio su acento irlandés, es repugnante. —Mintió con descaro.

Angus supuso que estaba exagerando con lo que dijo, pero si no era cruel, ella estaría detrás de él hasta amarrarlo y no podría deshacerse de la muchacha porque ya estaría perdidamente enamorado si iba por ese camino.

Ella se quedó sin habla, le dolieron sus palabras. Antes moriría que asumir la humillación que le hacía a su parte irlandesa, la que más amaba de su persona. Endureció su rostro y se acercó para enfrentarlo. Se enfureció.

—Los ingleses se creen lo mejor de la creación. Mi padre tiene razón, ustedes son solo un escupitajo del creador —replicó sin mucho que decir.

—¿Qué ha dicho? —increpó, ofendido.

—¡Que ya puede pasearse por su casa como mejor guste y dejar de esconderse como una asquerosa rata en su habitación, inglés cobarde!

Ambos cruzaron sus miradas furibundas y levantaron la nariz.

—Me iré... —declaró Angus, antes de dirigirse a desatar al caballo.

Charity se acercó y le arrebató las riendas de la montura.

—Sea un caballero aunque le cueste y deme al animal—musitó la muchacha—. Busque al mío, al final es suyo.

Ella espoleó su montura hasta perderse, y Angus se quedó disgustado mirando a su alrededor. Había despertado al demonio de cabellos negros y ojos azules. Se arrepentiría de ello, lo sabía, pero esperaba que aquello le diera la paz que necesitaba. Charity era tan resuelta como apasionada. Sospechaba que nada bueno acarrearía esa ofensa que le hizo.

Capítulo 16

Charity no sucumbió ante sus deseos salvajes de atar a ese hombre al caballo y arrastrarlo hasta que de aquel no quedara nada. Si él deseaba una guerra de ímpetus, la tendría, era capaz de sostener una sin el mayor esfuerzo.

Durante ese trayecto a la residencia de campo, ella trazó lo que sería su estratagema dentro de aquella casa. Charity se comportaría de la misma manera de siempre. A él le resultaría desconcertante. Toda esa desenfrenada pasión que compartieron en varias ocasiones no podía representar las palabras que él le dijo como una salvación a la inminente pérdida de su tan preciada soltería. En fin, consideraba llorones a los ingleses, o al menos, aquel en particular, lo era.

Ella almorzó con su madre y con la condesa de Craven. Le preguntaron sobre Angus, a lo que Charity respondió que él fue tan considerado que fue a buscar a su montura, pues el caballo se perdió y le cedió el suyo para que estuviera segura. Ambas mujeres se habían mirado con gran complicidad sin saber exactamente lo que había ocurrido entre ellos.

Angus regresó después del almuerzo, cuando su madre decidió hacer nuevos bordados junto a la otra condesa. Pidió que se le sirviera la comida. Estaba cansado y sintió que sus botas le rasparon el talón por caminar y buscar al desgraciado caballo que se extravió. Mientras comía bocado a bocado, distinguió la figura del dulce calvario, que se dirigió hacia la biblioteca de la residencia. Él se apresuró para acabar con la comida y seguirla.

Cuando estaba camino a donde ella se encontraba, su madre salió del salón de costura y lo cogió del brazo con afecto.

—Lady Charity nos ha contado lo que ocurrió hoy —comentó la condesa de Craven.

Él se quedó mudo y palideció. No sabía qué decir. Ella debió echarlo de cabeza por sus groseras palabras. Solo se podía

imaginar que su poca paz se extinguía.

—Yo puedo explicarlo.

—No hace falta, querido. Ella nos lo ha dicho todo. Está en la biblioteca, dijo que deseaba escribirle una carta a su padre.

—¿A su padre? —preguntó. Estaba seguro de que ella lo acusaría por haberle dicho tantas tonterías juntas y haberla tocado demasiado.

—Sí, está muy unida a su padre como tú lo estabas con el tuyo. Estoy complacida de que seas un caballero con ella, querido. Espero que continúes por ese camino.

—¿Caballero? —Logró articular antes de ver que la condesa se perdía por el pasillo.

Su madre regresó al salón de costura. ¿Qué había dicho aquella joven? Él entró a la biblioteca y la encontró junto a una mesa, cerca de la ventana, por donde entraba más luz de día. Desde esa posición tendría una mejor iluminación para escribir.

—¿Encontró al caballo? —curioseó Charity sin levantar la mirada de su carta.

—Sí, se alejó mucho —respondió sereno.

—Está perfecto...

Angus se quedó en silencio. Ella no le decía nada más. Él tragó saliva antes de preguntar por lo que su madre le dijo. No deseaba levantar a la fiera irlandesa.

—Mi madre ha dicho que usted le dijo lo que ocurrió hoy —aludió para iniciar la conversación.

—Sí, le hablé sobre su caballerosidad. Dije que me cedió su caballo para que yo pudiera regresar después de que el mío se perdiera.

—¿No le dijo sobre el... el altercado que tuvimos?

—No. ¿Por qué habría de hacerlo? Su vida terminaría convertida en un infierno. He tenido compasión por usted. Si su madre es como la mía, sería perseguido de por vida por sus palabras... y acciones.

Otro silencio se extendió sobre ellos. Angus era incapaz de comprender lo que ocurría en aquella cabeza de Charity. ¿Cómo no fue capaz de delatarlo?

—¿Por qué lo hace? —inquirió acercándose a ella.

Charity levantó su mirada hacia él y le sonrió.

—Porque no ganaría nada. Quedaría humillada después de repetir sus estériles palabras sobre mi manera de ser. ¿Cómo dijo?

—Fingió olvidar lo que en realidad tenía en la punta de la lengua—. Ah, sí: que me levanto la falda con facilidad frente a un extraño.

Él gimió con molestia. Esas palabras que ella mencionó hicieron que Angus se sonrojara por la vergüenza. Esperaba que eso no lo pusiera en la carta a su padre.

—Yo...

—Para que lo sepa. Sé bien que no debo mostrarme ansiosa, pero hay algo entre nosotros que hace que olvide lo que es correcto y lo incorrecto. Usted me agrada mucho. Pensé que eso era enamorarse. Callum, de quien ya le hablé, no me inspiraba ni la mitad de lo que usted lo hace y le aseguro que era apasionado también. —Esos besos que compartieron fueron buenos, pero no tuvieron nada que ver con los que le daba el conde.

Una tos repentina se apoderó de Angus. Él no quería imaginarse mucho al tal Callum y menos siendo apasionado, aunque con eso que ella dijo, deseaba saber cuánto se dejó llevar por ese hombre.

—¿Cuánto levantó su falda? —indagó entre carraspeos. Los celos estaban ahí y era imposible evitarlos.

Ella rio con picardía. Dejó la pluma en el tintero y se puso de pie para acercarse al oído de él y responderle como si fuera una confidencia.

—Digamos que los besos son peligrosos —desveló.

Por la mente de Angus pasaron muchas posibilidades, demasiadas. Entre ellas que la mujer que estaba en su casa era una libertina, que su virginidad era un mito inexistente y que probablemente tuviera más experiencia que él. ¿Cómo saberlo?

—¿Usted y...?

—¿Y...?

—Mmm... —resonó sin saber qué preguntar o qué decir.

—¿Nos portamos mal? —completó ella por él. Angus asintió—. Eso es un secreto.

Charity dejó su carta en aquel lugar para que se secase y después poder continuarla. Abandonó al sorprendido joven,

boquiabierto, en su propia biblioteca. Si deseaba saber si ella seguía siendo virgen, debía averiguarlo por su cuenta.

Los celos se lo estaban llevando a los infiernos.

Angus se recostó en su cama después de dejar la biblioteca. Las ideas que tenía lo perturbaban. Una parte de él consideraba inapropiado todo eso que le contó Charity en confidencia y la otra parte, era oportunista. Si la muchacha no era virgen podía darse gustos indebidos con ella. Quería sentirse hasta complacido de pensar en que no existiría compromiso. Sin embargo, no debía tomar aquello con ligereza. Callum no fue cualquier hombre en su vida, sino uno con el que ella consideró un matrimonio. Fue un verdadero insensato y se sentía arrepentido por las palabras que dijo. No podía pedir disculpas y continuar indagando en el asunto hasta saber si sus presunciones eran ciertas.

No podía imaginar lo que sería la cena, teniéndola cerca, imaginando que quizá otro se apoderó de su cuerpo y lo hizo vibrar, pues podía poner sus manos en el fuego para afirmar que Charity lograba hacer arder el mundo desde una cama al igual que fuera de ella.

Como lo predijo, la cena le resultó incómoda, lo observaba bebiendo a cortos sorbos el vino de su copa. Aquella muchacha no parecía estar aquejada por los mismos pensamientos que él. Charity parecía tranquila, a la vez que él dudaba hasta de su estado mental a causa de esas confesiones que le hizo.

—¿Tocarás el pianoforte esta noche, Charity? —preguntó la condesa de Donoughmore.

—Esta noche milord nos acompañará, ¿no es así, lord Craven? Se ha perdido de varias ejecuciones por estar descansando. Hoy no tuvo un día muy largo, por lo que supongo que puede acceder a acompañarnos —dijo Charity dejando de lado su esforzado acento inglés para decir las palabras como le salieran.

Estaba presta a demoler todas las defensas que él alzase y averiguar las razones por las cuales se notaba desinteresado y a la vez interesado en ella.

—Sí, las acompañaré —replicó echándole un vistazo a la pícaro sonrisa que tenía Charity.

Aquel acento que ella tenía era enloquecedor. Cómo le fascinaba, pero en un acto insensible, le dijo lo contrario. No comprendía las razones de la amabilidad de ella. Si fuera una inglesa a la que él le hubiera hablado de esa forma, aquella estaría llegando al otro condado. No compartiría un solo espacio con él, mas Charity era diferente. Si se tratara de Kate, lo hubiera golpeado.

Al acabar los platillos, fueron caminando al salón para que Charity pudiera ejecutar el pianoforte.

De cierta manera, Angus se sentía complacido de no estar enfriando sus manos y sus mejillas en la ventana tan solo para escucharla. Esta vez estaría sentado junto a la chimenea crepitante, deleitando sus sentidos con las habilidades de aquellas manos.

Charity se sentó en el banco frente al pianoforte y comenzó su ejecución. No era la más hábil de las pianistas, pero era talentosa y eso era suficiente para ser disciplinada. Su madre fue exigente en lo que se refería a las actividades propias de una casadera. Estaba adiestrada para complacer, deleitar, conformar, obedecer a un esposo y regentar una casa. El pianoforte formaba parte de deleitar y complacer. Siempre se lo decía cuando la institutriz le daba las directrices a seguir. Su progenitora estaba convencida de que ella terminaría casada con un inglés pese a que esa se trataba de una eterna discusión entre sus padres. El conde de Donoughmore se encargaba de llevar la contraria a las enseñanzas de la institutriz. Su padre la dejaba hacer y deshacer a su antojo porque no deseaba que contrajera matrimonio con un inglés estirado, por esa razón ella tenía lo mejor y lo peor de ambos mundos. Si dependiera de Isobel, ella sería una criatura callada y llena de virtudes, sin embargo, la influencia irlandesa de la falta de educación y recato, le hacían ese proceso muy difícil.

Ella observó con interés a Angus, que no pudo desviar la mirada cuando aquella se dio cuenta que la estaba mirando. La tensión entre ambos era evidente para ellos, pero seguían callados, mirándose.

Angus no podía apartar sus ojos de la muchacha, estaba preso en el embrujo de la irlandesa. Cuanto más se resistía, más caía en el influjo que Charity tenía sobre él sin saberlo. Estaba volviéndose un demente por causa de ella. Se cuestionaba si podría continuar viviendo bajo el mismo techo sin tocarla. No tenía sentido resistirse, pero tampoco debía dar rienda suelta a sus pasiones.

—Milord, considero que debería quedarse más tiempo por estar siempre ausente en mis conciertos —aludió Charity, taimada.

—Es cierto, querido. No escuchaste la cantidad de piezas que ha tocado para nosotras esta preciosa muchacha —dijo la condesa de Craven.

—Me sorprende que me escuchara, milady. Mi madre y usted charlan en voz alta, tanta, que mis melodías terminan perdidas en los oídos de las ánimas que pueden habitar esta casa —destacó Charity, sonriente.

Angus escupió su bebida al escuchar lo que aquella replicó a su madre. Lograría amar a esa mujer solo por ese pequeño destello de verdad que profesó. Rio a carcajada suelta del rubor que estaba presente en el rostro de su progenitora.

—¡Charity! —exclamó escandalizada Isobel, observando reprobatoria a su hija.

—Que alguien lo desmienta. El único que puede apreciar en este momento lo que hago es lord Craven. Ustedes disfrutan mejor del arte del cotilleo —continuó Charity.

Isobel pedía disculpas con la mirada a su amiga. Charity parecía otra persona diferente a esa que la acompañó a Inglaterra poco tiempo atrás. Pese a que usaba el tono bromista que la caracterizaba, supuso que algo había cambiado.

Después de aquel incómodo momento en que las condesas fueron el objeto de burla de sus hijos, ellas pidieron más bebidas para todos.

Charity llevaba más copas de jerez de las recomendables para una dama respetable, y Angus no se quedaba atrás. Aquel lugar aburrido entre dos mujeres mayores, una dama y un caballero, se convirtió en un mercado de risas.

El propio Angus había desatado su buen humor a costa de su madre. Sin darse cuenta se convirtió en cómplice de Charity.

Al cabo de un par de horas, cerca de las once de la noche, tanto la madre de Charity, como la de Angus, se retiraron, dejando solos a ambos. Rieron por un par de minutos más para después mirarse mutuamente.

—¿Sabe ejecutar el pianoforte, lord Craven? —indagó Charity, desviando su mirada de él para dirigirla al instrumento.

—No mucho. Mi padre decía que era algo que debían hacer las mujeres que deseaban agradar al resto.

—No estaba muy lejos de la verdad. Es cierto que las mujeres usamos algunas artimañas para conquistar a los caballeros. Supongo que con usted eso no surte efecto.

—Milady, estoy bastante mareado por la bebida, como usted. Me costó comprender la última frase que dijo —insinuó refiriéndose a que la muchacha no se había dado cuenta de que le hablaba con rapidez y no llegaba a decir correctamente las palabras.

—Debe ser mi repugnante acento irlandés —refirió con humor.

Él evitó replicar a aquello, pues terminaría diciéndole que su acento era un atractivo extraño y exuberante.

—¿Quiere escuchar lo que puedo sacarle a ese pianoforte?

—¿Será posible que lord Craven lo haga? —preguntó, sonriente.

—Quítese. Escuchará lo que mis delicados dedos tienen para deleitarla.

Angus podía caerse ebrio en el suelo, pero se encontraba comprometido con divertir a la bella jovencita que lo acompañaba.

Charity se hizo a un lado para dejarlo hacer su voluntad. Ella al escuchar los primeros acordes, supo que Angus no podría ejecutar un instrumento sin destruirlo.

—De esa forma tendrá que comprar un nuevo pianoforte —musitó haciendo alusión a su pésima interpretación.

—Guarde silencio, milady, que falta obrar con mi magia.

—Le mostraré cómo lo hace una bruja irlandesa —afirmó y se sentó junto a él.

—Qué mito más interesante el de ser bruja. Comienzo a pensar que es cierto. Porque es toda una hechicera —insinuó, levantando

sus manos de las teclas.

—Le dije que era solo para espantar a los pretendientes irlandeses que no resultaban del agrado de mi madre. —Rio al recordarlo—. ¿Por qué lo considera posible?

—Porque me ha embrujado —logró articular antes de apoderarse de los labios de Charity con la rapidez de una serpiente que tenía una presa frente a ella.

Charity disfrutaba de aquel ataque del que era una víctima feliz.

—O quizá sea la bebida —dijo Angus, alejándose un poco de los labios de ella para respirar.

—¡Bendita sea la bebida, lord Craven! —expresó entusiasmada por aquel acercamiento que él propuso.

Se ensañaron cada quien con los labios del otro. Una gran llama de pasión los consumía y estaban solos en el salón, a merced de los deseos de ambos. Nada bueno sería el resultado de aquel desliz que cometían.

Angus tiró a Charity del banco que compartían. Ambos cayeron juntos en el suelo. Sin embargo, resultaba más alentador pegar sus figuras con devoción. Él apretaba su hombría contra ella. Se encontraba inmerso en la idea de recorrer aquella estrecha cavidad que desde que la conoció, lo estaba tentando.

Aquello era tan inapropiado y excitante que pensar en ser descubiertos era una tontería, aunque sabían que estaban expuestos en aquel salón.

Los pasos de alguien los alertó. Angus se alejó rápidamente de Charity, que se quedó en el suelo respirando con dificultad, con la falda casi hasta la cintura, dejando ver sus medias de seda blanca a cualquier ojo que la mirara.

—¡Debe ser esa señora! —expresó Angus, queriendo acomodarse la ropa antes de ayudar a Charity para que se incorporara.

—¿La señora Murphy?

—Sí, esa señora me ha amenazado —confesó Angus.

—Cómo se ha atrevido. Debo hablar de eso con ella.

—Puedo defenderme solo, milady.

—Milady... —llamó la señora Murphy— no debe estar a solas con un caballero. Venga conmigo.

Charity miró a Angus, pero él solo desvió los ojos de ella.

—Mire cómo está su cabello, milady. Vayamos a su habitación — continuó hablando la mujer.

Una vez que la señora Murphy notó que Charity se alejó para ir a la planta superior, miró con disgusto a Angus para decirle:

—Lo estoy observando, lord Craven. Al conde de Donoughmore no le agrada saber lo que le hace a su hija en la ausencia de su despistada madre. Él es un hombre muy cruel, si desea seguir viviendo, es mejor que haga las cosas bien. Que tenga una buena noche.

Angus guardó silencio. Después de que la mujer se hubo ido, rio como tonto. Era grotesco. Vivía escondido como una rata en su residencia, era seducido por una niña casamentera y, por último, ridículamente amenazado por una sirvienta. ¿Qué esperaba? Todo lo malo comenzaba a resultar una excitante aventura en la búsqueda de lo desconocido, pero él no era aventurero.

Aquello fue suficiente para él. Decidió vivir a sus anchas como antes. De esa manera olvidaría a la muchacha que vivía con él, pues era incapaz de luchar contra sus deseos. Terminaría hundiéndose en un compromiso indeseado y quizá hasta acabara odiando a la joven. Si estaba equivocado sobre su apreciación de ella y comprometiera su soltería por solo unos ardores, él se odiaría más de lo que podría despreciar a Charity.

Charity en su habitación, se sentó cruzada de brazos. Quedó enfurruñada. La señora Murphy la perseguía para alejarla de Angus.

—¿Por qué hace esto, señora Murphy? —increpó, molesta.

—Porque usted es incapaz de distinguir lo que quiere. Ese lord inglés es un rufián.

—Lo estoy conquistando. No tardará en pedirme matrimonio — refutó la muchacha.

—¿Su idea de conquistarlo es ofreciéndose?

—¡En todo caso, él se me ha ofrecido en esta ocasión! —Se exaltó, sonrojada.

—Lady Charity, su padre desaprobará a este caballero. No es aguerrido, valiente y enamorado como puede ser un irlandés. Es un jugador.

—¿Y qué se puede decir de mí? Soy un títere de mi madre y cómplice de la condesa de Craven. Me conviene serlo, estoy muy cerca de enamorar a lord Craven y no quiero que lo arruine, señora Murphy. Ese hombre me ha costado mucho, pero he aprendido a ser perseverante si quiero casarme. Estoy enamorada y lo deseo para mí, me queda un pequeño paso para que él esté convencido de aceptarme. Aún no sabe que me amaré con locura. Siento que así será.

La señora Murphy dio un suspiro sonoro. No había forma de convencer a Charity de que aquel no estaba ni cerca de caer enamorado, sino más bien caería desmayado por todos los intentos de la muchacha para que la pidiera en matrimonio. La mujer dejó de intentar persuadirla sobre el asunto y prefirió proseguir la preparación de ella para dormir.

Angus tenía más problemas que dedos en una mano en ese instante. ¿Cómo se complicó tanto su vida? O mejor dicho, ¿cómo se la había complicado tanto?

Su madre y la duquesa viuda de Pemberton en esa ocasión habían dado en el blanco en su elección de Charity. Ni cerca estaba de ser la esposa que él buscaría. Tenía todos los defectos que odiaba. Primero y principal, se llevaba encantadoramente bien con la actual condesa, por lo que él tenía pocas oportunidades de recuperar la dirección de la casa.

—Es suficiente, milady, se irá de aquí sin un esposo, continuaré soltero y buscaré una dama que no me encante —declaró para escucharse—. Que hable bien el inglés y que no esté loca por casarse.

Él sabía que había llegado el momento de establecerse, era cuestión de tiempo para acabar como su amigo Blake.

La idea de Angus para espantar a Charity era muy sencilla. Iría al pueblo más cercano a emborracharse, apostar y... algo más se le ocurriría. Una muchacha como ella, no lo soportaría. Sería condenado por su proceder y ella huiría de un futuro poco prometedor como la esposa de un arruinado conde. Era la estratagema perfecta para escapar de esa indecente atracción que lo enloquecería si continuaban ahí, juntos.

Capítulo 17

En aquella casa de campo, las cosas se le habían puesto más difíciles a Charity. Los pasos que dio para conquistar a Angus, los retrocedió. Él la ignoraba, se alejaba de ella y procuraba; como en un principio, no permanecer mucho tiempo en el mismo sitio en el que ella estuviera.

No se le ocurrió una mejor idea para conocer lo que ocurría por la mente de aquel hombre, que seguirlo en alguna noche para saber dónde permanecía hasta la madrugada. Escuchaba golpes por los pasillos y aquel hombre se notaba cada vez más desmejorado. Charity supuso que Angus era quien regresaba muy ebrio y colisionaba con cuanta cosa existía en los escondrijos de la residencia.

—Lord Craven —lo llamó Charity, que esperó una madrugada junto a la puerta de la habitación de él. Tenía una lámpara en la mano, que la dejaba ver por aquel oscuro pasillo.

—¿Qué quiere? Estoy cansado, entraré a mi habitación —dijo, tambaleándose.

—Usted lo que está es ebrio, lord Craven. ¿Se encuentra bien?

—Sí, pero me encontraría mejor si usted regresara a Irlanda —respondió, arrastrando las palabras.

—¿Soy yo la razón de sus problemas? —indagó, sin darse por vencida.

—No se crea tan importante. Usted es solo una causa. Mi madre es la artífice de todo esto.

—Lo ayudaré a entrar a su habitación y hablaremos.

—¡Usted no entrará a mi habitación, pequeña hechicera! —declaró ebrio, pero decidido.

—Si no hubiera bebido, estaría segura de sus convicciones, lord Craven, sin embargo, apenas logra sostenerse. Imagino que ha recaído en sus viejos hábitos.

—¡Así es, y soy feliz!

—También recaeré en mis viejos hábitos si usted lo hizo.

—¿Qué malos hábitos tiene usted?

—Conquistarlo. Llevamos un mes aquí, y de esos días hemos compartido muy poco. Lo dejaré dormir por ahora, pero sepa que lo estaré vigilando.

—Más me faltaba, otra que me vigile. Colóquese junto a la ventana que usa mi madre para verme salir todas las noches.

—Gracias por esa información. Me servirá. Que tenga buena noche, lord Craven. En unas horas inicia un nuevo día.

Lejos de sentirse ofendida, Charity estaba pensando en algo para acabar con el asunto y que él terminara enamorado de una vez por todas. Le quedaban unos meses en el lugar y no deseaba salir de ahí sin una propuesta de matrimonio.

Durante la mañana, las damas desayunaron en silencio. Elizabeth estaba avergonzada por la actitud desinteresada de Angus. Nada de lo que consideraron para un futuro compromiso, daba resultado.

—Lady Craven, ¿cuál es la ventana que utiliza para espiar a su hijo cuando se retira? —indagó Charity, que rompió el sepulcral silencio de esa mesa con aquella pregunta.

—La que da a las caballerizas, querida. Le pido que excuse a mi hijo por ser grosero. Le aseguro que él nunca se comporta de esa forma en la que lo está haciendo. Antes pasaba más tiempo sobrio.

—Temo que asusté a lord Craven, pero me considero capaz de hacer que piense que no soy una amenaza para él —declaró Charity, segura.

—Charity, cariño. Hoy ha salido el sol. ¿No deseas caminar conmigo? —dijo Isobel para conversar con su hija a solas.

—Sí, es cierto.

Cuando las damas se levantaron de la mesa, Charity y su madre salieron a caminar por los alrededores de la casa, mientras Elizabeth se quedó en la residencia para observar desde la ventana como madre e hija conversaban en el jardín.

—Hemos fracasado aquí, querida. Ese lord es reticente. Considero que tu padre no lo querrá ver ni pintado cuando sepa que te ha rechazado de todas las maneras posibles —habló Isobel.

—¿Qué quiere decir, madre? —preguntó Charity. A ella le palpitaba acelerado el corazón porque imaginaba lo que quería decir su progenitora.

—Es mejor que regresemos a Londres y esperemos una nueva temporada. Eres bonita e inteligente. Encontrarás a un pretendiente que valga la pena. Lamento que la duquesa viuda de Pemberton te diera ese pésimo consejo.

Charity bajó la cabeza, y observó sus pies mientras caminaba. ¿Eso sería todo? Se irían sin pena ni gloria, cuando ella ya estaba entusiasmada con ese caballero y se había propuesto mover cielo y tierra para que él la pidiera en matrimonio.

—Pero, madre, estoy muy cerca de conquistar a lord Craven —declaró convencida de que así era. No deseaba abandonar aquel maravilloso lugar.

—No, querida. Ese hombre te ignora sin mucha astucia. Creí que iban muy bien, debo admitirlo, mas en estas últimas semanas, él no parece interesado en ti. A tu padre no le agrada saber por mi próxima carta que han ignorado a su hermosa hija con tal éxito.

—Madre, le puedo asegurar que esto que le digo es cierto.

—Charity, soy inglesa, pero me queda dignidad y espero que también a ti. Si confías en lo que dices, tienes un día para convencerlo de que serás su esposa ideal. Si no obtienes algo de él, nos iremos en tres días.

—¡Tres días! —exclamó la muchacha, pero antes de darle miedo lo que su madre le decía, le infundió valor—. Es poco, aunque estoy confiada.

—Ay, cariño, he creado un monstruo —musitó y apretó el brazo de Charity.

Aquella conversación con su madre, le sirvió a Charity para hacer lo que debía. No había tiempo para desperdicios. Saldría de esa residencia comprometida o con una mano adelante y la otra atrás, como llegó a Inglaterra o aún peor, pues estuvo ahí por un candidato casi seguro, sin embargo, nada de aquello en realidad lo fue. Quizá terminara con la misma mala fortuna y lo que el destino tenía deparado para ella no era casarse con un inglés.

Después de la cena, Charity esperó en la ventana que le dijo la condesa. Ella tenía una capa muy cerca para salir cuando lo hiciera Angus. Lo seguiría hasta el destino donde el hombre iba. Era su oportunidad. Tenía poco tiempo para convencerlo de que era la mujer que le convenía.

Tuvo que esperar hasta las once de la noche. Estaba sola en el salón, pues la relación entre ambas condesas comenzaba a ponerse tensa por el proceder de Angus Craven.

—Es mío —pronunció Charity una vez que notó a Angus salir de la residencia para subir a un caballo.

Ella se apresuró a coger la capa para seguirlo a una distancia prudente. No conocía el lugar, por lo que debía ser cuidadosa y no perderlo de vista.

Al salir y dirigirse a las caballerizas, pudo notar lo fría que estaba esa noche otoñal. Aún cubierta por aquel abrigo, seguía sintiendo que las bajas temperaturas traspasaban las capas de tela que llevaba puestas.

Se subió al lomo de un caballo y así cumplir con su objetivo de descubrir el lugar en el que se refugiaba el conde de Craven para huir de sus cariñosas atenciones. Cualquier hombre estaría feliz de ser agasajado por alguien como ella, sin embargo, encontró dos especímenes ingleses que la aborrecían.

En el frío trayecto, lo distinguió llegar a un pueblo. Desde ahí comenzó a tener más cautela para que no se fijara que ella estaba tras él.

Vio que se adentró en uno de los caminos y llegó hasta una casa iluminada con lámparas desde afuera. Tenían varios caballos situados al costado del sitio en cuestión. Charity dejó su montura junto a los demás, pero sin anudarlo a la madera puesta para dicho fin.

Al abrir la puerta le hizo una inclinación de cabeza al guardia como si fuera alguien asidua al sitio, también una nube de humo escapó del lugar en ese ínterin. Ella casi se asfixió al intentar respirar. Aquel era un garito de juegos, uno muy malo, donde solo había hombres en las mesas y mujeres ofreciendo bebidas y su

cuerpo por unas monedas. Temía que Angus aceptara más que solo el alcohol.

Charity lo buscó con la mirada hasta divisarlo antes de que se sentara en una mesa junto a otros dos hombres. Se acercó con disimulo para escucharlos.

—Buenas noches, caballeros, ¿jugaremos al Loo? —indagó Angus a modo de saludo.

—Nos falta un jugador, milord, para que sea más emocionante —replicó uno de los hombres que estaba en la mesa.

—Caballeros sobran en este sitio. Invitemos a cualquiera —dijo él sin mucho rodeo—. Pidamos lo de siempre, mis buenos amigos.

Ella no tenía mucho tiempo para pensarlo. Era el momento, sería el cuarto jugador.

—Escuché que necesitan alguien para completar el juego, caballeros —interrumpió Charity sin quitarse la capucha de la capa. Cambió su voz a un tono menos suave para que Angus no la reconociera, aunque notó que él frunció el ceño al escucharla.

—¿Es acaso una mujer? —preguntó el otro de los caballeros que acompañaba a Angus.

—Sí, ¿no podemos tener vicios como los hombres? Traigo dinero para apostar y soy asidua del lugar —replicó con valentía, endureciendo aún más el tono de su voz.

Los hombres callaron un momento. Fue el conde quien rompió el silencio al decir:

—Que se siente y coloque lo que tiene sobre la mesa para apostar —mandó Angus—. ¿Qué bebe una dama en esta clase de lugar?

Charity buscó en su ridículo un par de monedas que tenía. Sabía que llevaba muchas libras y lo hacía siempre por si lo llegaba a necesitar. Ella colocó las monedas sobre la mesa.

—Supongo que es suficiente para formar parte del selecto grupo de caballeros. Y a la atención de usted —se refirió a Angus—, bebo brandi.

—Una mujer que bebe brandi debe ser de las duras —dijo Angus, burlón.

Angus hizo el pedido de la bebida para todos los que estaban en la mesa. Colocaron el valor de sus apuestas sobre la mesa y habían puesto menos de lo que puso la dama. Eran unos verdaderos tacaños. Él intentó mirar quién podía estar bajo la capa. Lo único que dejaba ver era un vestido color blanco y unos guantes del mismo tono, además de un ridículo que se veía todavía muy cargado. Estaba intrigado con la identidad de la dama.

Comenzaron el Loo, y Charity jugaba sabiendo que podía darles una paliza en cualquier momento, bebía a pequeños sorbos, pues era bastante fuerte. El primer trago le hizo ver estrellas.

Los caballeros se notaban muy nerviosos al subir y bajar sus cartas, mientras a ella se la percibía muy tranquila. Cuando estaban llegando a la culminación del juego, los dos hombres tiraron sus cartas sobre la mesa. Habían perdido.

Angus todavía se resistía para caer derrotado frente a la mujer que estaba callada con las cartas entre sus manos.

—Nada —masculló al decirlo.

—He ganado, caballeros —anunció y quiso recoger las monedas para colocarlas en su ridículo, pero la mano de Angus la detuvo.

—Un momento. La única mujer a la que conozco capaz de ganar un juego de cartas... —musitó él, y con violencia, tiró la capucha de la capa que cubría la cabeza de Charity—. ¡Lady Charity Hely-Hutchinson, lo sabía, sabía que se trataba de usted!

—Lord Angus Craven, conde de Craven, debo devolverlo al camino de los redimidos —sermoneó la muchacha.

—¡Al menos déjeme ganar un juego aquí! —se quejó antes de darle la espalda para retirarse.

Ella se apresuró a cargar las monedas en su ridículo para seguirlo otra vez.

—Fue un placer, caballeros. Dejo unas monedas por las molestias —se despidió de los dos hombres con los que jugó.

Angus se quedó un segundo frente al sitio para respirar aire fresco. Se tomó de la cabeza para intentar pensar.

—Lord Craven, necesito que me escuche...

—No quiero escucharla. ¿A qué ha venido? —increpó a Charity.

—A salvarlo de este vicio y a convencerlo de que soy la esposa que usted requiere.

Él se quedó atónito y sin habla. Aquello rozaba la tontería.

—Es suficiente, lady Charity. Regrese a casa o mejor a Irlanda — declaró, enfadado.

—¿Por qué me odia tanto?

—¡Porque no deja de asfixiarme! Su sola presencia me saca el aliento.

—Puede ser amor —dijo ella, nerviosa.

—Suba a su caballo y regrese a casa antes de que pierda la paciencia y la ate a uno rumbo a la propiedad.

—¿Puedo seguirlo? No conozco el camino.

—¡Está bien, traiga a su caballo! —mandó, mientras se cruzó de brazos.

Charity no encontró al animal en donde lo dejó.

—Creo que no anudé bien al caballo —pronunció perturbada.

—¡Lo que faltaba! ¿Sabe cuánto vale un caballo como ese? ¡Acaso lo imagina! —gruñó al borde de la histeria—. Vale más que usted.

Ella entrecerró los ojos y se acercó al caballo de Angus. Lo desató y le dio una fuerte palmada en la parte trasera al animal para que este se fuera.

—¡Ahora ya no tiene dos caballos que valen más que yo!

Angus estiró con ambas manos su rostro. Aquella mujer lo volvería un demente si continuaba viéndola. Empezó entonces su regreso a la casa a pie.

—¿Qué está haciendo? —cuestionó Charity yendo tras él.

—Irme a casa, a pie, gracias a usted.

—¡Usted empezó a ofenderme! —replicó acercándose, acusatoria.

—¿Sí? Convengamos que me persigue, que es imposible escapar de usted.

—¡Pues usted se esconde! Si estuviera atento a mí, esto no estaría pasando.

—Resulta que el problema soy yo —se quejó apresurando el paso.

—No dije eso, pero lo insinué —asumió—. Lord Craven, quiero que me diga lo que le molesta de mí.

—La pregunta correcta sería, qué no me molesta de usted. Lo hace todo tan bien, todo tan perfecto —masculló, caminando—, tanto, que fastidia. Me fastidia lo que veo, su sola respiración es un sufrimiento.

Charity dejó de caminar tras él. Se quedó a la vera del camino que Angus transitaba. Él logró lo que nadie pudo, ofenderla, y le dolió. Creyó que sentía lo mismo que ella, y si no era algo igual, al menos era parecido, sin embargo, quizá estuviera equivocada.

—Es lo más perfecto que han visto mis ojos desde que nací. Me molesta que me haga cuestionar hasta si puedo soportar vivir bajo su techo. Su acento es algo tan... fastidiosamente celestial que me hechiza. ¿Es lo que quería oír? Que me tiene como el más tonto de los hombres. Me convierte en un bufón, aunque nunca me destaque demasiado por ser el más inteligente o aguerrido, y mucho menos por tomar la iniciativa. Soy hombre común. Mientras, usted es diferente, es más de lo que merece un jugador como yo... y... —Él se dio la vuelta para mirar a la muchacha y ella no se encontraba siguiéndolo. ¿Cuánto tiempo estuvo charlando solo? —. Solo esto faltaba.

Angus no sabía si continuar solo o buscar a Charity que no conocía nada de Inglaterra. Se maldijo por un minuto por ser un buen hombre e ir contra su cordura y buscarla. Lo mejor sería que el origen de sus problemas se perdiera, aunque ese pensamiento no le gustó en absoluto.

Retrocedió por el camino que recorrió. No tenía idea de qué otro sendero pudo haber tomado. Era de noche, estaba oscuro y el frío comenzaba a tornarse incómodo y a enfriar sus pies. Escuchó unos pasos que podrían ser los de Charity. Solo dos tontos estarían por la noche enfadándose en medio de la nada.

—Está aquí —farfulló Angus.

—Sigo aquí porque soy infortunadamente mala para adivinar los caminos. Las brujas no lo sabemos todo —replicó cruzada de brazos, enfurruñada.

—Hechicera —la corrigió—. Yo conozco el lugar. Sígame.

—No creo que pueda tolerar mi respiración en su nuca, milord. Soy una molestia. Esperaré aquí, sentada en esta piedra —señaló con un dedo, caprichosa— a que sea de día y buscaré un carruaje de alquiler o un caballo.

—¿Quién mandó que saliera de la finca?

—¡Sus actividades nocturnas, por supuesto!

—¡Mis actividades nocturnas! —exclamó entre risas—. Morirá de frío esta noche. El rocío mojará su capa.

—Usted es capaz de jugar al Loo sobre mi tumba.

—Estamos perdiendo el tiempo. Es mejor que regresemos, la noche está llena de truhanes.

—Ajá, ¿cómo usted? —inquirió sarcástica.

—Puedo decirle que soy de lo mejor en truhanes. El mejor con el que se podría encontrar esta noche. Andando...

—No iré a ningún sitio con usted. —Alzó la nariz al decirlo.

—La besaré si viene —ofreció Angus. Levantó una ceja esperando una respuesta.

Con lentitud, ella dio un giro para fijarse en él. En esa penumbra muy poco distinguía, pero esperaba que aquello no se tratara de una trampa para seguir burlándose de ella. Ante la duda, pensó que sería mejor mentir.

—No me vendo por baratijas, lord Craven. Si no tiene nada que ofrecer, es mejor que se marche.

Él bufó, cansado. Sin mediar palabras, cogió a Charity desde donde ella estaba sentada y se la colocó al hombro.

—Tendré un buen dolor de espalda mañana, pero al menos sabré que está viva.

—¡Rufián! ¡No puede tratar así a una dama! —se quejó y golpeó la espalda de Angus, aunque después consideró que era mejor estar en aquel lugar tan cerca de él. Se complacería y azotaría la retaguardia del caballero—. Al menos no caminaré. Si le duele la espalda es por la edad. Es viejo y solterón.

Angus cerró los ojos y negó con la cabeza. Ella lo quería provocar y si cedía, no regresarían a la residencia.

—¿Qué tenemos aquí? Una pareja refinada —insinuó una voz extraña—. ¿Me harían el favor de entregar sus pertenencias?

Charity se esforzaba por girar la cabeza y ver a quien los intimidaba. Estaba molesta. ¿Acaso no podían dejar que Angus la atendiera?

—Bájeme, milord —ordenó, decidida.

Él le hizo caso y colocó los pies de ella en el suelo.

—Disculpe, señor villano, pero milord y yo estamos en un asunto importante —dijo Charity con aplomo—. Le ordeno que se haga a un lado para que podamos pasar.

—Milady... —la llamó Angus, avergonzado. No podían siquiera ser asaltados con tranquilidad por su causa.

El hombre le mostró el arma que sacó de su casaca.

—Posee una ligera ventaja sobre nosotros, caballero, pero insisto —exhortó la muchacha.

—La voy a amordazar, milady —dijo burlón el delincuente, mientras giraba el arma en su mano.

—No puede poner sus manos en mí, soy una bruja —advirtió. Colocó sus brazos en jarras.

Angus cerró los ojos. A ese pasó su tan irreverente acompañante terminaría con un balazo entre las cejas. Él cogió del brazo a Charity para que entendiera que no debían resistirse por el peligro que involucraba aquello.

—¿No ve que estamos en un problema, milady, o su tontería no la deja notar? —increpó.

El salteador los miraba esperando a que se rindieran para sacarles lo que poseían.

—Es usted quien no ve que la solución está en mi ridículo.

—Sí, debe entregar su ridículo, así como yo tendré que dar mi reloj, otro reloj en menos de un año.

—Póngase detrás de mí y aguarde —mandó Charity, antes de meter la mano en su ridículo. Él rodó los ojos al tiempo que la colocaba, sin ceremonias, tras su cuerpo para protegerla.

—¡Es suficiente, entreguen lo que tienen! —ordenó el malhechor siendo más violento.

—¡Espere un momento! —gruñó Angus al hombre, después se dirigió a Charity—. Disculpe, pero usted no me dará órdenes. Soy yo

quien debe dárselas. Quédese quieta, callada y obediente detrás de mí. —Ella no osó contradecir la orden. Se veía fiero.

—No creo que... —comenzó a decir la muchacha.

—Levanten las manos si no... —interrumpió el asaltante.

—¡Usted, cálese, este asunto es entre esta dama y yo! —interrumpió al forajido y después volvió a dirigirse a la muchacha—. ¿Cómo se atreve a llevarme la contraria? ¿No ve que estamos en una situación de riesgo? Es una insensata.

—¡Le advertí de mis diversiones insensatas! Es usted quien no se pone en manos de alguien que sabe lo que hace —masculló sin dejar de mirar al delincuente que se notaba muy nervioso. Para ella ese era el momento de actuar.

Charity se adelantó al conde y sacó un puñado de arena de su ridículo y se lo arrojó al forajido en el rostro, aunque falló. El delincuente se enfadó y apuntó a la joven para dispararle, pero Angus se adelantó y golpeó al malhechor con un puñetazo en la cara.

Angus la miró con disgusto.

—Estaba muy ocupada mirando al hombre para atacarlo. Siéntase afortunado, no perderá otro reloj —afirmó agitada.

Él no sabía qué responder, ni qué hacer. Estaba asombrado por la destreza y valentía que le demostró la pequeña insensata, pero también fue una tontería que le salió mal a ella.

—¿Qué? ¿Y ahora qué? —indagó mientras observaba al delincuente en el suelo tomándose del rostro.

—Correr. No pensará que ese salteador se quedará en ese sitio mucho tiempo. No sea crédulo —replicó antes de echarse a correr.

Cuando Angus comprendió lo que ella quiso decirle, la agarró de la mano y ambos corrieron. Iban apresurados y sin rumbo. Él también comenzó a despistarse con respecto a la ubicación de su residencia. Charity se soltó de su agarre y corrió más rápido.

Una vez que alcanzó a la joven, la observó, estaba agitada por esa carrera que hicieron. Ella tenía ambas manos en sus rodillas, en una posición poco femenina.

Él estaba jadeante, no podía recuperarse todavía de esa huida que tuvieron.

—¿Se da cuenta de su insensatez? —preguntó casi recobrado.

—Gracias a mi insensatez conserva su reloj.

—Descubrí que hay algo que lady Charity no puede hacer bien, y es arrojar arena en los ojos. Me ha tocado salvarla—interpeló mordaz.

—Sí, aunque otra de las cosas que no puedo hacer bien es conquistar a lord Craven —respondió con una risa nerviosa debido a la situación peligrosa acabada de suceder—. Puedo vencer a un forajido en un día bueno, pero me es imposible saltar las barreras que usted pone a mis intentos.

—Tal vez le deba un par de disculpas, pero es una insensata —musitó también enseñándole una sonrisa a Charity. Saber que ella estaba a salvo y que había sido gracias a él, le dio alas.

Reposaron un lapso de tiempo prudente en silencio. Estaban bastante alejados del bandido, aquel no se atrevería a perderse como ellos lo hicieron, supusieron.

—¿Por dónde iremos a su casa? —indagó Charity, suspirando.

—Estoy apelando a que la bruja irlandesa me guíe. Estamos perdidos.

—Qué desafortunado. Se me ha pasado el calor por la huida y la capa comienza a ser insuficiente con este frío.

—Es porque sale por las noches cuando no debería —reprochó Angus.

—¿Y qué se supone que estaría haciendo a estas horas en la cama? Mirando al techo. Para que lo sepa, no soy alguien que logra conciliar el sueño con facilidad.

—Bien, ya que estamos perdidos, es mejor caminar. La luna me dice que debemos ir por allí —señaló Angus hacia un camino despejado.

—¿Sí? Confiaré en que es un varón que sabe lo que hace.

—¿No va a contradecirme?

—Vamos, milord, después de todo ha sido un caballero de brillante armadura que me salvó —dijo ella, yendo por el camino que él propuso. Cuando escuchó que la estaba siguiendo, dio pasos más pequeños para que la alcanzara. Una vez que estuvo a su lado, Charity lo vio pese a la poca iluminación de la noche—. No pienso

restarle autoridad si es lo que piensa. Soy mujer, ¿qué le parece que puedo hacer? Usted ha sido valiente, milord.

—¡Ja! La pregunta sería, ¿qué no puede usted hacer? Mi madre ha opacado a mi padre desde que tengo memoria. Ella quiere hacer lo mismo conmigo, tomando las decisiones importantes en todo, incluyendo un casamiento para mí. ¿Sabe lo que esto me hace sentir?

—Sí —contestó para la sorpresa de Angus—. Mi madre ha hecho lo mismo con mi padre, pero sepa una cosa, los hombres ceden por intereses. Mi padre sigue queriendo un varón, entonces, deja que mi madre haga y deshaga a su antojo. No hay secretos, milord. No se queme las pestañas pensando en que lo están ultrajando. Usted no conoce a mi progenitora, es alguien que quiere cumplir sus sueños a través de mí. Siempre quiso casarse con un inglés y me ha convencido de que son lo mejor.

—¿En verdad piensa que somos lo mejor?

Ella negó con la cabeza sin dejar de mirarlo.

—No, pero me agrada usted en particular, pese a que yo no le agrade.

—Le pido una disculpa por todo lo que he dicho. Estoy confundido —confesó—. No sé lo que es estar enamorado.

—Usted solo debe dejar que yo lo enamore, o al menos enseñarle el concepto que tengo del amor.

—No sé en qué pensaba cuando dije tantas tonterías. Lo que más me agrada de usted, es su acento. He mentido, agraviado y denigrado su persona, milady, y aun así es adorable.

Ella se sonrojó aunque él no pudiera verla. Eran unas palabras muy amables las que pronunció.

Angus continuaba caminando a su lado, sonriendo por lo bajo, como bobalicón enamorado.

—¿Dónde aprendió a llevar arena en el ridículo?

—Callum. Él siempre estaba pendiente de mi seguridad. Me enseñó bastante porque me decía que era muy bonita para un irlandés a quien le faltaban los dientes —replicó sonriendo al recordarlo.

—No me diga que también le enseñó a ejecutar el pianoforte tan bien.

—Eso es gracias a la institutriz y a la perseverancia de mi madre.

—Debo confesar que la estuve escuchando a hurtadillas durante un par de días —declaró avergonzado mientras seguían andando.

—Eso me halaga mucho. Si usted me confiesa sus pequeños pecados, yo le confesaré los míos. El golpe de mi cabeza fue por estar espionando por el ojo de la cerradura de su habitación. La señora Murphy me descubrió y no me dejó ver más allá. Tuve que usar una moneda para que bajara la hinchazón por mi atrevimiento. Siento curiosidad por usted, mucha curiosidad —confesó en un susurro.

—Su perfume tan intenso y dulce la delató. Lo suponía, pero no deseaba sentirme halagado por ser inapropiado lo que hizo. Las mujeres no espían a los hombres.

—Lo sé, pero... ¿Por qué no? ¿Acaso no tenemos los mismos sentimientos y pensamientos? ¿Las mujeres no sentimos placeres?, ¿o no tenemos deseos? —preguntó mientras ya comenzaban a castañear sus dientes por el frío que le provocaba el rocío que se pegaba a su rostro.

—Me creerá un tonto, pero siempre consideré que los placeres y vicios eran solo para los caballeros. Las damas tan impolutas, no parecen desear lo mismo que los hombres.

—¿A qué clase de damas conoció usted? Tal vez al mismo tipo de caballeros con los que me encontré yo.

Hubo un silencio entre ambos. Se escuchaban las pisadas de ellos en la hierba mojada.

Mientras caminaban, la mano de Angus golpeó accidentalmente la extremidad derecha de su acompañante. Se miraron y Charity sin mediar palabras, lo cogió de la mano, a la vez que con su mano izquierda levantaba su vestido para poder caminar mejor entre la maleza.

El pecho de Charity vibraba de emoción con aquel pequeño atrevimiento, que Angus no rechazó, lo que hizo que ella considerara ser bienvenida.

—Es la cabaña de caza —anunció Angus al reconocer una pequeña construcción—. Estamos en mi propiedad, todavía lejos de

la residencia, pero es un lugar seguro.

—¿Podemos descansar un momento? Tengo los pies muy fríos...

—Abriré la puerta.

Angus tuvo que soltar la helada mano de Charity para intentar abrir la puerta. Estaba cerrada, pero la forzaría para que pudieran entrar en calor. Con una patada, logró introducirse en el sitio. Estaba más oscuro que la noche, pero buscaría algo para hacer fuego.

Charity dio unos pasos hacia aquella oscuridad casi infinita en la que se metió Angus. Escuchó que él se encontraba hurgando entre las cosas de la cabaña. Esperó unos minutos y logró ver el brillo de una lámpara que encendió con el fuego de una lata de yesca.

—Algo de fuego ayudaría. Aquí se guardan las cosas para la cacería, no hay mucho que nos ayude a pasar el frío para continuar —dijo Angus recorriendo el lugar con la lámpara.

—Hay pieles a un lado y la alfombra del suelo será suficiente.

—Está llena de polvo —justificó Angus para que no se ensuciara.

—No soy tan remilgada, milord. Tengo tanto frío que eso me permite pensar en que ensuciarme es algo secundario —musitó y se acercó a coger las pieles que podía y después se sentó en la alfombra para cubrir sus pies.

Él se acercó hasta ella y se acomodó a su lado. Colocó la lámpara cerca de ellos para que pudieran verse.

—La señora Murphy no se encuentra aquí —comentó Charity pegándose a él, casi arrinconándolo en un gesto de total audacia. No tenía nada que perder.

—Ah, sí... no está y me resulta preocupante. La estaba considerando parte de mi razón —repuso Angus, angustiado, por saberse a solas y a merced de sus deseos por la irlandesa.

—¿A qué le teme? ¿Al compromiso? Supongo que es algo que debe ocurrir en algún momento.

—Sí, pero no sé si es el momento.

—¿Y si lo averiguamos? —indagó Charity, excitada por el acercamiento.

—¿Cómo lo hacemos?

—Así... —respondió antes de arrojarse sobre Angus para besarlo. Le gustaba tanto que estaba dispuesta a demostrarle lo que

sentía de un modo que a él no le quedase la menor duda. Charity se había enamorado irremediabilmente del conde de Craven.

Capítulo 18

Pese a que no se esperaba esa reacción por parte de ella, suponía que ocurriría y en el fondo lo deseaba con desesperación. Respondió con la misma avidez de Charity a ese contacto. Tanto estuvo huyendo de eso, que no le apetecía seguir haciéndolo. Quería a esa mujer en su cama y la tendría. Bien. Era una alfombra, pero al fin y al cabo era como un lecho.

Él se impuso ante la apetencia de Charity para demostrarle que su apetito por ella era superior. Tuvo poca compasión por esa capa húmeda que ella llevaba puesta, se la quitó y la arrojó a un lado. Codicioso, abandonó los labios ardientes de su bella irlandesa y se hundió en la comisura de su cuello y clavícula. Su apetito era voraz y no conocía de reposos, aunque Charity no se quedaba atrás, ella deseaba desvestirlo a toda costa y así lo hizo con las prendas superiores de Angus.

—Me gustó mucho lo que vi por el ojo de la cerradura —confesó ladina, mientras con un dedo recorría deseosa el pecho de Angus para después, pegar sus labios a ese torso tibio y delicado que él poseía.

El sonido gutural que lanzó el conde fue porque esas palabras con aquel contacto lo enloquecieron de deseo. La excitación se podía distinguir en su mirada oscurecida por la pasión.

—¿Le gusta mucho su vestido? —indagó presuroso.

—Tengo muchos iguales.

—Es agradable saberlo.

Él no perdió el tiempo en pensar en quitarle la vestimenta de la forma en que ella se lo colocó, rompió ese vestido capa por capa hasta dejarla desnuda y dispuesta a lo que fuera. Sin vestido, no había forma de arrepentirse. Angus viajó desde el vientre de ella hasta sus pechos, jugando con aquellos turgentes frutos prohibidos. Los succionaba con tal avidez, que era capaz de tragárselos si se lo proponía.

Mientras, en el cuerpo de Charity se gestaban las sensaciones más placenteras que podía experimentar. Gemía sin parar por aquel jugueteo indecente que Angus hacía con sus senos, pero ella deseaba probar más.

—Milord... —lo interrumpió Charity, pronta.

—No me salga con que se arrepiente, no es el momento de hacerlo —gruñó quejoso por ser interrumpido.

—De ninguna manera. Necesito más...

—¿Más?

—Ahí —señaló a su entrepierna.

Angus observó el sitio donde ella le señalaba y sonrió.

—Lo sé.

Descendió lentamente lamiendo el infinito camino a la divinidad. Se aferró y se deleitó en el néctar de aquella flor, siguió hasta que sintió que el cuerpo de Charity cedía por completo a la pasión que se desbordaba. La observó acariciándose los senos hasta pegar un grito de satisfacción.

Para él aquello todavía no era suficiente, deseaba la gran tajada de placer que le esperaba al penetrarla. Se deshizo de sus botas y se apresuró para hacer lo mismo con su pantalón. Estallaría si no se precipitaba a conseguir ese infinito placer.

Sin mediar muchas palabras, Angus se colocó entre las suaves piernas de la muchacha. Se sintió delirar cuando sus intimidades se rozaron, después presionó un poco y el contacto les robó un suspiro a ambos. Se posicionó y presionó contra la entrada de Charity. Los dos estaban entre nerviosos y excitados, anticipando lo que vendría.

Cuando Angus se adentró en aquel profundo, húmedo y estrecho lugar sus ojos buscaron los de la chica y algo dentro de su pecho erosionó. Oyó un breve quejido de Charity, mas él estaba disfrutando de introducirse en el sitio al que le huyó por un buen tiempo, tanto que se detuvo para deleitar a su entrepierna antes de perderse en ansiosas embestidas. La sensación, era fascinante, todo su cuerpo temblaba de arrebató, de locura; jamás se había sentido tan impresionado por lo que una mujer le despertaba en el lecho.

Charity miraba a Angus sin perder detalles de su rostro, distinguía el placer pese a la penumbra. Ella se aferró con fuerza a la alfombra o a lo que pudiera brindarle un soporte ante los embates, tanto dolorosos como placenteros. Arqueaba su espalda buscando calmar su ardor, pero no lo conseguía. Sentía que algo en su bajo vientre quería estallar otra vez. Gimió en repetidas ocasiones hasta que tuvo el contacto de la boca hambrienta de Angus, que apenas la dejó respirar.

Aquello era el placer encarnado. La suma de las huidas, los deseos y las situaciones que se plantearon alrededor de ellos.

«¿Qué has hecho conmigo, muchacha?», pensó él sorprendido por el rastro de ternura en su corazón.

—No deje de besarme, milord —le suplicó estremecida.

Eso lo encendió más todavía, Angus dio unas fuertes embestidas antes de perder la cordura y liberarse en el centro de su bella ninfa. Exhausto y conmovido, por el soplo de devoción que lo doblegaba ante ella, cayó rendido sobre el pecho de Charity. Durante el acto, no pudo articular nada, si hablaba revelaría más de lo que estaba dispuesto a confesar en ese momento. Prefirió comprometerse con la causa placentera de hacerla perder el conocimiento a través de la lujuria.

—No sé qué ocurrirá de ahora en adelante, todo es incierto —pronunció Angus abandonando el cuerpo de ella.

—Me iré en tres días... —habló Charity, monótona. Lo que él le dijo solo significaba que no estaba dispuesto a comprometerse con ella por más que hubo relaciones carnales entre ellos.

—¿Cómo que se irá en tres días? —increpó. Miró a Charity como si aquello se tratara de una tontería—. ¿Intenta decirme que... debí soportar solo tres días más?

—Era lo mejor para usted —dijo y suspiró. Cogió unos retazos de tela que pertenecieron a su vestido y después miró que Angus asió en sus manos su levita para cubrirse el miembro—. Mi madre ha dicho que fracasé aquí. Además, la relación entre ella y la condesa viuda se ha vuelto un poco incómoda porque usted nos rechaza.

Él se quedó en silencio por unos segundos. Colocó sus manos en su rostro y se tocó la boca.

—Hoy era mi última oportunidad de conseguir al menos una atención suya que fuera pública para convencerla de que había interés de su parte, lord Craven.

—Vaya que ha conseguido mi atención —replicó con brusquedad.

Charity bajó la cabeza. No debió confesar aquello. Él parecía molesto. Era muy probable que abandonara la residencia no solo sin un compromiso, sino mancillada sin remedio. Lo disfrutó porque deseaba ese acercamiento que desde que se conocieron, Angus evitaba.

—Sí, y ha sido gratificante. Dormiré un poco —anunció antes de darle la espalda a Angus y acostarse en posición fetal. Lamentaba profundamente hundir aquel momento tan íntimo con aquello, sin embargo, él provocó lo ocurrido con su comentario que solo generaba incertidumbre.

—No mucho porque debemos partir antes de que amanezca.

—¿Cómo piensa que me iré sin un vestido? Mire cómo ha dejado el que traía.

—¡Usted lo consintió! Dijo que tenía más —masculló Angus.

—¡Pero en su residencia!

—Con más razón debemos partir pronto.

—Tendré frío. Es por eso que entramos aquí.

—Le prestaré mi camisa, será suficiente... si tuviéramos los caballos...

—¡No me hable de los caballos! —farfulló Charity, que tapó su cabeza con la capa.

—Está bien —dijo Angus que levantó ambas manos en señal de rendición.

Angus se acomodó espalda contra espalda. Estaba enfadado porque no pudo soportar solo tres días, pero ignoraba que su tortura duraría poco tiempo más. No sabía si alegrarse o lamentar desde lo profundo perder a Charity. Era un hecho: estaba obligado a casarse si ella era virgen al momento en que intimaron. No tenía muchas alternativas, más que poner en duda la honorabilidad de la muchacha, que quizá por conseguir un matrimonio, mintiera y lo acusara de aprovecharse de ella. En ese instante de su vida, podía describir lo que ocurría con una sola palabra: confusión. Aquello

solo tenía una forma de acabar y era que él y ella se casaran. Cuánto le temía a esa idea, a que esa hermosa y ardiente dama, se convirtiera en un capitán del ejército de su majestad, como lo era la actual condesa, no podría sobrevivir.

Los dientes de Charity castañeando despertaron a Angus, que se quedó dormido después de cavilar casi toda la madrugada. Ella estaba sufriendo por el frío. Debían regresar a la casa y cada quien a su habitación.

—Milady, es hora de irnos. Vístase con lo que pueda. Tenga mi camisa —ofreció Angus, entregándole su prenda para que ella tuviera algo que la cubriera bajo la capa.

—¿Llegaremos pronto a su casa? —indagó somnolienta.

—Sí, si apresuramos el paso quizá hasta saludemos a nuestras madres.

Salieron de la cabaña de caza. El sol no parecía desear asomarse aún, pero como sabían que los criados se despertaban a limpiar y elaborar panes muy temprano, debían estar en sus habitaciones.

Charity temblaba mientras caminaba, pero no deseaba acercarse a Angus, él todavía parecía enfadado con ella. No podrían tener la intimidad de tomarse la mano o que buscara el calor en aquellos brazos.

Escucharon el relinchar de un caballo cuando estaban en la pradera mojada.

—¡Es uno de los malditos caballos! —festejó Angus, colocando una sonrisa en su rostro.

Él corrió hacia el animal y tomó las riendas para acercarlo a donde estaba Charity, temblorosa.

—La ayudo a subir —habló Angus ofreciéndole la mano para que ella subiera primero.

Ella aceptó aquello, deseaba llegar temprano y no ser vista. Quería dejar de desagradar a Angus de alguna manera y suponía que el silencio era la mejor forma de hacerlo.

Él subió detrás de ella y partieron. Aquel notó que Charity estaba rígida, no recostaba su espalda en su pecho. Algo en ella cambió

por lo que le dijo, tal vez estaba enfadada, y no era para menos, ambos tenían intereses diferentes.

Cuando vieron las caballerizas, sintieron alivio. Aquel sueño, que más se asemejaba a una pesadilla, desaparecería.

Charity descendió con rapidez y se alejó de Angus. Después de echarle una última mirada, corrió para adentrarse en la casa.

Angus no llegó a despedirse de ella, la vio huir como si hubiera visto un espectro.

Al pasar la puerta de la habitación, Charity pareció aliviada. Procedió a quitarse las prendas que tenía y buscó la jofaina para limpiarse, sentía pegajosa toda su entrepierna. A medida que lo hacía notó hilos de sangre entre las telas de su viejo vestido y ella no estaba en su ciclo. Observó la prueba fehaciente de que ya no era pura y casta. ¿Debería decírselo a su madre?

Se recostó en la cama después de pensar en contar su experiencia o mantenerla en secreto. Al poco tiempo se durmió para pronto escuchar la puerta abrirse.

Era la señora Murphy, que como un sabueso, buscaba la prenda sucia de la muchacha para lavarla, pero nada estaba a su alrededor. Charity se encargó de esconder las prendas muy bien detrás del armario.

—Es hora del desayuno. Su madre pidió que bajara para acompañar a la condesa y también a ella. Ese conde tan apático, tiene muy molestas a las damas. Usted debe agradarlas —dijo la señora Murphy, que abrió las cortinas con violencia, sin tener en cuenta aquella luz que amenazaba con desaparecer a Charity.

—Quiero seguir durmiendo un poco más —replicó con un bostezo.

—Guarde los bostezos para la mesa, que eso estará aburrido.

—Señora Murphy... me ha surgido una duda... —mencionó Charity, preocupada.

—¿Usted tiene dudas? ¿Qué ha estado haciendo? Siempre se cree muy diestra para todo.

—¿Qué ocurre cuando una mujer ya no es pura?

—Eso ocurre después del matrimonio. Concebirá hijos, ¿qué hay de preocupante en eso?

—Me refiero a antes del matrimonio.

—¡Oh, vaya quitándose esa idea absurda de la cabeza! —regañó la criada—. Las damas como usted no tendrán un buen futuro, no podrán casarse con un conde, marqués, duque o cualquiera de esos aristócratas. A ese tipo de mujeres libidinosas, les espera caer con un pobre diablo. Un mozo de cuadra o... algún bandido, no tiene oportunidades de continuar en su círculo. Serán una carga para su familia, un estigma terrible. Le sugiero que se mantenga al margen de ese conde que es el dueño de todo esto, es un sinvergüenza y también un seductor.

—Es todo menos seductor —se quejó Charity.

—Por una vez en su vida, tome algo en serio. Su reputación, si quiere casarse con un inglés es importante. No está en Irlanda donde usted se comportaba de manera impropia con ese Callum O'Brien y que su padre lo consentía. Su madre no se irá de Inglaterra sin que consiga un compromiso con un inglés. Me dijo que en pocos días regresaremos a Londres, y que allí aguardaremos hasta la siguiente temporada.

—Lo sé. Gracias, señora Murphy.

—¿Está usted bien?

—Sí, por supuesto. Páseme un vestido para ir a desayunar.

Charity se dejó vestir mientras pensaba en lo que ocurriría con su vida después de la probable tontería que cometió.

Una vez que estuvo en el comedor, se sentó junto a las damas para escucharlas, pero estaba perdida en sus pensamientos. Respondía con sonrisas nerviosas, o monosílabos. No sabía si Angus bajaría a desayunar.

—¿Y Angus no bajará? —preguntó la condesa al mayordomo.

—Milord sigue durmiendo y no le apetece abandonar sus aposentos —comunicó el hombre del servicio.

Isobel miró de reojo a su hija para que se diera cuenta de que nada había cambiado con el conde de Craven, seguía ajeno a la presencia de ellas en la casa.

Elizabeth por su parte, sonrió. Quería sofocar ese ambiente de tensión que se respiraba a causa de Angus.

Tanto Charity como Angus estaban en medio de los intereses de sus progenitoras. Sentía la presión que ejercían ambas en ellos. Comprendía los temores de él y se solidarizaba con su sufrimiento porque ella vivía de la misma manera.

—Tomaré un caballo para montar por la propiedad, lo poco que he conocido de ella es admirable —dijo Charity para salir de aquel incómodo momento en que terminó sumiéndolas el mayordomo.

—Ve, querida, yo conversaré con la condesa —aprobó su madre.

Ella asintió y se retiró unos pasos. Quería escuchar lo que tenían que decir.

—Elizabeth, he de decirle que haré lo mejor para Charity. La duquesa viuda no estuvo acertada al proponer a su hijo. Merece buscar a otro caballero —pronunció Isobel con seriedad.

—Comprendo la frustración que puede llegar a causar Angus. Es caprichoso. Comienzo a pensar que ni la sugerencia de Augusta dará sus frutos. Su hija hizo lo posible por simpatizar con mi hijo, no es culpa de ella que él sea tan reacio al matrimonio.

—Sabía que usted lo comprendería. Una dama no puede perder su tiempo con algo que no ocurrirá y Charity está próxima a quedar solterona si no hago algo. No quiero que se case con un irlandés.

—Es cierto, es difícil encontrar a un hombre que nos dé todo y nos proteja. Hemos tenido mucha suerte. Al menos yo la tuve con un inglés.

—No puedo quejarme de mi esposo irlandés. Sí, es cascarrabias, pero me consiente y lograré que me tenga en su más alta estima cuando sepa que estoy esperando otro hijo —sonrió Isobel al contarle.

Elizabeth no dudó en felicitarla y le deseó que aquel fuera el esperado varón del conde de Donoughmore.

Charity se quedó recostada en una de las paredes después de escuchar sobre la gravidez de su madre. No sabía si alegrarse o entristecerse. Sabía cuánto su padre adoraría esa noticia y no dudaría en presentarse para llevarla a Irlanda y consentir a su progenitora de una manera grosera. Regalos caros, joyas, caballos, un carruaje nuevo y una mansión más grande, eran las cosas que

muy probablemente el conde de Donoughmore pensaría para agasajar a su esposa.

—Mi madre va a tener otro hijo y yo no he podido siquiera comprometerme —se dijo, desganada. Salió de la residencia con el corazón encogido. A su madre lo único que le salía mal era la hija que no alcanzaba a casarse. Lo más probable sería que quisiera deshacerse de ella como si se tratara de un problema para poder dedicarse a pensar en el futuro conde o una nueva frustración en camino.

Le entregaron un caballo de las caballerizas y tuvo el atrevimiento de preguntar por otra de las monturas. El mozo de cuadra le dijo que el animal regresó por la mañana a su lugar. Se sintió aliviada al sopesar que no tendría que pagar el caballo que; según Angus, valía más que ella.

Angus despertó a la hora del almuerzo. Estaba exhausto por haber pasado la noche y madrugada vagando por el campo acompañado por la mujer más tentadora. Pudo llevársela a la cama y lo hizo con desmesurada pasión, aunque echó a perder ese momento con un simple y no pensado comentario. Su intención no era ofenderla, más se trataba de halagarla por medio de una manera peculiar. Eso se debía a su falta de práctica con las damas por andar en otras actividades que no lo ayudaron a prosperar en una conquista.

Se arregló para almorzar con las mujeres. Estaba listo para mirar a Charity al rostro. Cuando se acercó a la mesa, ella no se encontraba.

—Buenas tardes —saludó Angus para preceder la mesa.

—Buenas tardes, hijo mío. Es un placer que nos deleites con tu presencia. Eres tan poco visto como su majestad —indicó su madre, punzante.

La madre de Charity hizo un gesto de cabeza para no ser tan desagradable como Elizabeth.

—Lady Donoughmore, ¿y milady no va a comer con nosotros? —preguntó fingiendo distracción con una servilleta.

—Ella salió a dar un paseo después del desayuno y aún no ha vuelto. Le agrada pasear, podría pasar un día entero haciéndolo. No tendrá ni hambre, ni sed. Tal como usted.

Aquella respuesta un tanto ponzoñosa, le hizo comprender que estaban molestas con él. Le preocupaba que Charity estuviera vagando por el campo. La primera vez en la que fue, una rama la golpeó en su cabalgata y la segunda, la noche anterior, se perdió. Nada bueno podía acarrear una muchacha que estaba descontenta.

Cuando dejaron de tintinear los cubiertos, él se disculpó con sus acompañantes y se retiró hacia las caballerizas para ir y buscar a Charity, quien quizá estuviera en un aprieto. Se encaminó por donde el mozo le dijo que ella desapareció. Se introdujo en sus tierras hasta llegar a un arroyo. Vio a su caballo pastando en las orillas y a su jinete sentada en una piedra, rayando con un palillo la arena.

—Hace frío, sus mejillas se quemarán —habló Angus para llamar la atención de la muchacha.

Al escuchar esa voz, Charity sintió que su pecho palpitaba con fuerza. El palillo que tenía en su mano se le resbaló, aunque lo volvió a coger con rapidez.

—Buenas tardes, milord. Ha tenido más suerte que yo. La señora Murphy es estricta con mis horas de sueño. ¿Cayó en desgracia y por eso llegó hasta mí?

—En realidad me he preocupado porque es usted mal jinete y se pierde con facilidad, es lo que me trajo aquí.

—Lo salvé de perder su reloj, puedo defenderme sola.

—Yo golpeé al bandido, recuérdelo porque si no lo hubiese hecho usted estaría muerta. ¿Es necesario que me humille con sus habilidades, milady?

—Más de lo que me ha humillado usted con su grosería, es imposible de superar. Me iré de su casa. Partiremos en unos días y no volverá a saber de mí —dijo Charity pasando a su lado para ir a tomar las riendas del caballo, sin embargo, sintió que él la agarraba por la muñeca.

—Dígame, lady Charity Hely-Hutchinson, orgullosa irlandesa, ¿pretende venir a Inglaterra, enamorar a un inglés y después desaparecer?

—Hubiera deseado enamorarlo, lord Craven —lamentó acercándose a él para enfrentarlo.

—Usted no sabe lo que ocurre en mi mente. Ni yo mismo lo comprendo. Le ruego que no se vaya, haré lo que pueda por conocerla mejor —confesó. Él creyó que la voz le temblaba y que el ruido de su saliva al pasar por su garganta hacía eco en sus oídos. ¿Qué estaba haciendo? Invitaba al demonio para pactar con él.

Charity quedó sorprendida. No podía cerrar la boca. Él deseaba que se quedara, no todo estaba perdido.

—Tendría que convencer a mi madre de que nos quedemos. Usted debe demostrar interés por mí.

—Podríamos llegar juntos. Usted puede tocar el pianoforte o leer para nosotros esta noche. Su acento es encantador y me encantaría escucharlo...

—Suena muy divertido —aceptó sonrojada.

Él soltó la muñeca de Charity, pero ella se aferró a la mano de Angus. Pese a que ambos tenían guantes, podían sentir la calidez del otro.

Se quedaron un par de minutos observando el frío arroyo antes de regresar a donde estaban las mujeres más manipuladoras que Inglaterra tuvo el gusto de tener.

Elizabeth albergaba esperanzas en su corazón para su hijo y la invitada. Estaba pendiente de esa salida que su hijo hizo después del almuerzo.

—¡Mis ojos me engañan! —exclamó la condesa de Craven, que estaba mirando por la ventana. Angus y Charity regresaban juntos.

—A nuestra edad cualquier cosa es posible —justificó Isobel con su bordado en la mano.

—¡Angus viene muy pegado a su hija, ambos muy sonrientes!

Aquella información llamó la atención de Isobel. Se levantó del cómodo sillón y abandonó su bordado a un costado.

—Considero que no partirán de la casa —dijo Elizabeth que tocó el antebrazo de Isobel.

Isobel aún mantenía las dudas sobre Angus, pues demostró interés por ella desde que la conoció, sin embargo, no era suficiente para asegurar un probable matrimonio entre ellos.

Angus y Charity ingresaron a la residencia con tranquilidad.

—Milady y yo pasearemos los días en que el clima lo permita — anunció Angus, mirando a Charity que estaba junto a él.

—Milord fue muy amable al pensar que me perdí o que algo me ocurrió en el bosque y vino a rescatarme. Sabe que soy de buen comer y soy incapaz de perderme un almuerzo —justificó Charity con una mirada cómplice.

—Me alegra, queridos míos. Esta noche, Isobel y yo prepararemos algo digno de los jóvenes, para que no se aburran con nuestra simple compañía —musitó la condesa de Craven.

Ellos no sabían qué esperar. Solo deseaban poder pasar el mayor tiempo juntos, en un extraño y silencioso acuerdo entre Charity y Angus.

Pasaron casi dos meses desde que Charity y su madre pisaran la residencia del conde de Craven en Warwickshire, y la relación entre ambos jóvenes se había estrechado de una manera inesperada.

Esperaban que las sombras fueran cómplices de los encuentros furtivos que compartían. Angus no le habló a Charity sobre algún compromiso y ella tampoco insistió en que debían casarse. Estaba segura de que llegaría cuando fuese necesario, aunque su paciencia se agotaba.

Charity no habló sobre sus temores de ser utilizada por Angus para su placer. No quería destruir aquellos hermosos momentos que pasaban, pese a que en ella el amor no dejaba de florecer y de tener esperanzas de ser correspondido.

—La encontré, mi escurridiza lady —dijo Angus, que asustó a Charity en el pasillo.

—Oh, milord, ¿a estas cosas dedica su tiempo libre? —Lo reprendió por el susto que le dio.

—Depende de a qué se refiere con dedicar mi tiempo.

—A asustar a damas inocentes en el pasillo.

—Pero sabía que yo la estaba esperando.

—Sí, pero ahora prefiero ir a beber el té.

—¿En verdad me rechazará por una taza de té? —interpeló sorprendido.

—Sí. Té y scones con crema.

—Le ofrezco el té con los scones y un beso para que venga conmigo.

—¿Un beso? He probado más que un beso, no resulta tentador, milord —añadió antes de desear continuar con su camino.

—¡Espere! ¿Quiere que pase la noche con usted? Con gusto lo haré —se ofreció colocándose frente a ella.

—No. No quiero que pase la noche conmigo...

—¿Entonces? —se exaltó.

—¿Cuándo me pedirá matrimonio? He sido paciente, más de lo que pensé que sería capaz.

Angus se quedó patidifuso. ¿Qué haría? Adoraba a Charity, pero sentía que ella se estaba apropiando de él. Era perfecto como llevaban aquellos encuentros, llenos de emoción al saber que debían esconderse y eso resultaba muy excitante; al menos para él. No deseaba perder lo que tenía con esa muchacha, aunque debía considerar la idea del matrimonio para la primavera.

—Quizá si logra responderme algo... pueda darle lo que busca.

—¿Qué pregunta sería esa, lord Craven? No hay nada que se me pueda escapar.

—¿Era usted virgen cuando intimamos en la cabaña de caza? —preguntó dándole un tono serio.

—¿Eso importa cuando los dos nos queremos? Bueno, al menos yo lo quiero. ¿Es eso algo que lo ayudará a tomar la decisión de casarse conmigo? —dijo incrédula. Se negó a ofenderse por la acusación, entre otras cosas porque ella había jugado a un juego muy peligroso con él desde que lo conoció.

Él gimió al ver su descontento.

—No lo tome a mal, pero es algo importante para contraer matrimonio. Una mujer sin reputación...

—No vale nada en Inglaterra —completó Charity. Acompañó su frase con una sonrisa triste y una reverencia. Se alejó de él para ir

junto a su madre y la condesa de Craven para beber el té.

Durante ese trayecto, colocó sus brazos alrededor de su estómago, como si ella hubiera recibido un golpe que la dejó sin aliento. Le ofendió profundamente lo que le dijo Angus. ¿No vio la sangre en sus prendas? Parecía que habían degollado a un venado. Sin embargo, no lo podía culpar. Ella era quien tenía esa prueba con lo poco que pudo rescatar de su vestido roto. Además, haber tratado de seducirlo desde que lo conoció tampoco hablaba demasiado bien, pero a estas alturas de la historia ella había esperado más confianza por parte de él.

Él se quedó en el pasillo, pensativo. De nuevo pudo notar la tristeza y el enojo en los ojos de su querida Charity. Tan solo debía aceptar lo inevitable. Pedirla en matrimonio.

—¡Milady! —la llamó corriendo tras ella para bajar las escaleras. Al llegar hasta el último escalón pudo ver que estaba quieta. Se colocó junto a Charity, que tenía la mirada fija en la entrada—. ¿Qué ocurre?

—Callum... —Fue lo que dijo antes de desvanecerse en las escaleras.

Capítulo 19

Angus se apresuró para coger a Charity y colocarla en su regazo.

—Milady... —mencionó la voz de un hombre que apareció en la puerta. El recién llegado era alto, rubio y robusto. Tenía los ojos como el color del cielo reflejado en las aguas del mar.

Ese extraño se acercó hasta donde Angus estaba con ella.

—¿Qué ha pasado, Charity? —exclamó otro caballero de considerable altura. Por el parecido, Angus concluyó que aquel era el conde de Donoughmore, el padre.

—¿Quiénes son ustedes? —indagó Angus, desconcertado por esas personas en la entrada de su casa.

—Soy el conde de Donoughmore y la joven que usted tiene en brazos es mi hija —aludió el canoso y elegante caballero.

—Mi nombre es Callum O'Brien, y soy el prometido de la dama —se presentó Callum, decidido a quitar a quien fuera de su camino para tener a Charity.

A Angus se le hacía difícil comprender la información que sus oídos recabaron. ¿El dichoso Callum estaba vivo? ¿Charity le mintió sobre la supuesta muerte del joven apuesto que se encontraba en su salón esperando quedarse con las atenciones de ella?

—Llevaré a milady a la habitación. Necesita reposar. El mayordomo los guiará al sitio donde se encuentra mi madre y lady Donoughmore.

—Iré con usted —dijo Callum, levantándose para seguirlo.

—Le avisaré cuando pueda pasar para ver a la dama, señor O'Brien. La señora Murphy se ocupará de ella —declaró Angus antes de llevarse a Charity en brazos.

Conocía a la perfección esa habitación, pues visitaba a la muchacha para tener intimidad. Cuando pasó la puerta con ella colgando como un cuerpo inerte y la colocó en la cama, se alejó para observarla. Se deslizó lentamente por el dosel. Sentía confusión, ira y temor. Aquellos sentimientos se conjuraban para

darle la terrible sensación de inseguridad que le calaba hasta los huesos en ese instante.

Se acercó a Charity y le acarició el rostro. Era imposible que aquella dama fuera capaz de mentirle. Era sincera. No la concebía como una mujer jugando a con quién se quedaría. Debía existir una explicación.

La presencia de la señora Murphy interrumpió sus caricias a la inconsciente muchacha.

—Con permiso, milord, atenderé a milady —habló la señora que con eso que dijo, quiso expulsarlo.

—Antes que nada... ¿ese caballero O'Brien...?

—No sé lo que ocurre, pero me alegra que él volviera de la muerte por milady. Usted no está siquiera cerca de merecer su afecto. Váyase para que pueda despertarla.

—Eso lo veremos —dijo él con los dientes apretados.

Él salió y no por obediencia, sino que deseaba saber más sobre su sorpresivo visitante. Sabía que para nada era del agrado de aquella vieja mujer. Ambos debían tolerarse. Fue hasta el salón para conocer más sobre Callum O'Brien.

La señora Murphy buscó unas sales y las pasó por la nariz de Charity para despertarla. Después de un par de vueltas de las sales, ella pudo abrir los ojos.

—¿Se encuentra bien, milady? —preguntó su acompañante.

—No. Tuve una vivida alucinación con Callum.

—El señor O'Brien no es una alucinación. No pensé que me alegraría tanto al saber que él sigue con vida. Lo que más feliz me hace es que ha venido a por usted. Ese lord petulante me tiene de muy mal humor. Siempre la espera en los pasillos y la espía como un buitre.

—Callum no puede estar vivo. Murió en el mar, rumbo a América —musitó. Seguía incrédula sobre lo que la señora Murphy le decía. Llevaba tiempo creyendo eso, no podía ser posible que después de años estuviera en Inglaterra, en casa del caballero que ella pretendía que fuera su esposo.

—Es mejor que baje a despejar las dudas que tiene. Aunque primero beberá un té que le traeré. No quiero que desfallezca...

—Y las masas, no las olvides. —Cuando los nervios la molestaban necesitaba comer. El buen apetito de Charity no desaparecía ni con un muerto viviente a punto de echar a perder su esperado compromiso con un conde inglés.

La señora Murphy fue en busca del té mientras ella se quedó a la espera de lo inesperado.

Después de que la mujer regresó, Charity descendió por los escalones donde quedó desvanecida. Cuando llegó al salón, pudo percibir el ambiente hosco que se vivía en la estancia. Angus desvió los ojos al verla llegar. Para ella, la actitud de él se sintió como un fuerte bofetón. «¿Qué estaba pensando?», se preguntó.

—Milady... —La voz de Callum interrumpió sus cavilaciones y por unos instantes desvió sus ojos de Angus para posarlos en el muchacho que estaba colocándose frente a ella.

—¿No está muerto, señor O'Brien? —interpeló con sus ojos azules, agrandados.

—¿No lo está viendo, milady? —replicó Angus, molesto, casi ofendido.

Lady Elizabeth, apretó el brazo de su hijo para que no mostrara su pésimo humor.

—El barco se hundió, pero pude sobrevivir y llegar hasta América y he traído la fortuna que conseguí para que pudiéramos casarnos, milady. Anhelaba regresar por usted —confesó Callum, que asió la mano de Charity y se la llevó a la boca.

—Con permiso —se despidió Angus. Aquello era más de lo que podía tolerar.

—Yo... —dijo Charity deseando ir tras Angus.

—Mi querida niña tiene que descansar. Ha sido mucha la sorpresa, señor O'Brien —refirió lady Donoughmore que colocó ambas manos en los hombros de su hija.

—Es cierto, querida Charity —alegó su padre—. Ve a tu habitación. El señor O'Brien y yo buscaremos un hospedaje para quedarnos hasta regresar a Irlanda.

—Oh, milord, le ruego que se quede en nuestra residencia. Mi hijo y yo estaríamos encantados de hospedarlos aquí —interrumpió la condesa viuda.

Isobel llevó a Charity a su habitación. El conde de Donoughmore las acompañó unos pasos atrás.

—¿Cómo trajiste a ese joven aquí, Brendan? —increpó Isobel a su esposo.

—Él llegó hasta el castillo de Donoughmore esperando pedir la mano de nuestra hija. Sin embargo, le dije que ella estaba aquí buscando esposo —replicó—. Ha traído mucho dinero de América y es irlandés. Es un buen partido. Le dará una mejor vida de lo que puede darle el dueño de esta casa. El conde de Craven es más antipático de lo que esperaba. No quiero que mi hija se case con él. Según tus cartas, Isobel, este inglés no ha hecho otra cosa que humillar a Charity, ¿a las inglesas les gustan esas cosas? Porque yo nunca te he tratado de esa manera, cariño.

—Oh, Brendan, tú solo eres la excepción en Irlanda. Quiero que Charity sea una condesa. Este hombre no tardaría en pedirle matrimonio, pero con el señor O'Brien aquí, no puedo esperar que continúe queriendo casarse.

—¡Pero si no ha querido casarse con ella desde un principio, mujer inglesa fatua!

—¿Así te refieres a tu amada esposa y madre de tus hijos? —increpó Isobel, fingiendo tristeza.

—No, no, no, querida, disculpa mi torpeza —se excusó el conde de Donoughmore con presteza.

—Quiero que mi hija sea condesa...

—Quiero que Charity se case con el señor O'Brien...

—¿Alguien va a preguntarme sobre lo que yo deseo? —espetó Charity mientras sus padres discutían frente a ella, ignorando sus pesares.

Ella abandonó sus aposentos y fue hacia donde su corazón le exigía, que era a la habitación de Angus. Se quedó frente a esa puerta y golpeó un par de veces. Tragó saliva esperando que alguien abriera. Se recostó en la gruesa madera para escuchar si él se encontraba.

En efecto, Angus estaba dentro, sentado. Ese toque era de ella, golpeaba la misma cantidad de veces en que él lo hacía en la puerta de su habitación. Era un código secreto entre ellos.

—Milord, ábrame. Necesito hablar con usted —pidió Charity, esperando una respuesta.

—Su prometido la espera en el salón —gruñó, disgustado.

—¡No es mi prometido! —exclamó en su defensa.

—No fue lo que dijo él. Váyase.

—¿De nuevo mendigando en la puerta, milady? —reclamó la señora Murphy, que la descubrió otra vez.

—No, pero es que...

—Venga conmigo. Si no le abre la puerta, es porque no quiere hacerlo. En la planta inferior se encuentra un caballero que la adora. Imagine sobrevivir a la muerte para solo buscarla a usted. Debería sentirse halagada y no correr tras este rufián.

Aquella mujer la llevaba casi a rastras para devolverla junto a sus padres. Ellos no se habían inmutado cuando dejó la habitación. Charity quedó aislada por voluntad propia. Observó por la ventana que del carruaje de su padre, bajaban baúles.

—Charity querida... —habló su madre, acercándose a ella—. Tu padre está instalado al igual que el señor O'Brien en las habitaciones del ala donde se encuentra el conde de Craven.

—Se ha complicado todo, madre. Cuando por fin creí que ya había enamorado al conde, ocurre esto. ¡Estoy feliz de que Callum esté con vida, no me malentienda! Sin embargo, no estoy entusiasmada con un probable matrimonio con él.

—Tu padre, tan testarudo e irlandés —dijo con cierto desdén—, me persuadió de que lo correcto era regresar a Londres. No podemos quedarnos aquí habiendo dos jóvenes solteros y solo una dama casadera. Pese a que lord Craven ha demostrado interés por ti en estas semanas, debo coincidir con mi esposo: no parece que vaya a dar el paso, cariño.

—Es porque no lo conocen como yo. Él y yo somos tan parecidos y a la vez opuestos. Es encantador cuando lo desea y...

—No es suficiente para tu padre. Lo desaprobó en cuanto le echó una mirada.

—Pero si él es lo que yo quiero —protestó.

—Tú estás muy lejos de ser lo que él anhela, querida. Para no depreciar la hospitalidad de mi estimada amiga, nos quedaremos

unos pocos días más, pero regresaremos a Londres. El señor O'Brien desea hacer algunas diligencias y cumplir favores que le pidieron en América.

—No quiero irme.

—No es algo en lo que podamos opinar. Fracasaste como yo, y quizá de una manera más estrepitosa. Ninguna de las dos fue capaz de enamorar a un lord inglés. Prepárate para la cena, Charity.

Angus otra vez se sentía preso en su residencia. No bajaría a ninguna comida hasta que se retiraran aquellos irlandeses de su propiedad.

—Angus —lo llamó su madre, ingresando a la habitación donde estaba recluido—. He invitado al conde de Donoughmore y al señor O'Brien a quedarse en casa.

—¿Qué hizo? No puedo creerlo. No quiero al tal señor O'Brien compartiendo mi techo con ella. ¡Es mi casa y ha pasado sobre mi autoridad otra vez, madre! —recriminó.

—No podía dejar que diéramos una mala imagen. Tú ya hiciste suficiente para dejarnos en mala posición, Angus. Aprende a convivir con otros caballeros, ya tuviste suficiente atención. Supongo que lady Charity preferirá que un devoto admirador se arroje a sus pies como una alfombra. La tuviste por un tiempo prudente para hacer una propuesta. No puedes quejarte de tu mala fortuna —aguijoneó la condesa, maliciosa.

—Sobre mi cadáver, la estancia de ese caballero será agradable en mi casa. Haré lo posible para que todos regresen a donde pertenecen.

—¿Incluyendo a la muchacha?

—Incluyéndola —contestó bufando.

Para el momento de la cena, Angus se arregló para bajar, cuando abrió la puerta, también vio salir al atractivo irlandés que pretendía a Charity. Entrecerró la puerta hasta asegurarse de que se había adelantado. No deseaba compartir el pasillo con aquel.

Después se dispuso a irse. El invitado no deseado debía estar llegando al salón, pero sus suposiciones no fueron correctas. Ese

caballero atrapó al objeto de deseo de ambos: a Charity. Se quedó un poco más atrás para que no lo vieran y pudiera escuchar lo que ellos podrían eventualmente decirse.

—Buenas noches, milady —saludó Callum con una reverencia.

Charity se asustó al encontrar a Callum mientras esperaba a Angus. No consideró que fuera muy puntual para la cena, pues en sus antiguos encuentros le resultaba difícil llegar a tiempo.

—Señor O'Brien...

—¿Bajaré conmigo o espera a alguien más? Especulo que el conde de Craven bajó hace tiempo. Como anfitrión, debería estar primero.

—No conoce a lord Craven. Es un poco quisquilloso. Le agrada no asistir o hacerse esperar mucho —dijo Charity que, al recordar cómo se comportaba Angus, dejó florecer una sonrisa en su rostro.

—¿Él es la razón por la que me tratas diferente? —la tuteó Callum—. Me has ignorado desde que llegué.

—¿Y qué esperabas? Fueron años. ¿Qué pensarías si un muerto se apareciera frente a ti? Es lo que me ocurre. Estoy contrariada.

—La ilusión de regresar a ti, mi amada, me mantuvo con vida esos días en que parecieron ser los últimos —musitó. Se acercó a Charity para besarla.

Angus escuchaba todo lo que ellos decían. Cuando notó que Callum se movió hacia ella y le levantó el mentón a Charity, su pecho parecía a punto de estallar. Un extraño calor le subió hasta la cabeza.

—No es adecuado que estén en un pasillo a solas aunque sean prometidos —advirtió Angus, que apareció por detrás de Callum.

El irlandés se alejó un poco de Charity y reverenció a Angus.

—El señor O'Brien y yo no estamos prometidos, milord —esclareció Charity, nerviosa por lo que Angus pudo ver y pensar sobre ellos.

—No es lo que me dijo el señor horas atrás —corrigió.

—No estamos prometidos, pero casi lo estuvimos en Irlanda. Continuaremos donde nos quedamos. Milady es una dama exigente. No se conforma con solo palabras —se atrevió a decirle a su rival,

pues Callum había escuchado rumores sobre la reticencia del conde.

—Como cualquier mujer. Vayamos al comedor —mandó Angus, sin perder de vista a Charity.

A ella le urgía hablar sobre lo que acontecía, pero Angus no le daba una oportunidad para que estuvieran solos.

En la mesa, durante la cena, la atención de los asistentes estaba centrada en la historia de supervivencia de Callum y de sus motivos para despertar cada día y trabajar en las minas de América.

Angus pidió muchas veces que le sirvieran vino. Estaba cansado de que todo girara en torno al recién llegado. Charity era la única que parecía compartir su incomodidad. Se miraban esperando algo el uno del otro, pero tenían mucha compañía para tener la intimidad necesaria. Él no se retiraría de esa mesa, ni de donde estuviera Charity hasta que ella decidiera irse a dormir. Si se dejaba llevar por sus caprichos y regresaba a su habitación, dejaría a la muchacha a merced de Callum, y esa no era su intención. A Angus se le hacía difícil no recordar todo lo que Charity le contó sobre el dichoso muerto. Cuando se lo contó, en aquel rostro angelical podía notarse la añoranza por tiempos pasados. ¿Por qué ocurría aquello justo cuando decidió ponerle fin a su soltería?

Al acabar la cena, las damas le insistieron a Charity para que tocara una pieza en el pianoforte. Ella no deseaba nada de eso, solo desaparecer e ir a encontrarse con Angus como antes lo hacían.

Mientras la joven estaba frente al pianoforte, Callum se acercó y le sonrió.

—Ha mejorado. La última vez que la vi, me dijo que no era tan talentosa. Sus dedos son magníficos, creados para apasionar no solo con la música, sino también con una caricia —recitó solo para ella sin que nadie lo escuchase.

A ella se le subieron los colores al rostro, al igual que a Angus que estaba cerca y sí lo oyó. Para ese entonces, la cabeza de Angus era una maraña de suposiciones, entre ellas, que a aquel también Charity le hizo sentir placer. No la podía siquiera imaginar bajo aquel hombre, gimiendo como lo hacía con él. Sentía unas

palpitaciones que lo terminaban agitando. Se sirvió el brandi demasiadas veces para contarlas y eso no lo ayudaba a mantener su tan agobiada cordura. ¿Tanto cambió su vida al terminar la temporada? De ser un jugador empedernido, pasó a ser un apasionado amante al borde de perder a la mujer de sus pesadillas.

—Señor O’Brien... —dijo Charity, fastidiada.

—No pude olvidar esa tarde entre las hojas del bosque —continuó.

Charity perdió la sincronía y un golpe desatinó su melódica ejecución.

—Estoy cansada. Me iré a dormir —declaró sobresaltando a los demás que estaban conversando.

Los caballeros la despidieron con una reverencia, incluyendo a Angus.

Ella miró al conde, esperando que él comprendiera que deseaba su presencia lo más pronto posible. Ese cruce de miradas era clave para ambos.

Angus se dio por aludido y la seguiría después de un momento.

—Lord Craven, agradezco su hospitalidad por estos días en los que estaremos en su casa —musitó Callum, que se sirvió de la botella de brandi que estaba junto a Angus.

—No hace falta agradecer nada—respondió indiferente a Callum, aunque sí enojado porque estaba bebiendo su mejor licor.

—No voy a darme por vencido —advirtió el joven de ojos de color aguamarina.

—¿Con respecto a qué? No lo comprendo —se hizo el despistado.

—Charity.

—Oh, sí, milady.

—Ella vino hasta aquí con la esperanza de encontrar un esposo por capricho de la condesa de Donoughmore. Charity no deseaba un esposo inglés, solo estaba siendo forzada por su madre. El conde me dijo que mi amada fracasó con usted, y le agradezco que no esté interesado en ella.

—No es la única que fue forzada en este asunto. Buenas noches, señor O’Brien, que disfrute del brandi. No deje una sola gota —se

despidió Angus.

Hizo una reverencia a todos y se despidió amablemente. Su madre se encargaría de atender a sus invitados.

Cuando subió las escaleras, Charity lo cogió del brazo. Él se dejó llevar por ella.

—Debemos hablar, milord —ordenó la joven. No le dio tiempo de replicar, lo impulsó para llevarlo a la habitación.

Charity abrió la puerta de su dormitorio y dejó a Angus durante un minuto hasta agarrar una lámpara que daba luz al sitio.

Él la distinguió rebuscándose en la parte trasera del armario. De aquel lugar quitó unas telas.

—Son para usted —dijo Charity, que se acercó y le extendió los restos para que los tomara—. Este fue mi vestido de nuestra noche en su cabaña de caza.

—¿De qué me sirve este pedazo de tela?

—Eso responderá a su pregunta. —Angus no miró lo que ella había puesto en su mano. Estaba concentrado en esos preciosos ojos azules.

—El tal Callum...

—Callum se ha quedado en el tiempo. No es lo mismo. No soy la misma niña que él conoció.

—¿Usted todavía lo quiere?

—Lo aprecio mucho por lo que me ha dado. Sus consejos y enseñanzas han sido valiosos.

—Cuando usted habla de él, se le ilumina el rostro. Casi todo lo que sabe es gracias a él, no estoy seguro de que...

—¿De qué? —interrumpió angustiada.

—De que no lo ame.

—Eso lo decidiré yo. Estoy a una palabra suya de tomar las riendas de mi destino. Si me desea como esposa, aquí estoy.

Él soltó la tela que ella le entregó y se apoderó de la boca de Charity. Deseaba perderse en aquel contacto desesperado que los unía. Ambos parecían olvidarse de respirar cuando sus labios se juntaban.

—¡Siempre debo presenciar estas cosas! —exclamó la señora Murphy con los brazos cruzados bajo el pecho, sorprendiéndolos en

ese instante.

—No será útil que diga que no me ha visto —mencionó Angus.

—Se lo contaré al conde de Donoughmore y sepa que usted no le cae en gracia. Ha dicho que es más despreciable que en las cartas que le envió la condesa —pronunció exaltada la mujer.

—Discúlpese, señora Murphy —mandó Charity.

—Que me aspen si lo hago. Él no me paga. Le debo obediencia y respeto a mi patrón, y ese no es este caballero. Yo debo protegerla a usted. —Esa frase refrenó la ira que el conde comenzaba a sentir. No estaba dispuesto a que una irlandesa al servicio de Charity le hablase así, hasta que recordó que lo que movía a la señora era el amor y protección que sentía por la mujer que él acababa de besar.

—Qué vergüenza. Sepa que la señora Murphy en ocasiones dice mentiras —se disculpó Charity.

—¡Oh, milady, es usted la mentirosa! —dijo la mujer.

—Me retiro para que la señora no siga poniéndose en evidencia —farfulló Angus. No estaba de humor para poner en su sitio a esa criada.

La señora Murphy cerró la puerta y miró a Charity para reprochar sus andanzas. Después miró la tela que estaba en el suelo.

—Es su vestido que desapareció, y yo pensando que lo perdí en un lavado —argumentó molesta la mujer. Cogió ese resto y se fijó en las secreciones endurecidas por la tela—. Hay sangre... ¡No me diga!

—¿Decirle qué? —indagó tragando saliva antes de hacerse la desentendida.

—Qué he fallado como su cuidadora —lamentó la mujer. Aquella puso la mano sobre su boca y sollozó.

—No se lo diga a nadie —confesó Charity, asustada. La había descubierto.

—¡Oh! Esto debe saberlo su padre. ¿Ahora qué será de usted?

—¡Acabo de pedirle que no se lo dijera! —se exaltó Charity.

—Lo siento, milady.

—¡Señora Murphy, le pedí que no dijera nada! ¡Le pagaré por su silencio!

—No, mis convicciones no se compran, milady —declaró aquella, saliendo de la habitación.

—¡Señora Murphy! —chilló.

Era incierto el destino que le esperaba por entregarse a un hombre que no parecía responder por ella. Si su padre supiera lo que había hecho, ella debía obedecer sus designios.

La mujer, entre sollozos, se acercó al salón. Escondió la tela tras su espalda y miró al conde de Donoughmore.

—Disculpe la intromisión, milord, debo comunicarle algo muy delicado —anunció.

—Señora Murphy, venga conmigo —pidió el conde, que abandonó la conversación que estaba teniendo con su esposa, Callum y la condesa viuda.

Brendan caminó hacia un lugar alejado y bajó la cabeza para escuchar a su criada. Aquella simplemente le pasó el despojo de vestido que tenía entre manos.

—Merezco que me despida, lord Donoughmore —confesó entre lágrimas.

—No la entiendo, señora Murphy. Hable con claridad —exigió el preocupado caballero.

—Esta sangre es la pureza de su hija —mostró la tela—. Ese conde de Craven es un sinvergüenza que no piensa casarse con la inocente. Lo he defraudado, milord. Estoy a su disposición después de años de servicio.

Él no podía razonar con claridad. Su querida hija había dejado de ser una niña con un hombre que suponía mezquino y miserable. Ese no fue el destino que trazó para la pequeña niña de ojos azules y cabello negro que colocaron en sus brazos cuando nació. Se enamoró a primera vista de su fragilidad y de aquella mirada que le exigía que la amara sin medida. Lo único que podía hacer como un padre que no pudo darle a su tesoro lo que merecía, era conseguirle un partido seguro y era Callum O'Brien. Aquel estaba ciego de amor por ella y no dudaría en recibirla dadas las circunstancias.

Miró a la mortificada mujer del servicio antes de tomar una decisión.

—Cargue los baúles, señora Murphy, abandonaremos esta residencia mañana —sentenció antes de regresar junto a las personas que lo esperaban.

Cuando fue de nuevo al salón, lo miraban expectantes por saber eso que lo tenía pálido como una hoja.

—Mi estimada lady Craven, hemos tenido una urgencia familiar. Debemos partir mañana muy temprano. Agradecemos su hospitalidad y la de su hijo —avisó presionado por la situación.

—¿Tan repentinamente, milord? Si hay algo en que podamos ayudarlo —se ofreció Elizabeth.

—No hace falta. Isobel debe descansar para el largo trayecto que nos espera hasta Londres, y también el señor O’Brien deberá tolerar ese viaje.

—Comprendo. Les deseo buenas noches —dijo forzada la condesa de Craven. Deseaba saber lo que le dijo la criada, que dejó al conde irlandés tan consternado.

Isobel y Callum no comprendían lo que ocurría. Sin embargo, Brendan estaba decidido a contarles lo que sabía sobre Charity. Doblaría su dote con tal de verla bien establecida con un hombre que la valorase.

Por la mañana, Charity se encontró con la desagradable sorpresa de que sus baúles estaban listos para ser llevados al carruaje y que tenía solo una prenda para que le pusiera la señora Murphy.

Aquella mujer la vistió en un silencio sepulcral. No decía nada, ni siquiera era capaz de mirarla. Cuando salió la criada, la figura de su padre vestido con ropa de viaje la miró. Ella sabía lo que ocurría.

—La señora Murphy no pudo guardar silencio, ¿no es así? —preguntó acongojada.

—No. El señor O’Brien es la única oportunidad que tienes de casarte en estas condiciones. Hablé con él durante la madrugada y él aceptó hacerse cargo de ti. Te casarás en Londres apenas cumplamos con los requerimientos y tu prometido encuentre una casa. Tiene mucho que hacer en este lugar. Tiene alianzas comerciales con ingleses. Con él estarás bien. No esperaba esto de

ti, Charity. Estoy muy defraudado, pero te quiero demasiado como para repudiarte —afirmó él con suma pena.

—Padre, lord Craven...

—Ni lo menciones, querida mía, para mí es un asunto acabado. No te casarás con un inglés, al menos con este no. Que no quede nada en la habitación. Nos marchamos de inmediato.

Ella observó que la señora Murphy había empacado muy bien, ninguna de sus pertenencias quedó rezagada. Apostaba lo que fuera a que solo faltaba que se subiera al carruaje para partir, y lo haría en la mayor incomodidad de todas. Las almas presentes mirándose unos a otros sabían, o al menos sospecharían de sus apasionadas, noches con Angus.

Lady Craven estaba preparada para despedirlos. No quiso despertar a Angus para que viera que su única oportunidad de casarse se iba en un carruaje tirado por cuatro caballos.

—Mi querida Elizabeth, debemos partir —se despidió Isobel con un abrazo.

—Quizá nos volvamos a encontrar en algún momento. Enviaré cartas.

—Milady, ha sido un placer conocerla y hospedarnos en su casa. ¿Lord Craven no nos despedirá? —interpeló Charity.

—Sabe que él tiene malos hábitos, querida. Despertarse tan temprano no es una de sus mejores virtudes —se disculpó Elizabeth.

Cuando todos terminaron de despedirse, subieron al carruaje y partieron en silencio. Callum intentó darle conversación, pero Charity estaba perdida en sus pensamientos.

¿De esa manera terminó su apasionado amor con un conde? No podía siquiera quejarse, pues adoraba a su padre y si aquel decidió que lo mejor para ella era Callum, lo aceptaría. Angus tampoco hizo méritos para que ella considerara esperarlo, ni siquiera le dio esperanzas. Él no estaba dispuesto a dejar su comodidad por amor. Sabía que al menos la apreciaba, y que eso que ambos sentían era suficiente para sostener un buen matrimonio. Sin embargo, los errores cometidos se pagaban muy caro.

Angus despertó para el desayuno. La residencia estaba enmudecida. No escuchaba la risa celestial que lo solía despertar cada mañana. Tampoco estaban la condesa de Donoughmore, su esposo, ni su invitado no deseado.

Distinguió a su madre solitaria con un bordado en la mano. Tenía la cabeza de costado, con una expresión triste y desolada.

—Buen día, madre, ¿y sus invitadas?

Elizabeth levantó los ojos hacia su hijo y sin mucha simpatía se dispuso a responder.

—Nuestros invitados partieron muy temprano esta mañana. Por la noche, la criada de ellos, esa culebra silenciosa, le dijo algo que no le agradó al conde y eso fue todo.

—¿Charity se ha ido? —preguntó roto por la sorpresa.

—Sí. Y me temo se ha ido para casarse con un caballero que le demuestra interés, que pone a sus pies su fortuna y la llena de atenciones. ¿Qué hiciste para que se fuera la mejor oportunidad de tu vida para contraer matrimonio? Sé que ella te gustaba, hijo mío.

No tenía una respuesta para eso, aunque sospechaba que había perdido mucho tiempo por su terquedad y sus inseguras cavilaciones acerca de su vida.

—No... —comenzó a decir sin saber cómo continuar.

—Buscaremos otra esposa para la nueva temporada. Mujeres sobran, aunque como esa que te ha impresionado, no habrá muchas.

Pasaron unos pocos días desde que Charity abandonó junto a su familia la residencia en Warwickshire, y Angus no encontraba una razón para seguir con vida. Había tratado de convencerse de que sin ella estaría bien. El invierno se acercaba y el clima se sentía más frío, tanto como su pecho al estar alejado de la vivacidad de la irlandesa. No podía siquiera beber el té con tranquilidad. Cualquier taza, masa, o mermelada, la recordaba. La vívida imagen de ella disfrutando con felicidad de los postres, se hacía presente frente a sus ojos.

—Es suficiente —declaró frente a su madre y bajó la taza que tenía entre sus dedos, sobre la mesita de té.

—¿Y ahora qué te ocurre?

—Iré tras esa mujer y la robaré de la iglesia si hace falta —
aseguró.

Ya había perdido bastante el tiempo. Abandonó la estancia y dejó a su madre sola bebiendo su té. Aquella lo hizo con una gran sonrisa. Por primera vez su hijo tomó una decisión importante: elegir con quien compartir el resto de su vida. Elizabeth solo esperaba que no fuese tarde.

Capítulo 20

El mozo persuadió a Angus para que no se fuera solo en un caballo. Su apuro era tal que no pensaba con claridad. Llegaría muy agotado a Londres o quizá no llegase. Tuvo que esperar con mucha impaciencia a que prepararan un carruaje para que él se fuera.

Una vez que estuvo listo partió hacia lo desconocido. Como le dijo a su madre, era capaz de raptarla de donde fuera. Le había costado tiempo darse cuenta de su error, pero en estos instantes que era consciente de que Charity era lo que más quería en el mundo, estaba dispuesto a batirse en duelo con su rival por el amor de ella. Ella no pudo haber olvidado lo que compartieron y las confesiones imperfectas de amor que se hicieron. Si debía matar otra vez a un muerto, también estaba dispuesto. Nada le arrebataría a la mujer que de forma tardía escogió como condesa.

Después del viaje más agotador de su existencia, llegó hasta la residencia que rentaba la familia de Charity en Londres. Al mirar la senda, recordó que Charity le había atropellado cuando quiso pedirle que fuera su invitada. Presintió todo lo que estaba ocurriendo desde un principio. Cayó enamorado irremediablemente, eso fue lo que quiso evitar, pero ocurrió. Allí estaba él, presto a mendigar amor.

Golpeó la puerta de la residencia. Cuando se abrió, la señora Murphy estaba atónita. Ni en sus pesadillas lo imaginaba en aquella puerta.

—¿A qué ha venido? —increpó la sirvienta.

—A algo que no es de su incumbencia. Quítese —mandó, enfadado—. Esta vez, se tragará su veneno, vieja arpía irlandesa.

Angus ingresó en la pequeña estancia que era el recibidor. Ahí estaba Charity, con su madre, su padre y Callum. Ella se puso de pie al verlo, al igual que los demás.

—Lord Craven —logró articular Charity, sorprendida. Nunca antes le había visto tan decidido y viril. Su postura rígida, su pelo

enredado... Era un auténtico héroe. Su sola presencia le cortó la respiración.

Él se quedó sin palabras, se sonrojó y simplemente se quedó tieso. Su entrada debió sorprender a más de uno y dejó en evidencia su falta de paciencia más que de educación. Angus hizo una reverencia apresurada antes de hablar.

—Buenas tardes, he venido para conversar con milady.

—¿Qué modales son esos? —incredó lord Donoughmore, fastidiado por la intromisión—. Es mejor que regrese a su casa, milord. Charity está muy bien sin usted.

—Quiero hablar con él —habló Charity, apresurada.

—Yo... —Otra vez las palabras le faltaban—, vine a jugar al ajedrez una última vez —terminó Angus con una sonrisa cómplice, que Charity no logró interpretar.

Los presentes fruncieron el ceño ante aquello que mencionó. La misma Charity estaba decepcionada, creía que había llegado para salvarla de un matrimonio con Callum.

—Si mi prometida desea jugar con usted, así lo hará —dijo Callum, confiado. Pretendía demostrarle a la joven que tendría sus bendiciones siempre que ella las necesitase. Por lo que a él respectaba, ya había ganado a su dama y no corría peligro.

—Está bien, ¿qué tiene que apostar? —indagó desganada y con cierta esperanza de que este teatro sirviese para algo. ¿Qué clase de hombre se presentaba de ese modo en casa de la mujer que dejó escapar y pedía una partida de ajedrez? En verdad Angus Craven no era un hombre común y tal vez por eso se había enamorado de él, porque era diferente a cuantos conoció.

—Lo sabrá al final del juego. Si yo gano puedo pedirle cualquier cosa, y si usted gana, tendremos que acatar lo que diga —dispuso Angus.

Su padre se dispuso a objetar, pero su esposa le tocó el brazo para pedirle que no interviniera. Isobel, que no era tonta, imaginaba que algo iba a suceder y deseaba saber qué había planeado el conde. Los condes se sentaron en los lugares donde habían estado antes de la interrupción. Callum buscó serenidad en su interior mientras también buscaba un lugar en el que acomodarse.

Charity buscó el ajedrez y lo colocó sobre la mesa. Ella miró a Angus cuando movió su primera pieza.

—¿En verdad ha venido para jugar ajedrez? —preguntó esperando que no fuera una tontería.

—No, pero cuando estoy nervioso, jugar es lo mejor. Guarde silencio, debo ganarle —sentenció Angus.

—Usted no puede ganarme ni en sus sueños —lo tentó Charity.

—No hay peor lucha que esa que no se hace. Usted no quiere mostrar mi debilidad, sino quiere resaltar sus fortalezas, ¿no es así? Yo busco lo mismo. Ahora silencio, ganaré este juego.

Cada vez que Charity efectuaba un movimiento, Angus sudaba frío, pero hasta el momento no estaba perdiendo. Tenía intacto a su rey. Si bien perdió muchos peones y otras piezas, seguía en pie. Estudió cada pieza para poder hacer jaque mate y encontró un recoveco que podía aprovechar. Obligaría a un error y ganaría el juego. Era la partida de su vida y por Dios que lo haría lo mejor que pudiera.

—¡Jaque mate! —exclamó Angus sobresaltando a todos. Limpió el tablero con sus manos. Las piezas cayeron al suelo y él le extendió la mano a Charity para que la cogiera—. He ganado. No sé si lo recordará, pero la primera vez que jugamos, usted trató de que apostase mi libertad y dijo que si perdía me daría lo que yo solicitase. Haré que cumpla su promesa de aquella partida inconclusa. Renuncio a mi soltería voluntariamente y no acepto otra cosa más que a usted. Espero que haga lo que le digo, y lo que quiero, Charity —su nombre se deslizó como terciopelo entre sus labios—, es que coja mi mano para venir conmigo. Le ofrezco ser mi condesa, mi esposa, la madre de mis herederos y puede convertirme en el hombre más infeliz de la tierra si lo desea, pero no me prive de verla todos los días.

Estaba estupefacta y sus acompañantes, patidifusos. El corazón le bombeaba a toda prisa y sus ojos estaban empañados.

—¡Sí, por supuesto que sí! —replicó asiendo la mano que él le ofreció. Ambos sonrieron encantados de la vida. Olvidaron que no estaban solos.

—No tienen mi bendición. Ella está comprometida con el señor O'Brien —interrumpió el padre de Charity.

—No me importa —dijo Angus, acercando a Charity junto a él—. Tengo un carruaje esperándome, y no pienso salir de aquí sin ella. Lo siento por el señor O'Brien, pero amo a esta mujer y no pienso renunciar a ella. Con permiso...

Angus tomó a Charity en sus brazos para sacarla de la casa. La miraba con la mirada repleta de pasión, anhelos y resolución. Había encontrado el amor en esa dama inusual y valiente. Nada le haría renunciar a su impasible irlandesa. Se enfrentaría a quien fuese por ella, porque el amor lo estaba haciendo sentir invencible.

Brendan apresuró el paso para ir tras ellos. Su hija parecía perder la razón.

—¡Charity! —exclamó su padre para que ella reaccionara—. No puedes irte de esa manera.

Ella pidió a Angus que la bajase y él lo hizo. Se acercó a su padre. Le dio un beso en la mejilla y le sonrió con los ojos aguados.

—Me iré porque amo a lord Craven. Que me excuse Callum, pero nuestro tiempo ha pasado. Angus es lo que deseo.

—No salgas por esa puerta, no creo que te gusten los escándalos —advirtió su padre.

—A mi mitad inglesa le agradan los escándalos, y mi mitad irlandesa sabrá cómo lidiar con ellos. Usted me enseñó bien, padre —afirmó. Asió la mano de su amado lord Craven y corrieron hacia el carruaje para dejar atrás a todo y a todos.

—¡Adiós, querida! —La despidió su madre, que cumplió sus deseos al ver que su hija se retiraba para casarse con un inglés... y completamente enamorada, además. La condesa vio a un pálido irlandés sorprendido y se apiadó de él—. Señor O'Brien, la señorita Hollister es una excelente candidata para usted, deje que se la presente y si no funciona, no se apene, en Londres hay una excelente duquesa viuda que es una brillante casamentera. Él joven respiró con resignación. Isobel miró a su esposo—. Y tú, querido mío, no te entristezcas, tienes un hijo en camino, si tienes mala fortuna, será otra niña insensata a la que habrá que buscarle esposo.

—¡Bah, ingleses! —gruñó el conde que cerró la puerta con violencia al saber que finalmente iba a emparentar con uno de ellos.

Callum miró hacia el suelo, devastado. Supuso que Charity no estaba feliz con el compromiso porque había estado triste y decaída los días pasados, sin embargo, no imaginó que huyera despavorida precisamente con un inglés.

—No quisiera casarme con una inglesa, al menos si es como la mitad de su hija —musitó Callum antes de sentarse en el sillón y poner en orden sus ideas.

Epílogo

A pocos días de iniciar el invierno, se llevó a cabo la pequeña ceremonia de matrimonio entre Charity y Angus en la capilla de la residencia de Warwickshire. Asistió muy molesto el conde de Donoughmore acompañado de su orgullosa esposa. El pequeño escándalo fuera de temporada mantuvo entretenidos a los ingleses haciendo especulaciones sobre las razones de un escape y matrimonio apresurado.

La condesa viuda de Craven compartía feliz su casa junto a la nueva condesa y esposa de su hijo. Estaba emocionada y esperaba que en cualquier momento le anunciaran que sería abuela del próximo conde de Craven.

—¿Qué está haciendo, lord Craven? —preguntó Charity, deslizándose por la espalda de su esposo que estaba muy concentrado escribiendo una carta.

—Escribo unas letras para Katherine, la hermana de Blake. Se la envió a ella, pues es soltera y tendrá tiempo de sobra para leerla, en cambio si la hago para Blake, no la leerá porque estará entretenido con su esposa. Debe estar igual de feliz que yo.

—Y eso que huías del matrimonio.

—Era un completo idiota, cariño.

—¿Qué le escribes? —curioseó la muchacha, agachándose para leer la carta que Angus escribía.

Estimada lady Katherine Basingstoke:

Por la presente te hago partícipe de algo increíble: me he casado con una irlandesa. Huía del matrimonio como un tonto. Hoy comprendo las razones de mi padre para darle rienda suelta a mi madre en todo. Es imposible no consentir a la mujer que uno ama.

Me concibo equivocado en tantos argumentos vacíos para continuar soltero. Desde que me casé soy un hombre consentido y feliz, que no puede evitar replegarse a los deseos de su esposa.

Te deseo que la próxima temporada sea la que esperas para acabar con la pésima consejera que es la soltería.

Envíale mis saludos a la duquesa viuda, ha sido un consejo afortunado el que le dio a mi querida Charity. También a Blake que olvidó a su buen amigo por una mujer, que no le quede duda de que haré lo mismo.

Me despido esperando verlos muy pronto para presentarles a mi flamante esposa, por ahora solo la puedo describir como la criatura más graciosa, hermosa y con un acento encantador.

Lord Angus Craven, conde de Craven.

Charity al terminar de leer la carta que le enviaba a su estimada amiga, se colocó en el regazo de Angus para besarlo.

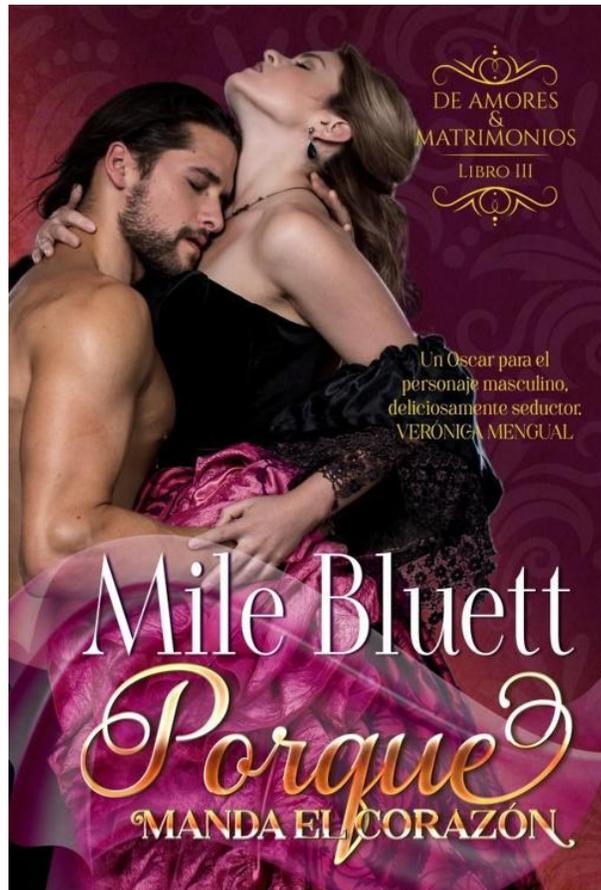
—Ya quiero conocer a tus amigos y a lady Katherine Basingstoke. Quiero ver si es tan hermosa como imagino.

—No hay mujer más bella que mi esposa. Solo mírate en el espejo y te lo repetiré siempre —alegó sellando aquellas palabras con un beso profundo.

Estaban inmersos en su felicidad. No había luchas que realizar ni escondites que utilizar. Eran libres de amarse con tranquilidad y vivir aquel amor que sentían en plena libertad.

Fin.

No te pierdas la siguiente historia de la serie



<http://mybook.to/porquemandaelcorazon>

Lady Katherine Basingstoke es la hermana del duque de Pemberton y la nieta de la casamentera más prestigiosa de toda Inglaterra. Se espera que, para su próxima temporada, atrape al mejor partido de los solteros que se han presentado. Ha estudiado al pie de la letra las recomendaciones de su abuela. Sabe qué buscar en los candidatos: título ilustre, fortuna, modales y honor.

Si hubiese seguido las indicaciones de su distinguida familia no estaría consultándole sus problemas a la almohada.

Cuando un irreverente escocés, sin ninguno de los atributos de la lista, se cruce en su camino, desatenderá a la razón y será presa de su instinto, porque la lógica no tiene cabida donde manda el corazón.

¿Lady Kate seguirá el destino para el que ha sido preparada o escuchará los latidos que se desbocan dentro de su pecho?

Agradecimientos

Al culminar este proyecto me viene a la mente el principio del encuentro entre las siete escritoras que componemos el grupo. Hilda, Mile, Eva, Vero, Audrey, Fer y por supuesto, yo. Siete cabezas, siete ideas, siete plumas, siete problemas y siete todo. De manera increíble encontramos el equilibrio para que las voces del grupo sean escuchadas. No solo formamos una unión para hacer la serie, sino también con el tiempo nos convertimos en más que conocidas. Desde el apoyo más necesario en las horas difíciles hasta la complicidad de compartirnos confidencias.

Con ellas aprendí a trabajar en equipo. Siempre anduve por el sendero de la soledad en la escritura, pero de una manera increíble me encontré con otras seis estrellitas en ese mismo camino. Desde ese instante somos las estrellitas. No solo son compañeras de proyecto, también son: maestras, correctoras, expertas en publicidad, psicólogas, apasionadas damas de la regencia, las reinas de la paciencia y de un buen humor envidiable.

Gracias, selectas escritoras de la serie De amores y matrimonios por aceptarme con mis defectos y virtudes (más de lo primero).

Gracias a las lectoras que se han arriesgado para conocernos y que abrieron sus horizontes de lectura para nosotras.

Y por último, gracias a mi esposo y a mi hija que no se enojaron porque les robé tiempo de familia para continuar con mis sueños y proyectos.

Laura A. López

